7b
91-B
8590
v.1

BLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

CARLOS CUERVO MARQUEZ
IEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (COLOMBIA)

# ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS Y ETNOGRÁFICOS

## AMERICANOS

TOMO I

## (PREHISTORIA Y VIAJES AMERICANOS)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

En-172
A5

#5 601

4 OCT 1952

## BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

### Tomos publicados últimamente:

XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—JOSÉ INGENIEROS: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad Buenos Aires.

XXIII.—CARLOS PEREYRA: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—DANIEL MENDOZA: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV. — AGUSTÍN CODAZZI: *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yurzary. — III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV Los volcanes.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—JOSÉ GIL FORTOUL: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas.
Precio: 4 pesetas.

XXVII.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN: *Ideas e impresiones.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Bélgica.
Precio: 3,50 pesetas.

XXVIII.—JUAN BAUTISTA ALBERDI: *El crimen de la guerra.*
Publicista y sociólogo argentino.
Precio: 4,50 pesetas.

XXIX.—DR. JULIO C. SALAS: *Los indios caribes.*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

XXX.—CARLOS CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y viajes. Estudios arqueológicos y etnográficos.*
Miembro de la Academia Nacional de la Historia (Colombia).

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

CARLOS CUERVO MARQUEZ
MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (COLOMBIA)

## PREHISTORIA Y VIAJES

# ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS Y ETNOGRÁFICOS

(SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA)

TOMO I

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/estudiosarqueolo01cuer

## ADVERTENCIA

*En el año de 1893 se hizo, en número reducido, apenas de 300 ejemplares, la primera edición de esta obra, en la cual están agrupados escritos de naturaleza muy diferente. El viaje a Tierra Adentro y el estudio sobre los Páeces fueron escritos en el año de 1887, durante mi permanencia en esa interesante región, en la cual por varios meses estuve en contacto íntimo con los descendientes de la formidable tribu Caribe, que con valor inaudito resistió victoriosamente, en largos años de lucha, el empuje de la conquista española.*

*Más tarde, en 1892, pude visitar la estancia arqueológica de San Agustín, la más importante que hay en el territorio colombiano, y tomar personalmente, con el mayor esmero, sobre todo en lo que se refiere a los detalles, a las proporciones y a la expresión de las fisonomías y de las actitudes, los croquis de esas misteriosas esculturas, vestigios monumentales de una civilización tan interesante como desconocida.*

*Posteriormente a la época en que visité a San Agustín, muchas de las esculturas han sido re-*

*movidas del sitio que primitivamente ocupaban, y, trasladadas sin orden ni concierto, fueron colocadas en la plaza del caserío, en donde se encuentran tendidas por el suelo, poniendo de manifiesto el mal gusto de quien cometió ese pecado capital contra la ciencia, y principalmente contra la arqueología americana. Otras dos de las estatuas fueron trasladadas a Bogotá y colocadas en el Parque de la Independencia, en donde se encuentran en la actualidad. De modo que la visita a la estación de San Agustín ha perdido gran parte del interés que le daba el estudio de las esculturas en el sitio que ocupaban, por las deducciones y observaciones que se desprendían de su posición relativa y de las agrupaciones que presentaban.*

*Otros estudios, como los relativos a "Los orígenes etnográficos de Colombia", han sido escritos después de hecha la primera edición de este libro, y presentados unos al II Congreso Científico Panamericano, que se reunió en Wáshington en 1916, y otros al de Americanistas de Río de Janeiro, que debe reunirse en 1920.*

*No está por demás advertir que las ideas e hipótesis qne en estos estudios se consignan respecto al origen de los pueblos americanos, son apenas teorías, sobre las cuales pasarán, probablemente, muchos años sin que la Ciencia haya pronunciado su última palabra.*

*1919.*

# TIERRA ADENTRO

# TIERRA ADENTRO

## I

### DE CALOTO A TORIBÍO

Después de atravesar en toda su longitud el rico y hermoso valle del Cauca, desde Cartago hasta Santander, y habiendo arreglado aquí todo lo necesario para emprender la exploración de la cordillera, seguimos por Caloto en dirección a Toribío, trasmontando los primeros contrafuertes, que en esta parte son altas y empinadas lomas desprendidas del nudo de Pitayó, las cuales, corriendo de Sur a Norte, van a morir en la hoya del río Palo; todas son de cimas angostas, más o menos horizontales, y están separadas por estrechos valles, por los cuales corren diversos ríos tributarios del Palo. El panorama que se ofrece a la vista desde la cima de la loma de Caloto,

llamada con razón Miraflores, es encantador: al pie se ve esta simpática ciudad en medio de sus dos ríos, Grande y Chico—nombres dados por los fugitivos pobladores de la ciudad destruída por los páeces en el sitio de San Francisco—, en memoria de los que alimentaban su primitiva ciudad, cuyas condiciones topográficas quisieron reproducir en la nueva fundación. Un poco al Sur, y medio oculta por aisladas colinas, se ve la población de Santander, llamada antes Quilichao por el nombre de la tribu en que la fundó Belalcázar, por el año de 1543, con el nombre de Jamaica. Hacia el Norte se domina el extenso valle, medio velado por la bruma, como inmenso mosaico, en que el verde claro de los cañaverales y el verde azuloso de las *matas de monte* contrastan con el alegre porte de los guaduales y con los cuadros de un rojo encendido, formados por los cachimbos florecidos que sombrean extensos cacaotales. El río Palo, en cuyas riberas existe inagotable el inmenso platanar que los indios conocían desde la más remota antigüedad con el nombre de *Julú*, se ve en medio de los bosques, como inmensa serpiente de plata. Al frente limita el panorama la cordillera occidental, cuyos ásperos picos aparecen coronados por los arreboles del sol poniente.

Riquísimos aluviones auríferos existen en

esta parte del valle en una y en otra banda del río Cauca, los que por el Norte se extienden hasta el río Cali, en la banda occidental, y hasta el Güengüe, principalmente, en la oriental. Ellos fueron conocidos y explotados por los primitivos habitantes de esta región, y fueron el aliciente poderoso que tuvieron Belalcázar y sus tenientes para emprender su conquista y para llevar a cabo la fundación de numerosas e importantes poblaciones. A sus minas debe la población de Santander su creciente desarrollo comercial; y a pesar de que sólo son trabajadas por los negros, y eso aisladamente y por el sistema primitivo, sin elementos de ninguna clase, no hay semana en que baje de 5.000 pesos el cambio de oro, y en ciertos días de festividades sube a 20 y a 25.000 pesos.

Desde Miraflores nos despedimos del valle del Cauca con mirada cariñosa, y, descendiendo a Valleshondos, llegamos al río Jambaló, río de los más ricos en oro, y que, naciendo en el páramo de Moras, corre de Sur a Norte por espacio de doce leguas, hasta dar en el Palo. Los indios, descendientes de los páeces, y que son los casi únicos pobladores de esta región, lavan en él constantemente y sacan buenas cantidades de oro.

Al pasar el río y al principiar a subir la empinada cuesta de La Laguna, nos alcanzó el

general Güeynás. Inmediatamente le entregamos algunas cartas de recomendación que para él llevábamos, y desde ese momento trabamos con él franca y cordial amistad. El general, que es de los caciques de Lame en Tierra Adentro, es también reconocido como tal por los indios de Toribío y San Francisco, por su matrimonio con una hija del cacique de este último pueblo. Es de raza pura, de estatura más que mediana y de complexión vigorosa. Tiene las facciones pronunciadas, la mirada dulce, un metal de voz suave y una sonrisa bondadosa. El conjunto es simpático, y su trato es culto y delicado. Cuando se enoja le chispean los ojos y se torna en áspero el apacible gesto, como tuvimos, más tarde, ocasión de verlo cuando, indignado por la conducta hostil de los de Huila, prorrumpió en francas y terribles amenazas, que surtieron muy buen efecto. Hoy es general de la República, pero no es de aquí de donde viene la influencia de que goza en Tierra Adentro; ella reconoce por causa los derechos que por herencia le corresponden y las virtudes que lo adornan.

El general montaba una buena mula, y detrás de él, y a pie, venía su esposa, con su maleta terciada a la espalda, y acompañada de dos indios y de un perro; llamónos la atención la agilidad y la ligereza con que trepaba la

empinada cuesta. La cacica vestía el traje usado por los indios. Su sombrero fino de ramo; la cabellera recogida en una trenza, apretada en toda su longitud con una faja angosta de lana de diversos colores; un *anaco* (el chircate muisca) blanco y otro negro encima, sujetados a la cintura por un ancho *chumbe*, y en los hombros por dos largos topes de oro; estaba adornada con varias gargantillas de cuentas de vidrio azules, y en las orejas llevaba un par de enormes zarcillos de plata *(candongas)*, asidos por detrás por medio de cintas verdes y rojas.

Desde la cima de la loma de La Laguna se divisa, al pie, el valle de los Toribíos, que es un estrecho cañón por el cual corre el río San Francisco, de aguas puras y de mediano caudal, en dirección de Sur a Norte por un espacio como de tres leguas, hasta dar en el Isabelilla, en cuya confluencia está situado el pueblo de Toribío, con un clima medio de 16°. Una legua al Sur se encuentra el caserío de San Francisco, en la margen oriental del río del mismo nombre, cuyas vegas son de asombrosa fertilidad; en ellas crecen, mezcladas, las producciones de todos los climas, estando regadas por abundantes aguas. Allí, en un sitio bellísimo, tiene Güeynás su casa de habitación.

El río Isabelilla desciende del páramo en

dirección de Este a Oeste hasta Toribío, y al recibir al San Francisco tuerce bruscamente al Norte, hasta encontrar el Palo, dos leguas más abajo. Este río tiene bastante oro y extensas vegas surcadas por numerosas aguas. En las seis leguas de su curso, en las que es más notable su riqueza, recorre los climas comprendidos entre 7 y 22° de temperatura media; tres leguas al norte de Toribío, y siguiendo el cañón de Isabelilla, está el pueblo de Tacueyó, a orillas del río Palo.

A nuestra llegada a Toribío nos relacionamos con el doctor José Fernández, cura de estos pueblos, anciano vigoroso e inteligente, de fisonomía severa y respetable, de mirada penetrante y de una actividad increíble. Amigo íntimo del general Obando, había sido su capellán en la revolución de 1860. Su noble corazón y su carácter jovial y sincero hicieron que muy pronto nuestras relaciones se estrecharan con los vínculos de una amistad firme y verdadera.

Como la mayor parte de los terrenos de esta extensa y rica región son de propiedad de las Parcialidades de indígenas de San Francisco y de Toribío, y estando en ellos algunas de las minas que nos proponíamos buscar, nuestro primer cuidado fué el hacer reunir los cabildos de indígenas de estos pueblos para que se nos diera la licencia formal de hacer las ex-

ploraciones y poder denunciar las que encontráramos. El día fijado se reunieron los dos cabildos: cada uno consta de un capitán, de un gobernador, de dos alcaldes, de dos fiscales y de cuatro alguaciles, los que se entienden en la administración interna de la Parcialidad, tanto en lo civil cuanto en lo religioso, para atender a las fiestas de iglesia, pago de diezmos, etc. Para obtener estos cargos se atiende más a la cuna que a la edad, pues los páeces, aun cuando han perdido casi todas sus tradiciones relativas a historia y cosmogonía, conservan con cuidado las que se refieren a la importancia de las familias.

Trabajo, y grande, nos costó hacernos entender de los cabildos; pero Güeynás, que hacía parte del de San Francisco, nos sirvió de intérprete, y con discursos en páez, probablemente muy elocuentes, convenció a sus concolegas de que sí eran ventajosas para las Parcialidades las bases de negociación que les proponíamos. Después de largas y acaloradas discusiones entre ellos, convinieron en aceptarlas, y se otorgaron los respectivos documentos. Con esta seguridad, procedimos a dar principio a nuestras exploraciones.

## II

### RUINAS DE CALOTO VIEJO

Como se ha dicho ya, en la confluencia de los ríos Chico y San Francisco, y no lejos del caserío de este nombre, existen patentes los vestigios de la antigua ciudad llamada Caloto Viejo, que fué fundada por Belalcázar, o por su teniente D. Juan Moreno, como quieren algunos, en 1543, con objeto de explotar los ricos veneros del río Isabelilla y los filones de minerales de oro y de plata en que abunda esta región, especialmente los llamados Santa Bárbara de Arambeles y Anatalá: el primero, de galenas argentíferas, situado a poca distancia de la ciudad; y el segundo, en la confluencia de los ríos Palo y Jambaló. La población, situada en las mejores condiciones, con un clima suave y agradable, con aguas abundantes, en la vecindad de dos ricos manantiales de agua salada, que hoy están en explotación, y, sobre todo, rodeada de numerosos y ricos

minerales, tuvo un desarrollo extraordinario en el espacio de pocos años. Pero su ventura fué de corta duración, porque a principios del siglo XVIII, cuando tuvo lugar la terrible rebelión de las tribus americanas, que, como un rayo, se extendió por toda la cordillera central, y que, principiando en el reino de Quito por la de los jibaros, fué pronto seguida por los páeces, los pijaos, los noanamaes, etc., quedando reducidas a pavesas las florecientes ciudades de Mendoza y Sevilla de Oro, las de La Plata, Ibagué, Cartago, Toro, etcétera; los indómitos páeces, viendo como una amenaza los progresos de la ciudad de Caloto Viejo, cayeron sobre ella de improviso, pasándola a sangre y fuego; después de saquearla, se ocuparon en tapar los socavones de las minas, pues comprendían que éstas eran el poderoso atractivo que los españoles tenían para establecerse en sus comarcas, desafiando toda clase de peligros.

Cuenta la tradición que los páeces asaltaron la ciudad un Jueves Santo, a tiempo que los habitantes concurrían a la iglesia a presenciar la celebración de los augustos misterios de ese día. Allí hicieron terrible matanza, exceptuando por entonces al cura; pero al infeliz sacerdote le atravesaron la ternilla con una soga, y revestido con los magníficos ornamentos con que oficiaba, lo internaron así

a la cordillera, paseándolo de pueblo en pueblo como trofeo de la victoria. Gran parte del botín recogido en el saqueo, junto con las campanas de la iglesia, una de las cuales era tan grande que dentro de ella cabía de pie un hombre, fué arrojado a Ríochico. Los campesinos de San Francisco y Toribío cuentan mil consejas sobre la destrucción de Caloto Viejo, y entre ellos se asegura que dicha campana dobla precisamente todos los años a la media noche del Jueves Santo.

Con la destrucción de Caloto quedó completamente desierta esta región, pues Toribío fué fundado posteriormente por el cacique Cayaimas, tercer abuelo del actual capitán de la Parcialidad, Vicente Vitonás.

Casi nada queda de la antigua población: montones de piedras señalan el sitio de las casas y demarcan las calles anchas y rectas; espeso bosque sombrea aquel sitio, y por entre los cimientos de los antiguos edificios se levantan gruesos y ruinosos troncos de árboles cubiertos de orquídeas y de tillandsias, y aun corre el agua por algunas de las acequias que alimentaban la población. En lo más tupido del bosque, y medio cubierta por la hojarasca, existe aún la picota de piedra en donde, según otra versión, los páeces dieron muerte al cura, cuya sangre ha dejado, según dicen, indeleblemente manchado hasta hoy el sitio

del suplicio. Los vestigios de la ciudad se encuentran a uno y otro lado del camino que conduce de San Francisco a Toribío; y por su delineamiento, por los restos de las antiguas construcciones, todas levantadas sobre cimientos de piedra, y por su extensión, de más de doce hectáreas, se puede calcular el estado floreciente a que alcanzó esta infortunada población.

¡Con cuánta melancólica curiosidad se visita aquel sitio! ¡Cuántos pensamientos se agolpan en la imaginación con el recuerdo de la transición terrible que sufrieron los habitantes, al ser sorprendidos por los implacables páeces en el día más grande de la cristiandad, precisamente en aquel en que todo se ha preparado de antemano para ser día de júbilo y de regocijo!

Aunque confuso en los detalles, vivo y terrible en el fondo se conserva el recuerdo de la catástrofe entre los pobladores de estos caseríos. Hoy todavía, después de tantos años, cuando los páeces están del todo sometidos, cuando no queda ni vestigio de la poderosa nación de los pijaos, las poblaciones tiemblan a su solo nombre. Hará cosa de cuatro años un indio llegó a Toribío jadeante y asustado, diciendo que se acercaban los pijaos; al momento el pánico se apoderó del caserío, y en un instante la noticia corrió por todos los

campos; los habitantes abandonaron sus bienes y sus casas y buscaron refugio en los montes, y las familias de Toribío se reunieron todas en un solo punto, presas de la mayor consternación, esperando el asalto de un momento a otro; por fin, algunos vecinos, que habían salido valientemente a explorar la cordillera, volvieron con la plausible nueva de que todo era invento de la trastornada imaginación del indio, que estaba loco.

Pero lo más curioso de todo es que los indios de Huila, en pleno Tierra Adentro, que son valientes, atrevidos y vigorosos, que han tenido con los blancos muy pocas relaciones, y por cuyas venas corre probablemente en igual cantidad la sangre de los extinguidos pijaos y la de los páeces, tiemblan al nombre de los primeros, y por miedo a ellos no se atreven a internarse mucho en las montañas. Ignoran que los pijaos fueron sus ascendientes, y que sus representantes actuales son ellos mismos.

## III

### DE TORIBÍO A JAMBALÓ

SITUADOS en Toribío, nos dedicamos a reconocer el río Isabelilla, encontrando por todas partes vestigios de lavaderos de oro, unos formales y antiguos, tanto de indios cuanto de españoles, y otros recientes superficiales y en menor número, porque los indios actuales son poco aficionados a esta clase de trabajos, quizás porque heredaron de sus antecesores la repugnancia al oro, el cual fué causa de sus desgracias. Sin embargo, algunos siempre se han ocupado en lavar en este río y en el Jambaló, pero sin método y sin elementos, y no obstante han sacado grandes cantidades de oro. Muy conocido fué el indio Zapata en todo el Cauca, quien, cada vez que necesitaba, iba por tres o cuatro días a trabajar en el río, y sacaba granos tan gruesos, que uno de ellos pesó ciento diez castellanos; no hacía caso de los que pesaban menos de un castellano, los

cuales volvía a abandonar al río, diz que *para que engordaran;* creencia general entre los indios.

La riqueza del Isabelilla le viene, en gran parte, de los filones que existen en sus cabeceras. Sus extensas playas tienen veneros superpuestos hasta de veinticinco metros de espesor, perfectamente formados y muy ricos en oro grueso.

Tomados los datos necesarios, nos dedicamos en seguida a buscar la mina de Santa Bárbara, que era una de las que nos proponíamos descubrir en nuestra exploración. Afortunadamente, ya entonces nos habíamos ganado la confianza y el cariño de los indios, y principalmente de Vitonás, quien nos condujo casi directamente al socavón principal, situado cerca de la cascada que forma la quebrada de La Chorrera, al precipitarse por una roca cortada a pico, de más de treinta metros de altura.

Hoy no quedan ni vestigios de la senda que conducía a los socavones, y con dificultad pudimos llegar a la ancha puerta del principal, ocultada por espeso bosque; los indios que nos acompañaban se quedaron todos a la entrada y rehusaron penetrar en él, pues además de las grotescas fábulas que tienen acerca de los seres sobrenaturales que en él habitan, era fama que servía de refugio a descomuna-

les serpientes; pero nosotros sólo encontramos millares de murciélagos, y en un rincón rastros de un tigre corpulento. Desde la entrada notamos que los antiguos páeces habían hecho increíbles esfuerzos por destruir el socavón en toda su longitud: pudimos penetrar solamente en una extensión de cincuenta metros, sin encontrar el frente; los hilos del techo y de las paredes no dan idea de la riqueza del filón.

De regreso a Toribío, resolvimos seguir inmediatamente por el páramo de Moras a Tierra Adentro; pero como en Jambaló debíamos hacer algunas exploraciones y llevar a cabo los arreglos convenientes con la Parcialidad, resolvimos dividir la expedición, y al efecto dos de los compañeros continuaron las exploraciones del río Isabelilla, de Toribío hasta el río Palo, y de la parte de éste hasta las bocas del Jambaló, reconociendo en todas partes ricos veneros. Entretánto, acompañados por nuestro buen amigo el doctor Fernández, nos trasladamos a Jambaló, pueblo situado como a cinco leguas al sur de Toribío, a orillas del río de su nombre, y en un clima suave de trece y medio grados. El camino sigue por un terreno quebrado, compuesto de talco-esquistos y de esquistos pizarrosos, atravesados por numerosos hilos de cuarcita. En las vecindades de Jambaló aparecen algunos

bancos de turba, corriendo de SO. a NE. La hulla no debe estar lejos, pero nadie se ocupa en buscarla.

El pueblo de Jambaló es relativamente grande; todas las casas son pajizas, lo mismo que la iglesia, como es costumbre en todas las poblaciones de Tierra Adentro, pues los indios, que son muy supersticiosos, creen que al cubrirla de teja salen los pijaos (!) y destruyen la población. La vegetación de Jambaló es escasa; allí vi por primera vez el *culen, psoralea glandulosa*, cuyas hojas, en infusión, son muy apreciadas como tónico, y tan usadas como la coca.

A pesar de que en todo el curso del río Jambaló se encuentra oro, la mayor riqueza se halla de este pueblo para abajo hasta su confluencia en el Palo, aumentando de una manera notable desde que recibe las aguas del rio del Molino y de la quebrada de Solapa, que ambas le entran en las vecindades de la población.

## IV

### EL PUENTE DE PIEDRA

HECHOS los arreglos previos con el cabildo de indígenas de Jambaló, y como teníamos noticias diversas sobre la riqueza de este distrito, nos dirigimos primero en busca de los ricos aluviones que, según nos decían, existían en el centro del páramo. Al efecto, y provistos de lo más necesario, subimos con dificultad la empinada cordillera que se eleva al oriente de la población, y cuya cima es el *divortium aquarum* de los valles del Magdalena y del Cauca. Desde allí pudimos contemplar un espectáculo bellísimo: al Occidente, por encima de los altos contrafuertes de la cordillera, distinguíamos gran parte del valle del Cauca envuelto en la bruma azul; a nuestros pies, y a vuelo de pájaro, veíamos los dos barrios del pueblo de Jambalú luciendo sus casitas blancas; y más lejos, aprisionado entre altas lomas, y como cinta de plata, el río, dis-

tinguiéndose en una grande extensión. Al Oriente, teníamos las extensas llanadas del páramo, limitadas a lo lejos por rocas gigantescas. Al Norte, la llanura se inclina suavemente, y en esta dirección seguimos a buscar las fuentes del Ríonegro. Afortunadamente, gozábamos de un tiempo magnífico. A medida que avanzábamos, la llanura se reducía, porque se aproximaban las desnudas crestas que a uno y a otro lado la limitan. Grandes tremedales y extensas ciénagas nos impedían el paso a cada momento; más adelante encontramos al fin las primeras aguas vivas, corriendo a trechos por debajo del piso y a trechos descubiertas; pero se consumían de nuevo, como si las ofendiera la luz del sol, dejando oir un murmurio subterráneo, para volver a aparecer más adelante, siempre negras y bulliciosas, pero con el caudal notablemente aumentado, convirtiéndose poco después en un río de consideración, conocido con el nombre de *Jimba Cuchiyó*, o sea río de las Dantas, y también con el de Puente de Piedra, por un puente natural que sobre él existe. Aguas abajo seguimos examinándolo con atención, y en todas partes le encontramos oro de muy buena calidad, pero en cantidades muy pequeñas.

Como estuviera ya avanzada la tarde, establecimos el campamento cerca del puente, y

dispusimos que al día siguiente al amanecer se fueran los indios que nos acompañaban, llevando los perros, a levantar danta lo venado, mientras nosotros examinábamos el río y visitábamos el puente natural, adonde precisamente debía bajar la presa perseguida por los perros.

En todo este trayecto el río corre sobre la desnuda roca, y encajonado entre altas paredes de granito; sus aguas, a pesar de ser negras, son notablemente transparentes; las piedras y las arenas del fondo, cuando el sol las hiere directamente, toman, a causa del color de las aguas, la apariencia del oro.

Por todas partes se ven vestigios de las terribles conmociones que, en otras épocas, han agitado y destrozado estas solitarias regiones. El río forma bellísimas cascadas, y de pronto se pierde entre inmensos cantos desprendidos de las vecinas rocas, por debajo de las cuales surge con fuerza increíble para recobrar luego su tranquilidad, corriendo cada vez más encajonado y profundo. En seguida se encuentra el puente natural: una de las altas paredes se eleva adelantándose en bóveda hasta la mitad del río; entre ella y la otra pared está encajada una gran piedra que acaba de formar el arco del puente, el cual tiene más de veinte metros de altura sobre el nivel de las aguas; el piso está perfectamente nivelado por pie-

dras más pequeñas y por tierra vegetal, formando el todo un puente perfecto de cuatro metros de largo por uno de ancho, camino trillado por los osos, los ciervos y las dantas para pasar de una a otra ribera del río.

La pared opuesta a la que forma la bóveda se adelanta hacia el río en brusca gradería, formando como uno de los estribos; por ella descendimos hasta el nivel de las aguas, y colocados precisamente debajo del puente estábamos admirando su estructura singular, cuando fuimos sorprendidos por un hermoso venado que, nadando rápidamente, pretendía salvarse de los perros que lo perseguían a distancia. Intentados estuvimos a dejarlo escapar; pero los crueles instintos del cazador triunfaron, y disparamos las carabinas; el venado, mortalmente herido, dió tres grandes botes y expiró. Las aguas, enrojecidas con la sangre, lo arrastraron lentamente hasta ponerlo a nuestro alcance; con él aumentamos las escasas provisiones que teníamos.

El resto del día lo pasamos examinando el terreno hasta encima de Mosoco, y en todas partes encontramos aluviones auríferos, pero flojos y mal caracterizados, y, por consiguiente, pobres, dadas las malas condiciones en que están colocados; pues en un clima tan rudo, a tanta distancia de los centros de población, careciendo de brazos y de toda clase de recur-

sos, era necesario que fueran muy ricos para ser explotables.

Al día siguiente, después de haber cogido otro venado, regresamos a Jambaló, donde nos esperaba nuestro buen amigo el doctor Fernández. En su agradable compañía pasamos un día más, arreglando lo necesario para la exploración que debíamos hacer en la parte de la cordillera situada al occidente de la población. Datos positivos teníamos acerca de una antigua mina situada en la loma de Solapa y trabajada con gran éxito en los primeros tiempos de la conquista. Con muy poco esfuerzo la encontramos, a pesar de que ambos socavones estaban tapados por grandes derrumbes. El filón corre de E. a O. Su mineral es de muy buena apariencia, y la reputación de esta mina, conocida con el nombre de Mina Tapada de Jambaló, es de ser de una riqueza extraordinaria. Los indios, que todo lo rodean de fábulas extraordinarias y sobrenaturales, cuentan que después de que obligaron a los españoles a abandonarla, su cacique, D. Juan Tama y Estrellas, cortaba en ella el oro a cincel; pero que, temiendo que tanta riqueza siguiera siendo un peligro para su tribu, resolvió obstruir la mina, tapando el frente del filón con cueros, dentro de los cuales encerró toda clase de conjuros contra los *Guacash*, blancos, que se atrevieran a poner mano en

ella. En Jambaló nos reunimos con los compañeros que habían quedado en Toribío, y con Güeynás, que había resuelto acompañarnos a la correría, e inmediatamente nos pusimos en marcha para Huila.

## V

### PITAYÓ

De Jambaló se sigue lentamente por la ribera izquierda del río hasta Pitayó. En el trayecto comienzan a escasear los esquistos y aparecen las grandes moles de granito desnudas de vegetación. Lo flora cambia también notablemente, marcándose cada vez más la propia de los climas fríos. El arboloco *(polymnia pyramidalis)* ocupa por sí solo la mayor parte de las vegas del río, formando tupidos bosques.

El aspecto de Pitayó es de lo más desapacible. Situado casi en la cima de la cordillera, está rodeado por elevadas rocas cortadas a pico. La apariencia de la población es ruinosa: no se ve un alma al pasar por este sitio, que en otro tiempo fué activo centro del comercio de quinas, y cuyo nombre lleva la clase más apreciada en el mercado. De tanta riqueza como produjeron las vecinas montañas, nada

quedó en esta población, que hoy está en completa decadencia. Destruída la industria quinera, las poblaciones de Tierra Adentro no supieron aprovechar los elementos de desarrollo que ella les llevó.

Pitayó es una magnífica posición estratégica: se puede decir que es la llave del Moras; y, por tanto, un ejército colocado allí puede moverse rápidamente, ya sobre el Tolima y Cundinamarca, ya sobre el valle del Cauca y Antioquia, ya, en fin, sobre Popayán y Pasto. Por esto Pitayó ha desempeñado siempre un papel importante en la historia militar del país. Allí tuvo lugar la memorable batalla en que el general Valdés derrotó completamente a Calzada, cuando éste se retiró al Sur, después de Boyacá. Los vencedores consignaron la memoria de su hazaña en una larga inscripción que grabaron en el grueso estipe de una palma colosal que existió hasta 1876 en la plaza del lugar; época en la cual los belicosos pitagüeños dieron rienda a sus instintos guerreros, librando diarios combates contra la majestuosa e histórica palmera. Al fin resolvieron derribarla, y aplicaron a diversos usos las planchas que sacaron del tronco. Durante nuestra permanencia allí, hicimos repetidos esfuerzos para averiguar el paradero de algunas de ellas, y al fin encontramos unas medio cubiertas por la tierra, sirviendo de puentes

en una de las acequias; después de limpiarlas con cuidado pudimos leer la siguiente frase, probablemente la primera de la inscripción, grabada en letras gordas, quién sabe si con la punta de una espada teñida aún con la sangre de los vencidos: *El 6 de Junio de 1820 perdió Calzada.*

En toda esta región la cordillera aparece como destrozada en todas direcciones: grandes rocas graníticas, de formas caprichosas, atestiguan la acción remota de poderosos glaciares. Al mismo tiempo todas las faldas de las montañas están cubiertas de inmensos cantos desprendidos de las rocas superiores, en algunos de los cuales se ven antiquísimas inscripciones pictográficas, dibujadas, no con la *chica* de los muiscas, sino con una tinta obscura de otra naturaleza, pero sí del mismo estilo de los jeroglíficos de la Sabana de Bogotá.

Cerca de Pitayó existe, en una de estas rocas, una pintura conocida con el nombre de *El Nazareno*, tenida en gran veneración por los habitantes, no solamente de esta comarca, sino de poblaciones más distantes, como Popayán. En ella creen ver la imagen del Divino Salvador cuando, con la cruz a cuestas, subía de Jerusalén al Calvario. Se asegura que esta pintura es natural y formada por las venas de otra coloración de la roca. Con respetuosa curiosidad fuimos a visitar la portentosa imagen;

y, verdad sea dicha, sólo pudimos ver, y eso después de fijar mucho la atención, una grotesca figura, en la que, evidentemente, algún pintor de brocha gorda quiso representar la imagen de Jesús, que hoy está ya completamente borrada. Lo que sí es un hecho es que en esta piedra había jeroglíficos de los indios, probablemente muy importantes. Tal vez era éste algún adoratorio, y los primeros misioneros, queriendo extirpar la idolatría, picaron la superficie en que estaban las pinturas indias, y en su reemplazo diseñaron la imagen del Nazareno; en una de las esquinas superiores de la piedra quedó la imagen del Sol, que se conserva perfectamente intacta: está dibujada con una tinta roja de color más vivo y menos obscuro que la usada por los chibchas. Esta figura del Sol, salvada por casualidad del celo de los misioneros, es la que da luz sobre el origen de la pintura de la roca. Nada de esto se puede decir, sin embargo, a los indios de Pitayó, porque ellos viven persuadidos de que su imagen tiene un origen sobrenatural, y constantemente la tienen alumbrada con velas de cera de laurel.

## VI

### EL PÁRAMO DE MORAS

Al oriente de Pitayó se eleva, casi perpendicularmente, el cerro de Quintero, coronado por la roca de este nombre, que desde lejos se ve como inmensa cúpula señalando la entrada del Páramo de Moras, y al pie de la cual tiene su origen el río Jambaló; allí le encontramos oro, pero en muy pequeña cantidad. El camino tallado en el granito, atravesado en todas direcciones por numerosos hilos de cuarzo, se eleva en zig-zag por una pendiente brusca hasta coronar el cerro de Quintero. Para subir hasta allí se atraviesan, primero, tupidos bosques de rubiáceas, de encenillos y de clusias; más adelante desaparecen los árboles para dejar el campo a los arbustos ramosos; las ericáceas y algunas lobelias crecen sobre la roca casi desnuda; y, por último, al coronar la altura, las gramíneas y algunos helechos, las bejarias y el frailejón

anuncian que se entra a la región de los páramos. El viento helado, soplando con violencia, arrastra las pardas nieblas en densos torbellinos, que, al desgarrarse, permiten divisar las llanuras del páramo, alumbradas por los melancólicos rayos de un sol que no vivifica. Allí sólo crecen gramíneas y ezpeletias y numerosas variedades de criptógamos. No se ve un ave, y sólo la danta, el ciervo y el oso turban la tranquilidad de estas desiertas regiones. A veces se descubren inmensas rocas graníticas, de formas fantásticas. Todo allí es fúnebre, hasta las blancas osamentas que se ven dispersas en el camino; últimos restos de las infelices víctimas que constantemente hace el temible páramo. No en todo tiempo puede transitarse el Moras: en los meses de Junio, Julio y Agosto es sumamente peligroso internarse en él; y aun en los meses de buen tiempo sucede con frecuencia que mueren helados los que tratan de atravesarlo después de mediodía, cuando el viento sopla con tal violencia, que levanta la piedra menuda y el agua aposada en el camino, impidiendo al infeliz viajero seguir adelante o volver atrás; entonces la temperatura llega a descender varios grados bajo cero.

Al salir del páramo se desciende al pueblo de Mosoco *(Musuc*, de los indios), de aspecto miserable y de una temperatura media de ocho

grados. Como Pitayó, Mosoco tuvo en tiempo de las quinas bastante movimiento comercial, del cual no quedó la menor huella. Hoy la única industria que tiene se reduce a la extracción de cera de laurel *(myrica asguta)*. Por lo que pudimos observar, la riqueza mineral de esta región es muy escasa, por no decir ninguna, reduciéndose ésta a sulfuros de hierro en un esquisto micáceo, que principian a encontrarse en el origen del río San José, en el centro del páramo. Este río, que corre en dirección SO., pasa por el pie de la meseta en que está Mosoco y sigue a unirse con el río Páez, afluente del Magdalena.

## VII

### DESTRUCCIÓN DE SAN SEBASTIÁN DE LA PLATA

Mosoco fué el asiento del célebre cacique Calambas, el que destruyó la ciudad de San Sebastián de la Plata, cuya tradición se conserva fresca en todas estas poblaciones.

Se cuenta que habiendo ido el cacique con su familia a la ciudad a la suntuosa fiesta que se celebraba en honor del Santo Patrono, dejó en poder de una familia española una de sus hijas, de cinco años de edad, y que a los pocos días, cuando volvió por ella, se la negaron y no le dieron razón de su paradero. El indio, con la astucia propia de su raza, supo ocultar su dolor, y con el mayor disimulo siguió cultivando sus relaciones con los españoles, al mismo tiempo que levantaba las poblaciones de la cordillera para llevar a cabo la terrible venganza que premeditaba. Al efecto, esperó un año; y, cuando en la ciudad se preparaban para celebrar de nuevo la fiesta de San Sebas-

tián, Calambas reunió las tribus de la nación Páez, y en el momento en que los habitantes descuidados se entregaban a la fiesta del Santo, descendió de la cordillera con veinte mil indios; de éstos, diez mil cayeron sobre la ciudad, hicieron terrible matanza en los pobladores, sin respetar sexo ni edad, y, reduciéndola a pavesas, fueron, después de recoger inmenso botín, a reunirse con las mujeres, que entretanto se ocupaban en tapar las ricas minas de plata. Se dice que todos los tesoros recogidos en la ciudad fueron depositados por los indios cerca del pueblo de Calderas, en una cueva natural, cuyo difícil acceso sólo es conocido de unos pocos ancianos de los notables de la Parcialidad, que lo han conservado por tradición, y se nos ha asegurado que el padre del general Güeynás, burlando la vigilancia de los de Calderas, hacía frecuentes irrupciones a la cueva, de la cual salía bien provisto de alhajas de plata. Según esta tradición, allí depositaron los indios cuanto recogieron en la ciudad: las riquezas de los particulares, los vasos sagrados, las campanas, las lámparas y los grandes candelabros de plata maciza de la iglesia, los ornamentos y hasta los lujosos vestidos de los españoles, los que, según dicen, tienen el cuidado de sacar de tiempo en tiempo para limpiarlos y ponerlos al sol para evitar que se apolillen. Se asegura también

que el Viernes Santo, cuando están los indios solos, cuatro de ellos se visten con los ricos ajuares de los españoles para cargar el Santo Sepulcro, y que, pasada la fiesta, los vuelven a colocar con cuidado en el mismo sitio.

No hace muchos años que un cura de estos pueblos, el padre Carvajal, se propuso descubrir el lugar del depósito; y reuniendo los indios de Calderas, los dispersó por lomas y cañadas en busca de la fantástica cueva, quedándose él en un punto culminante vigilando las exploraciones. Cuentan los indios, con la mayor seriedad, que de repente oyó el padre el tañido de una campana, y que, loco de alegría, creyó que los indios habían encontrado el deseado depósito, y que, para anunciárselo, echaban a vuelo la vieja campana de San Sebastián. Al mismo tiempo los indios llegaron adonde él estaba y le dijeron que también habían oído el toque de la campana, pero en esa dirección, y que creían que el padre los llamaba por ese medio. El burlado cura desahogó su despecho con agrias lamentaciones, diciendo suerte y verdad a los infelices indios, diz que porque, habiendo encontrado los tesoros, inventaron la patraña de que la campana sonaba donde él estaba, como subterfugio para no enseñarle el sitio de la cueva.

Para ver hasta dónde están arraigadas estas fábulas entre los indígenas de esta región,

baste decir que el mismo general Güeynás, hombre juicioso y de buen criterio, nos ha asegurado que la antigua campana de San Sebastián dejaba oir su tañido subterráneo todos los Viernes Santos, hasta hace pocos años, pero que de entonces para acá se ha callado, porque probablemente a causa de los últimos terremotos, se ha caído del lugar en donde la habían colgado los compañeros de Calambas!!.

## VIII

### VITONCÓ Y HUILA

De Mosoco nos dirigimos a Vitoncó. El camino sigue por entre un verdadero jardín: los grandes festones de flores rosadas del uvo blanco *(thibaudia floribunda)* se mezclan con magníficas gesnerias y con begonias de diferentes especies; las longipes coronan con sus flores las altas copas de los tachuelos *(berberis glauca)* y por entre las nudosas ramas cubiertas de musgos y de tilliándceas asoman raras variedades de orquídeas sus caprichosas y lindas flores. El suelo está tapizado de iris de flores azules, de commelinas blancas y de tropeoláceas que nacen entre prados de poleo y de salvias aromáticas; de trecho en trecho las bohemerias lucen sus hermosas macetas rojas.

Poco antes de llegar a Vitoncó se pasa el Ríonegro (Cuchiyó) por un puente regular; es río de gran caudal de aguas y uno de los

principales afluentes del Páez. En sus márgenes hay bancos de hulla.

Vitoncó es uno de los pueblos más grandes y mejor cultivados de esta parte de la cordillera. Por dondequiera se ven grandes huertas de legumbres, de manzanas y duraznos camuesos de la mejor calidad, que se llevan hasta La Plata y hasta Popayán.

Como todas las poblaciones de Tierra Adentro, está situada sobre una alta meseta; la iglesia ocupa el lugar más elevado, y las casas están al pie, dispersas, sin orden ni concierto. El cementerio, siguiendo la costumbre indígena, está situado en el lomo de la falda que desciende hasta el río. Los indios de esta Parcialidad son de carácter huraño, y gozan de malísima reputación por los actos feroces que han ejecutado en nuestras contiendas civiles. A tan inhospitalario lugar confinó el general Mosquera en 1816 al ilustrísimo señor Riaño, obispo de Antioquia.

En esta parte de la cordillera se hace más notable la transformación constante que sufre, debido a los derrumbamientos, grandes y pequeños, repentinos o lentos, de la capas aluviales, y que amenazan destruir las vías de comunicación que existen.

De Vitoncó, faldeando las empinadas arrugas de la cordillera, descendimos hasta tocar en las ricas y hermosas vegas del río Páez, en

las que tienen asiento las pequeñas poblaciones de Huila y Tóez, la primera en la ribera oriental y la segunda en la occidental del mencionado río, y tan vecinas entre sí, que las capillas, que son casi los únicos edificios que señalan ambos pueblos, parecen de una misma población cuyas calles hubieran desaparecido. Los habitantes de estas Parcialidades viven dispersos a grandes distancias; pero como son muy ligeros en la marcha e infatigables, se comunican con la mayor facilidad, y siempre de noche, cuando tienen algún asunto importante de que tratar. Como estos indios son los más huraños y los que han tenido menos roce con los blancos, cuando nosotros llegamos se alarmaron y se pusieron en movimiento con una actividad prodigiosa, para espiar nuestras menores acciones. Desde el día siguiente a aquel en que llegamos a Huila nuestra casa fué el *rendez-vous* de hombres y mujeres, y desde que apuntaba el día nos veíamos materialmente sitiados por numerosa concurrencia, de la que sólo nos librábamos después de las diez de la noche; todo lo que llevábamos era objeto de curiosidad para ellos, principalmente para las mujeres, que eran las más bulliciosas y las más conversadoras; lo que más nos llamó la atención fué el horror con que miraban los espejos, y nos fué imposible conseguir que se vieran en ellos. En Huila

y en Pitayó es en donde se habla con mayor pureza la lengua páez; y como allí es raro el indio que habla un mal castellano, pues todos se entienden en su idioma nacional, fué entonces cuando mayores progresos hicimos en el aprendizaje del páez, bajo la dirección de nuestro maestro el general Güeynás.

## IX

### EL VALLE DE HUILA

NADA hay más poético que el pequeño valle de Huila *(Cuenyit*, de los naturales); con una temperatura media de diez y seis y medio grados, y en el centro de la alta cordillera, goza de un clima delicioso, en el cual crecen los guayabos, el plátano y la caña de azúcar; ya allí se ve la guadua, que yergue su tallo como elegante pluma gigantesca. En ricos prados naturales de grama y de poleo se desarrolla, sin exigir cuidado de ninguna clase, el ganado vacuno y caballar, que en abundancia poseen los indios.

El valle está limitado al SO. por el río San Vicente, cuyas aguas negras y espumosas descienden de los páramos, y en cuya hoya se encuentran varios filones de galenas argentíferas. El río Páez, en el cual desemboca el San Vicente, lo atraviesa en toda su extensión, y sus aguas, naciendo en las eternas nie-

ves del Huila, corren presurosas a unirse con el Magdalena. La ribera oriental, o sea la de Tóez, es estrecha, y la cordillera, después de formar una pequeña meseta como de ochenta metros de altura sobre el río, se eleva bruscamente a más de mil metros. La ribera occidental, o sea la de Huila, es la que propiamente forma el valle: consiste en dos planos, uno al nivel de las aguas del río, y el otro, más extenso, como a ochenta metros de altura sobre el primero. Al Norte, la cordillera, después de formar hermosas mesetas de una fertilidad asombrosa, se eleva rápidamente, y el bello nevado de Huila, de cinco mil quinientos metros de altura sobre el mar, se destaca majestuoso dominando el poético valle. Numerosos y abundantes manantiales termales se encuentran en las orillas del San Vicente y del Páez; los carbonatos calcáreos, que en gran cantidad contienen, se depositan en gruesas capas, que en ocasiones forman diminutos crateres, en el centro de los cuales hierve el manantial despidiendo vapores sulfurosos y clorhídricos.

En el ángulo formado por los ríos Páez y San Vicente, en el plano superior, llamado Llano Alto, fué en donde el capitán D. Domingo Lozano fundó, en 1563, la ciudad que él llamó San Vicente de los Páeces—denominada por otros Caloto Viejo—con el fin de explotar los ricos aluviones auríferos de esta re-

gión. Pocos sitios tan a propósito para fundar una linda ciudad como el escogido por el capitán conquistador: un terreno seco y firme, con facilidades para llevar a la población toda el agua que se quiera del río Páez; a pocos minutos de distancia, en el plano inferior, las producciones de los climas templados; en las faldas de la cordillera, la propia de los climas fríos, y, sobre todo, un panorama encantador: por un lado, dominando como desde un terrado el plano inferior animado por las bulliciosas aguas del río, y más lejos, el largo y angosto cañón del Páez, que se extiende hasta el valle del Magdalena; por el otro lado, la extensa llanura de la meseta tendida al pie del gigantesco Huila, coronado de eternas nieves. Todos los elementos de riqueza y de vida están aquí acumulados, y se puede asegurar que, sin la ferocidad de los antiguos páeces, la ciudad de D. Domingo Lozano habría llegado a ser una de las más bellas del país; pero por desgracia su vida fué muy corta. Las ricas minas apenas las alcanzaron a explotar los fundadores por el corto espacio de dos meses, y, con ser así, obtuvieron gran provecho; pues, según dice fray Pedro Simón, las ricas venas que encontraron eran «más de oro que doradas, y de ellas extrajeron caudalosas grosedades».

## X

### RUINAS DE SAN VICENTE DE PÁEZ

Dos meses hacía que se había fundado la ciudad de San Vicente, cuando, en una madrugada del mes de Julio, cayeron los páeces sobre el real de las minas, en donde mataron al capitán Lozano y a veintisiete soldados; sólo cinco escaparon. En seguida atacaron la ciudad y la redujeron a pavesas. Los habitantes se habían refugiado en el fuerte, al cual los indios pusieron estrecho cerco por espacio de cuarenta y siete días, hasta que llegó socorro de Popayán y libertó a los sitiados, que estaban ya reducidos a los últimos extremos, y la ciudad quedó despoblada para siempre. Se dice que en la acequia que surtía de agua la ciudad se encuentran todavía alhajas de las que pertenecieron a los desgraciados fundadores de San Vicente, y que el cargamento de oro lo sepultaron los indios en una cueva

natural en la loma de Cresta de Gallo, distante como media legua del pueblo de Chinas.

A pesar de los numerosos esfuerzos que hicimos por descubrir el sitio de las minas explotadas por los pobladores de la ciudad, no pudimos hallar el más pequeño vestigio ni la más ligera huella que indicara los antiguos trabajos. Donde fué el asiento de la población se ven todavía en relieve los cimientos de los edificios; todos son de tierra, y no hay ninguno de piedra como los de Caloto Arriba. Grandes cuadriláteros señalan el sitio, tal vez de las iglesias, y llama la atención un extenso cimiento en la forma de un perfecto exágono de sesenta varas por lado, que señala el lugar de la fortaleza construída para defenderse de los ataques de los indios. Uno de sus costados está en el mismo filo de la meseta, cuyas escarpadas paredes son inaccesibles, y por los otros costados tiene ancho campo de observación.

Esta meseta, que era un antiguo cementerio de los páeces, está en su totalidad cubierta de guacas, todas trabajadas; quién sabe si las *grosedades* de que habla fray Pedro Simón venían de ellas en su mayor parte, y no de las ricas venas doradas; pues apenas se puede comprender que una mina, por rica que sea, dé en dos meses un resultado tan extraordinario como el de que habla el cronista. Hoy

todavía los indios de Tóez y de Huila, siguiendo la costumbre de sus antepasados, tienen su cementerio en el lomo de la cuchilla que desciende del alto llano al río.

En Huila encontramos cierto espíritu de hostilidad; pero salvamos los inconvenientes y los obstáculos que en todo sentido nos presentaban los indios haciendo uso nosotros de la maña y Güeynás de la fuerza. Después de recorrer gran parte del río San Vicente, encontrando algunos minerales de plata, y habiéndole cogido regular pinta de oro en la batea, resolvimos faldear el nevado del Huila para explorar el río de la Símbola y el sitio llamado La Laguna, en donde se nos decía había numerosas guacas de evidente riqueza.

## XI

### LA LAGUNA

Conseguidos los indios que nos debían acompañar, llevando los equipajes, los víveres y las herramientas necesarias, nos pusimos en marcha, atravesando longitudinalmente el bajo llano de Huila. El río Páez lo pasamos por un puente colgante de construcción primitiva, formado por tres delgadas varas, fuertemente arqueadas y unidas por medio de bejucos a otras que están apoyadas en ingeniosos armantes; ligeros atravesaños colocados de metro en metro de distancia forman el piso; cada uno de éstos marca un paso obligado para quien atraviesa el puente, colocado a más de quince metros sobre el revuelto y correntoso río. Pero en toda la mitad del puente faltan algunos atravesaños, y, por consiguiente, las varas más débiles han cedido; de suerte que es preciso hacer atrevidos juegos de equilibrio para evitar una caída, que

sería mortal. Admira ver la agilidad y la destreza con que los indios pasan por ahí; los que iban con nosotros todos cargaban más de tres arrobas, y, sin embargo, su paso era tan firme como si anduvieran por un camino real.

Pasado el río, emprendimos la subida de uno de los contrafuertes del nevado. Poco nos faltaba para coronar una elevada meseta, cuando, de repente, el camino se nos acabó, y nos encontramos frente por frente con una roca de paredes verticales; pero notamos con sorpresa que para escalarla era preciso hacer uso de una viga colosal con muescas o entelladuras hechas de trecho en trecho; éste es el camino de los pocos indios que por allí transitan. Terminada esta singular ascensión, atravesamos una extensa llanura, de gran fertilidad, a juzgar por las dimensiones del chusque, que en gran parte la cubre; después nos internamos ya en la montaña. El musgo y las tilliándceas cubrían el tronco y las altas ramas de los gruesos árboles y el tallo de los arbustos; tupida y húmeda alfombra de criptógamos tapizaba el suelo, y no se veía un animal en el desierto paisaje. A cada paso encontrábamos inmensos troncos de caucho tendidos por el suelo, los cuales nos estorbaban la marcha; pues por un espíritu de inexplicable vandalaje se ha acostumbrado derribar estos árboles, y, por consiguiente, destruirlos para

extraerles la preciosa resina, acabando así con una de las más importantes fuentes de riqueza que tiene el país. Las montañas de la extensa región comprendida entre Huila y el río Símbola, por ejemplo, contenían inmensos cauchales, y no es aventurado decir que los últimos árboles fueron cortados en el año en que hicimos esta exploración. Tan extraordinaria tala se ha llevado a cabo en el corto espacio de veinte años.

Abundan en las montañas de Huila la ortiga de monte, que parece una nueva especie de loasa, planta temida por los mismos caucheros por sus propiedades vesicantes y rubefacientes; el chucho, especie del género peperomia, de una fetidez tan insoportable, que quien llega a apoyarse en ese arbusto se impregna de ella de tal suerte, que por algún tiempo no vale agua ni jabón para desvanecer tan detestable olor; el toronjil de montaña, también piperácea, del género píper, de un aroma tan delicioso como insufrible es el del chucho; el granizo (*hediosinum bonplaudianum*), que es el mismo de la cordillera oriental, notable por su fragancia y por sus propiedades antiespasmódicas y diuréticas; el teñidor, lindo arbolillo de la familia de las melastomáceas, de bellas flores blancas, y cuya corteza da un hermoso tinte azul; el popo, que es una de las gramíneas más hermosas, término medio entre

la guadua y el chusque, pero con los caracteres del género bambusa; levanta su caña, a veces recta, a veces arqueada, hasta una altura de más de veinte metros. Crece en una zona comprendida entre 2.400 y 2.900 metros sobre el mar. Multitud de arums y de gesnerias lucen por doquiera sus caprichosas formas, y el chusque adquiere dimensiones colosales.

En las vecindades de La Laguna y en el centro de la montaña establecimos el campamento. Llevados por la curiosidad, nuestro primer impulso fué dirigirnos a conocer La Laguna; pero ninguno de los indios que nos acompañaban quiso servirnos de guía, pues aseguraban que al acercarse a la orilla era seguro que el magnífico tiempo de que gozábamos se cambiaría en granizadas y vendavales; medio del cual, según dicen, se sirve siempre el espíritu que en ella habita para demostrar el enojo que le ocasionan las importunas visitas que van a turbar la tranquilidad de su morada. Después de largos razonamientos logramos convencer a uno, más despreocupado que los demás, quien, sirviéndose de su largo cuchillo, abrió la trocha. Nosotros creíamos encontrar un lago, más o menos extenso; pero lo que hallamos fué una ciénaga como de dos hectáreas; y, ¡cosa singular!, apenas habíamos adelantado algunos pasos sobre el piso movedizo de la orilla, cuando principió a encapotarse el cie-

lo; desde la cima del nevado soplaba el viento con una violencia increíble; pocos momentos después, gruesos goterones se desprendieron de las nubes, y al fin cayó terrible granizada, que los pobres indios consideraron como justo castigo por nuestro atrevimiento. Bien empapados, volvimos al campamento, medio corridos por la burla que de nuestros anteriores discursos hacían los supersticiosos páeces.

## XII

### LAS MONTAÑAS DE LA SÍMBOLA

Al día siguiente resolvimos dividir los trabajos; y mientras Pedro Cuesta, el guaquero de la expedición, examinaba las guacas que se nos había dicho existían en las vecindades en gran número, seguimos con Güeynás y con los mineros a explorar la cordillera, con ánimo de encontrar el nacimiento del río de la Símbola. Bien armados, y acompañados de los perros, costeamos La Laguna, andando con dificultad sobre un terreno fangoso y por entre las nudosas raíces de añosos árboles, todos cubiertos de musgo y hojarasca, cuyo triste colorido añadía nuevas sombras a la melancólica soledad del sitio. Cuando dimos en un terreno firme, abandonamos la trocha de los caucheros, y, faldeando el nevado por su costado oriental, seguimos en dirección al Norte, encontrando numerosas quebradas que descienden desde la nevada cima del Huila, y

cuyas aguas eran todavía lechosas y opalinas; todas tienen un cauce granítico, pero sin carga mineral. En la vecindad del páramo, con una temperatura de 4°, establecimos el campamento. Al día siguiente resolvimos regresar a La Laguna, y terciando al Oriente, nos internamos en lo más agreste de la montaña. Probablemente éramos nosotros los primeros seres humanos que hollaban esa región, y, por lo mismo, me llamó la atención encontrar en la orilla de una pequeña corriente de agua una mata de papa, pequeña y raquítica, y con todos los caracteres de espontánea.

Nada hay tan solitario y triste como los contrafuertes occidentales del Huila. En estas montañas obscuras y excesivamente húmedas no se encuentra un ave, los insectos están representados por unos pocos géneros de dípteros, cuyos individuos, de una voracidad extraordinaria, se cuentan por millones. Algunos grandes cuadrúpedos (danta, oso, ciervo y cavia) son los únicos seres que recorren estas agrestes regiones.

Al pasar una pequeña corriente de agua nos encontramos detenidos por una alta peña vertical cubierta de musgos, de hojarasca y de ramas secas. El guía, después de examinar a uno y otro lado, emprendió el ascenso por un rastro fresco, único camino posible. A los pocos pasos hizo un movimiento de sobresalto,

y con la punta del cuchillo nos señaló la huella fresca de un tigre; las hondas señales que la garra había dejado indicaban los esfuerzos que había hecho para trepar por allí pocos momentos antes. Como no disponíamos de libertad de acción, pues para trepar era preciso servirnos de las manos, y llevábamos las armas terciadas, subiendo de uno en uno, con la mayor dificultad, todos temíamos ver aparecer en la cima al señor de las florestas americanas; pero por fortuna había seguido su camino sin cuidarse de nosotros; después de media hora de fatiga y de angustias logramos coronar la altura, y tres horas más tarde llegamos a La Laguna, hambreados, cubiertos de lodo y de las terribles garrapatas que cría la danta; Güeynás, lastimado por efecto de una caída, y Obando, con una herida en un pie, y sin haber encontrado un mineral ni una pieza de cacería.

En el campamento de La Laguna no marchaban mejor las cosas. Pedro Cuesta estaba de un humor negro, porque en algunos de los diferentes cateos que había hecho, antes de llegar a los dos metros de profundidad perdía la guaca, la que se convertía en grietas laterales; en otros había profundizado hasta llegar a la roca granítica, qne también estaba toda agrietada. El no comprendía que estos hundimientos circulares, llenados por tierra

revuelta, como la de las Guacas, y que en abundancia se ven en todas las cuchillas que por este lado forman la falda del nevado, son probablemente restos de profundas grietas producidas por antiguas conmociones del Huila, cuyo pico central está todavía en actividad.

Esa noche cayó un aguacero formidable: el rayo surcaba el espacio en todas direcciones, y el trueno y el ruido de los árboles, agitados con violencia por el huracán, apenas dejaban conversar. Los víveres se nos habían agotado, y como nada más teníamos que hacer en aquellos sitios, resolvimos volver a Huila al día siguiente.

## XIII

### VALLENUEVO

El correntoso río Páez, en cuyas vegas se encuentran las poblaciones indígenas de Huila, Tóez, Lame, Chinas, Suin y Calderas, es el límite Norte de la parte conocida de Tierra Adentro. Más al Septentrión la poderosa cordillera se abre, circuyendo feracísimos y extensos valles poco conocidos. Al pie de los contrafuertes del Huila, por el lado Norte, principia un valle importantísimo, hasta hoy inexplorado, y denominado Vallenuevo, que en la dirección del meridiano corre limitado por las crestas de la bifurcada serranía; algunos atrevidos exploradores, entre ellos don Julio Arboleda, lo han visto desde lejos, pero nadie ha penetrado en él. Quizás el rico valle de Barragán sea imperfecta continuación de éste, como los de Burila y Quindío parecen continuación del mismo Barragán; entonces,

la parte de la cordillera central, comprendida entre los nevados de Huila y del Ruiz, tendría la especial singularidad de estar surcada en toda su longitud por honda depresión, que forma cuatro grandes valles, dispuestos como en escalones, cuya altura disminuye ligeramente a medida que se avanza hacia el Norte.

Los páeces aseguran que en Vallenuevo viven en estado de completo salvajismo algunas tribus, restos de los pijaos, a quienes consideran antropófagos y a quienes temen profundamente. El temor de que nos encontráramos con ellos fué uno de los mayores obstáculos que tuvimos para conseguir guías y cargueros que nos acompañaran en las excursiones a las cabeceras del Símbola y del Páez. En Huila se nos aseguró que con frecuencia bajaban en las avenidas de los afluentes septentrionales de este río, en donde no hay poblaciones conocidas, pedazos de madera labrada, despojos de cosechas, como arracachas, etc., y otros objetos de evidente origen humano. Muy probable es que sean fundadas estas creencias de los páeces, pues nada tiene de extraño que estos fértiles valles superandinos abriguen restos de las numerosas naciones que, tanto en la época de la conquista cuanto en épocas anteriores, poblaban densamente toda esta parte de la cordillera, y cu-

yos vestigios encuentra por doquiera quien se interna en estas serranías. Más al Norte, en las cabeceras del Amaime, vive todavía una pequeña tribu no sometida y que goza de entera independencia.

## XIV

### EN LA MONTAÑA

En Huila permanecimos dos días, tiempo necesario para preparar la expedición, pues debíamos trasmontar la cordillera y buscar las aguas del río Palo para volver a Toribío. Ya habíamos devuelto por el páramo de Moras las mulas con las monturas y algunas cargas con los efectos que no nos eran de absoluta necesidad.

Una docena de indios vigorosos tenían ya listas las maletas que contenían la ropa, la herramienta y los víveres; los mineros llevaban los picos, las barras y las bateas, y pequeñas maletas con lo de inmediato uso; los demás, ya con nuestras carabinas al hombro, nos despedimos de los indios de Huila con estrechos abrazos y con fuertes apretones de manos, y dimos orden de desfilar.

Por segunda vez pasamos el río San Vicente y cruzamos el hermoso llano bajo de Huila

en toda su longitud, hasta dar con el turbulento Páez, cuyo caudal estaba notablemente crecido por las recientes lluvias en las cabeceras. Por la ribera occidental remontamos el río, encontrando con frecuencia manantiales termales, salitrosos y calcáreos, semejantes a los de las orillas del San Vicente. Después de atravesar una linda meseta cubierta en su totalidad por tupidos chuscales, nos internamos en la montaña, siguiendo el curso del río y sin perder de vista sus aguas. En esta parte las vegas del Páez son extensas, abundantes en aguas y de una fertilidad asombrosa; terrenos los más adecuados para el cultivo y la ganadería, pero que la desidia y la improvidencia de la raza indígena, causada en gran parte por su misma primitiva organización social, impiden que se aproveche su riqueza y su feracidad. En poder de una raza más laboriosa, Huila sería el asiento de una gran ciudad que, alimentada por las bellas, ricas y extensas vegas del San Vicente y del Páez, sostendría comercio activo con los valles del Magdalena y del Cauca, comunicándose con ellos por caminos cortos y buenos, que se abrirían fácilmente, al primero, por la hoya del Páez, y al segundo, por la del Palo.

De vez en cuando nos obstruían el paso inmensos troncos de árboles que los huracanes y la tempestad habían arrancado de cuajo; al

caer se habían llevado por delante grande extensión de montaña, formando largas palizadas; al mismo tiempo habían despedazado el suelo al desprenderse de la roca, produciendo grandes derrumbes en las empinadas faldas o profundos hoyos en el terreno llano.

Otras veces, al fin de una vega, nos veíamos obligados a trepar por la roca vertical, apoyándonos en las lianas o en las raíces que por las grietas asomaban; para descender a la siguiente vega teníamos que atravesar la cuchilla por angosta y movediza vereda que nos proporcionaban las raíces salientes de los árboles; camino suspendido a más de cincuenta metros sobre las revueltas aguas del río. De trecho en trecho encontrábamos grandes y profundos torrentes, en algunos de los cuales servía de puente el tronco de algún árbol ribereño que algún indio cazador había tumbado con tal objeto, probablemente muchos meses antes, pues estaban totalmente cubiertos de musgos y de helechos, y en uno de ellos, en toda la mitad, crecía lozana una magnífica orquídea del género *odontoglossum.*

De este primitivo sistema de construcción de puentes nos servíamos siempre que se nos ofrecía. En una ocasión nos propusimos pasar el río Páez con el fin de examinar unas altas rocas desnudas que en la opuesta orilla se veían. Al tomar esta determinación, los indios

y los mineros se dispersaron en todas direcciones, buscando un árbol que, por su situación y por la elevación de su tronco, diera el resultado apetecido; pero el río estaba tan grande, que ni el elevado tachuelo ni el majestuoso cedro daban el largo necesario. Al fin vimos un grueso tronco que las corrientes habían atravesado de la otra orilla a la mitad del río. Con esto teníamos adelantada la mitad del camino, e inmediatamente los indios empuñaron las hachas para derribar un alto cedro, cuyas largas ramas calculamos que tocarían en la extremidad del otro tronco. Por media hora consecutiva sonó el rudo golpe del hacha, retumbando en la montaña y confundiéndose con el ronco rumor del río; los indios dirigían el corte hábilmente, teniendo en cuenta la inclinación del árbol y la dirección de las ramas. A cada nuevo golpe de hacha vacilaba el corpulento cedro, hasta que llegó el momento de *desnucarlo:* se llama así un corte pequeño opuesto al primitivo, que se hace con el objeto de impedir que el tronco se hienda. Al fin principió a inclinarse la alta copa, primero lenta y majestuosamente, y después cayó con la velocidad del rayo, destrozando los grandes árboles que tenía por delante e infinidad de lianas y parásitas de toda clase, todo esto con singular estruendo, que, principiando en el estridente crujido que produjo

el tronco al romperse, aumentaba con el destrozo de los vecinos árboles, con el ruido del aire, azotado por las grandes ramas que caían, y con el choque contra las piedras y las revueltas aguas del río, que se tornaron en blanca espuma. Ronco y prolongado eco anunció de monte en monte la caída de uno de esos colosos de las selvas intertropicales: espectáculo de los más imponentes que pueden idearse. El corte había sido tan bien dirigido, que las últimas ramas del cedro habían caído tocando en el punto deseado, y, pasado el primer momento de admiración, procedimos a atravesar el río por el improvisado puente; pero las anheladas rocas eran de granito viejo, del mismo que por el lado de la Símbola forma la base del nevado; por consiguiente, inútil era buscar en él riqueza mineral.

Repasado el Páez, seguimos nuestro rumbo hasta dar en Ríocolorado, *Yombeg* (llamado así por el color bermejo de sus aguas), el cual entra al Páez como siete leguas arriba del Huila. Allí encontramos riegos de ricos minerales de plata; pero, a pesar de haber remontado el río casi hasta su origen, nos fué imposible dar con el filón. En Ríocolorado principia a encontrarse un granito moderno, en el que piritas de hierro y de cobre alternan con los otros elementos de la roca. Este granito mineralizado, que más adelante es la

roca predominante, forma los principales estribos del nevado por el costado oriental.

Dos leguas adelante de Ríocolorado encontramos a Ríonegro, *Cuch-yo*, río correntoso, de aguas de color obscuro, debido a las ciénagas del páramo, en donde nace, y del cual desciende bruscamente por una serie no interrumpida de altas cascadas y de rápidos chorros, hasta dar en el Páez. En el Ríonegro es ya más abundante el granito moderno y mineralizado que desde el Colorado veníamos encontrando.

Cerca de la embocadura del río establecimos un campamento fijo. En pocas horas se hizo en la montaña un claro de sesenta metros de perímetro; los grandes troncos se convirtieron en leña; con los más delgados se hicieron varas, y al rozar y limpiar el claro se separaron las cañas de popo y las grandes hojas hendidas del rabihorcado, las acorazonadas y anchas de los arums y las de las palmichas para cubrir los ranchos; antes de anochecer se habían construído ya tres: uno para los indios; otro, destinado también para cocina, era el de los mineros, y otro, ancho y capaz, para nosotros y para guardar el equipaje. Las hogueras que en cada rancho se habían encendido para secar el piso y para alejar los zancudos dejaban oir alegre chisporroteo y templaban el húmedo y frío ambien-

te. En la vida de montaña no hay nada que consuele tanto como el fuego: al momento en que el humo empieza a elevarse al cielo en graciosas espirales todo cambia como por encanto: el anterior abatimiento se torna en franca animación, y es entonces cuando, al calor de las movedizas llamas del hogar, principia la sabrosa plática, en la que todos toman parte con igual llaneza.

Por la noche, al acostarnos y apagar la luz, nos sorprendió agradablemente ver el techo de nuestro rancho tachonado de pequeñas luces movedizas, producidas por infinidad de insectos fosforescentes que vivían en las hojas que lo formaban.

Las aguas del Páez y las del torrentoso Ríonegro unían su estrepitoso murmurio al de una elevadísima cascada desprendida de las nieves del Huila, y que, a poca distancia, caía al frente de nuestro campo. La montaña dejaba oir sus mil voces: unas, vagas y lastimeras; otras, más acentuadas, pero todas misteriosas, formando el conjunto como arrullo cariñoso de la madre naturaleza.

Un oso, que desde Ríocolorado nos seguía, comenzó a roncar en contorno del campamento, haciéndose sentir por el destemplado gruñido y por el ruido que hacía al romper las ramas para abrirse paso. El oso es un animal casi inofensivo, mientras no se le ataca; muy

curioso y muy inteligente; por simple curiosidad se acerca a los campamentos, y sabe que, cuando éstos se levantan, encuentra siempre despojos de cocina que le agradan extraordinariamente.

## XV

### CACERÍA DE LA DANTA

SITUADOS en Ríonegro, exploramos con cuidado toda la comarca vecina, sin encontrar nada digno de atención; ningún indicio vimos de riqueza mineral, y el granito moderno y mineralizado es la única roca que se ve en toda esta región. Como los víveres se nos habían agotado, para continuar la expedición dispusimos una cacería de danta para proveernos de carne. Al efecto, Yande, indio vigoroso y desaforado cazador, marchó una tarde, acompañado de dos indios más y de los perros, y, subiendo hasta el páramo, tomó los caminos de las dantas. Este macizo cuadrúpedo recorre la montaña siempre por un mismo sendero; cuando se ve atacado huye por su vereda con extraordinaria rapidez hasta llegar al agua, donde se hace fuerte. Al día siguiente ocupamos los puestos que de antemano habíamos escogido, y ansiosos esperá-

bamos oír las señales convenidas con los indios. Por último, como a las diez de la mañana distinguimos el ladrido de los perros y los gritos de los indios en una meseta sobre la cual se eleva el nevado cono del Huila; el ruido se acercaba de momento en momento, y al poco tiempo vimos la danta, dando grandes saltos, descender al río en rápida carrera. Instantes después Yande apareció entre las ramas, sin sombrero, casi desnudo, con la cabellera en desorden y salvaje la mirada, y, con un cuchillo enastado en un palo, llegó al río al mismo tiempo que el cuadrúpedo, y alcanzó a darle terrible cuchillada en un lomo. El indio había encontrado la danta en las vecindades del páramo, y cuando ésta huyó, la siguió a la carrera por entre la tupida montaña, ora salvando precipicios, ora saltando por encima de los grandes troncos tendidos, ora deslizándose casi contra el suelo, pero dando a todos sus movimientos la rapidez del rayo, hasta alcanzarla al llegar al río. Al sentirse herida la danta, que era un corpulento macho, de un poderoso salto se colocó en la mitad del agua; cuando los perros llegaron y quisieron atacarla, se defendía sacudiendo el agua con la trompa y arrojándola con fuerza contra sus adversarios, o dando terribles manotadas con la tripartida pezuña; al mismo tiempo, llamas de enojo despedía de los pequeños y encendidos

ojos. Cuando, al verse acosada por todas partes, pretendió huir, hicimos fuego con nuestras carabinas, y el animal se desplomó; los indios se apoderaron de ella, demostrando su alegría con insoportable algazara. Ese día tuvimos abundante comida y aseguramos la provisión de carne para continuar la exploración. Allí hicimos uso, por primera vez, del culantro de montaña, pequeña piperácea, que le da a la comida el mismo sabor que el culantro común, siendo quizás más aromático. Hay allí mismo otra piperácea, conocida con el nombre de culantro blanco, pero que no es tan agradable como el de montaña. Toda esta parte de la cordillera, entre 2.500 y 3.200 metros de altura sobre el nivel del mar, y con una temperatura media de 11°, es el asiento de infinidad de piperáceas, a cual más aromática y agradable.

## XVI

### EL NEVADO

De Ríonegro seguimos nuestra marcha Páez arriba, ascendiendo lentamente, y teniendo a la derecha, y sobre las cabezas casi, la triple cima del Huila, cuyas bases son, por este lado, rocas verticales de más de 300 metros de altura, surcadas a trechos por abundantes y magníficas cascadas de luces opalinas. A la izquierda se eleva la alta cordillera destrozada por gigantescos derrumbes, cuyos inmensos pedriscos nos obstruían el paso con frecuencia. Llama la atención encontrar en esta parte de la montaña, que hoy puede considerarse virgen, grandes espacios cubiertos por papa silvestre, una de flor blanca y otra de flor morada, que, lozana y vigorosa, como rara vez se ve en la misma Sabana de Bogotá, crece a la sombra de los grandes árboles. No tiene los caracteres de espontánea como la pequeña y raquítica que vi en la Símbola. Es de

notarse que no hay ni tradición de que esta región haya sido habitada, y que la habitación más próxima dista como doce leguas de este punto, todas de montaña virgen. Probable es que esta papa silvestre sea resto de los cultivos de las antiguas poblaciones aborígenes que abundaban en toda la cordillera central, como lo atestiguan las guacas y vestigios de pueblos que por todas partes se encuentran cubiertos hoy por árboles seculares.

A los 3.000 metros de altura comienzan a escasear los grandes árboles, y las gramíneas gigantescas, como la sorbetana y el chusque, aparecen en abundancia. Apoyadas en los musgosos troncos de diversas ericáceas y de weimannias de pequeña talla, se levantan espléndidas variedades de fucsias, de enoteras y de begonias. Los musgos y los líquenes, algunos arums y helechos cubren los árboles del bosque, dando al paisaje un tinte lleno de melancólicas sombras.

A poco que ascendimos llegamos al lindero del páramo, y, siguiendo las aguas del Páez, que es aquí un pequeño riachuelo, faldeamos el inmenso cono del Huila, caminando por entre grandes ciperáceas, ericáceas raquíticas y algunas gramíneas. A medida que ascendíamos, la Naturaleza toda decaía en vigor: los grandes chusques de la región anterior se tornaban en enano chusquillo; entre el tu-

pido musgo que tapiza el suelo cenagoso crecen dos rastreras bejarias y una alstromeria diminuta. En cambio, algunos helechos levantan sus negruzcos troncos a un metro de altura, y las espeletias lucen sus amarillentas hojas sobre los obscuros troncos, que en medio de los pajonales, y envueltos en los remolinos de niebla, parecen mudos, sombríos espectros.

Por la orilla del riachuelo que da origen al río Páez seguimos por el pie de elevadas rocas, hasta el punto en que éste se desprende de las nieves formando una linda cascada. Como por este lado es inaccesible el Huila, torcimos hacia el Occidente, en dirección al páramo de Santo Domingo, distante apenas como una legua, siguiendo por un pequeño lomo que divide las aguas que del Huila se desprenden para el Norte y para el Sur. En el trayecto tuvimos la fortuna de matar un oso de regular tamaño, que los perros encontraron tranquilo comiendo los cogollos del frailejón.

Mientras ascendíamos a la cuchilla de Santo Domingo, que es la que divide las aguas del Magdalena de las del Cauca, el viento sopló con fuerza, desbaratando las espesas nieblas que hasta entonces nos habían envuelto; el cielo se despejó, tiñéndose de un hermoso azul subido, y el sol iluminó con sus rayos pálidos y sin calor las desiertas regiones que

habíamos recorrido. Nuestra marcha era lenta, porque a esa altura la respiración es ya difícil y la fatiga viene a los pocos pasos que se den. Uno de los antioqueños que nos acompañaban se vió acometido del terrible accidente conocido con el nombre de *mal de páramo*, que principia por dolores atroces en el vientre y en la cabeza, calofríos y demacración profunda. Con dificultad pudimos llegar a la cima y colocarlo al abrigo de una roca, cubriéndolo con cuanto teníamos a la mano. Allí esperamos a los indios, que venían todos dispersos, y cuando llegaron le preparamos ponches calientes de brandy, que lo reanimaron poco a poco. El termómetro marcaba dos y medio grados y el barómetro una altura de 4.020 metros. Entretanto tuvimos tiempo para admirar el espléndido panorama que se desplegaba a nuestra vista: al Oriente, y a muy poca distancia, puesto que apenas nos separaba el lomo que desde la cascada del Páez habíamos traído, teníamos casi a nuestra altura los tres nevados picos del Huila, confundidos por su base en espléndido manto de nieve; sobre el fondo azul obscuro del firmamento aparecían brillantes y como vestidos de gala, descansando sobre amplia base de rocas graníticas, de formas caprichosas y extravagantes, a veces desnudas y dispuestas en anfiteatro, y entre unas y otras

verdes y pequeñas llanadas. Las abundantes cascadas que se desprenden de la nieve parecen anchas cintas de plata, y dan nacimiento a dos grandes ríos, el Páez y el Saldaña, cuyo origen, a pocos centenares de metros uno de otro, se puede decir que es común; el uno corre hacia el Sur, y el otro hacia el Norte, bañando el pie del gigantesco nevado y separándose por largo trecho, antes de refundir sus aguas en las del caudaloso Magdalena. Hacia el Occidente, la cordillera, siguiendo la regla casi general en los Andes, desciende rápida y bruscamente, y por la hoya del río Palo, cuyas fuentes están al pie del pico de Santo Domingo, alcanzábamos a ver, por encima de la arrugada cordillera, las encantadoras llanuras del valle del Cauca, y más allá la cima de la cordillera occidental. Colocados en esa altura dominábamos el nacimiento de tres grandes ríos, que nosotros veíamos pequeños y humildes, como es todo al nacer. A nuestros pies, las nubes se movían con majestad, aglomerándose sobre los bosques en que tienen origen las fuentes del Palo.

Así como es ancha y extensa la base del Huila, por los costados Norte y Oriente, puesto que sus contrafuertes se extienden suavemente inclinados hacia Vallenuevo, al Septentrión, y hasta el valle del Magdalena, hacia el Levante, los costados Sur y Occidente son

muy reducidos. Por el Mediodía, el Huila se eleva bruscamente desde las riberas del Páez; y parece que hubiera alcanzado la prodigiosa altura, por una serie de esfuerzos poderosos, indicados por rocas verticales que forman otros tantos escalones gigantescos; el primero cuenta más de 500 metros de altura. Por el Ocaso, su base es aún más reducida, pues como no se levanta de la propia cima de la cordillera, que es en la cuchilla de Santo Domingo, sino hacia el costado oriental, no dirige en esa dirección estribo alguno, propiamente hablando. Debido a esta conformación de la cordillera, que es casi general tanto en la central cuanto en la oriental, las aguas que corren hacia el Levante son mucho más numerosas y abundantes que las que se dirigen hacia el Poniente, porque las primeras, recorriendo mayor extensión, recogen mayores caudales; no así las segundas, que, en lo general, nacen en los contrafuertes y son pocas las aguas que relativamente reciben de la cima, porque el *divortium aquarum* se encuentra casi siempre desalojado del centro e inclinado hacia el Poniente, siendo los costados orientales del levantamiento mucho más extensos y menos bruscos que los occidentales.

La poderosa mole del Huila está constituída por granito antiguo de gruesa granulación. Erupciones posteriores han acumulado en los

costados el granito impregnado de sulfuros metálicos. Posteriores a estos levantamientos han sido los de pórfidos y dioritas, que casi nunca han roto hasta la superficie, pero que se demuestran principalmente en los cauces de las corrientes de agua en toda la mitad inferior de la cordillera.

## XVII

### EL CAMINO DE BELALCÁZAR

Obligados a buscar regiones más hospitalarias, descendimos de Santo Domingo por una empinada cuchilla, dejando a la derecha el pico de ese nombre, escarpada roca que, como gigantesco monolito, se levanta aislada sobre la cima de uno de los más elevados contrafuertes del páramo.

El camino que llevábamos se marcaba por hondos surcos medio cubiertos por espesa capa de musgo. Más abajo los arbustos habían crecido sobre las paredes del camino, y las nudosas raíces formaban obscura bóveda, por debajo de la cual pasábamos rastreando con dificultad. Todas las apariencias eran de que ésta había sido en remota época vía de comunicación de los indígenas habitantes de la cordillera, muchos de cuyas poblaciones habían desaparecido probablemente siglos antes de la conquista española. Sin embargo, el guía

y los indios que nos acompañaban aseguraban que por este lado no había tradición de que se hubiera trasmontado la cordillera, si no era de treinta años a esta parte, por uno que otro atrevido quinero.

Probablemente fué éste el camino por donde, roto y destrozado, se retiró Belalcázar en la segunda expedición que en 1543 dirigió contra los páeces.

Admira y sorprende la energía y el valor de los conquistadores al transitar, con caballos y equipajes de guerra, por tales sitios, en terreno desconocido y poblado de enemigos. Bien es cierto que sin tales virtudes jamás se hubiera llevado a cabo la conquista de América.

## XVIII

### NUESTROS QUINALES

Como el descenso era en extremo brusco, podíamos apreciar momento por momento el notable cambio de la vegetación, debido a la diferencia de altura. Pronto dejamos a la espalda la zona de los criptógamos y de las gramíneas, entrando luego a la de las ericáceas y las weimannias, con las que crece en abundancia una hermosa magnolia de grandes y aromáticas flores blancas, la que por primera vez veíamos en esta parte de la cordillera.

Descendiendo un poco más, entramos en la alta montaña, viendo, no sin cierta emoción, que de trecho en trecho se levantaba ufano, pero como temiendo oir el ruido del hacha devastadora, uno que otro tierno arbolito de quina roja pitayó, como palpable muestra de que la barbarie humana es impotente para luchar contra la Naturaleza. Por treinta años

consecutivos se talaron con tal saña nuestros ricos bosques de quina, que al cabo de ellos se habían extinguido, casi en su totalidad, las diversas especies que crecían en nuestro territorio. Parecía que con insano furor nos hubiéramos propuesto extirpar uno de los géneros más importantes de nuestra flora.

Al mismo tiempo las naciones europeas, más previsoras, hacían toda clase de esfuerzos por implantar y fomentar en sus colonias el cultivo de la quina; y la extraordinaria producción de las plantaciones de Java y de la India vino a coincidir con la completa devastación de nuestros quinales naturales, dando por resultado el aniquilamiento de esta fuente de riqueza, que dió a Colombia días de inmensa prosperidad.

Antes de poco tiempo sucederá lo mismo con el caucho, pues no caemos en la cuenta de que, mientras nosotros destruímos con infantil imprevisión las riquezas con que la Naturaleza ha dotado nuestro suelo, los pueblos civilizados, al propio tiempo que se burlan de nuestra locura, se aprovechan de ella, emprendiendo con esmero el cultivo de los preciosos árboles cuya extinción llevamos a cabo con implacable temeridad.

Volviendo a la quina, no sabemos si las artificiales plantaciones asiáticas se sostengan por tanto tiempo como las naturales de los

bosques de América; y quién sabe si, cuando aquéllas tengan que abandonarse por total empobrecimiento, Colombia encuentre en sus bosques nuevos quinales crecidos y desarrollados durante la preponderancia de la quina de la India. Quiera Dios que así suceda, y que para entonces los quineros, aleccionados por ruinosa experiencia, lleven a cabo la explotación con la prudencia y el juicio que hoy no han tenido, y cuya falta ha costado tan caro al país.

A 3.000 metros sobre el nivel del mar encontramos las primeras palmas de cera *(ceroxylon andícola)*, las que, a menor altura, crecen en tal abundancia, que sus altos penachos, sobresaliendo por encima de las copas de los árboles, parecen superpuesta bóveda formada por capiteles de un orden gigantesco. A la misma altura principia a verse una hermosa mutisia, cuyo tallo trepador se levanta hasta las ramas superiores de los encenillos y de las bignonias, de las cuales se suspenden las grandes flores rojas que, meciéndose al soplo del viento, parecen encendidos farolillos. Esta planta, que es una de las más bellas de nuestra flora, crece en abundancia en esta región, entre 2.500 y 3.000 metros de altura sobre el mar. Florece en Octubre.

## XIX

### PUEBLO PREHISTÓRICO

Al descender a la confluencia de los ríos Santo Domingo y Culebrina encontramos inequívocos vestigios de una gran población de los tiempos prehistóricos. En todo el lomo de una empinada y angosta cuchilla que se desprende del pico de Santo Domingo y que va a morir en la confluencia de los ríos arriba dichos, se ven como cuarenta terraplenes, perfectamente nivelados, de forma circular y dispuestos en anfiteatro; todavía existen señales de las graderías que servían para subir de uno a otro. Hoy están cubiertos por espeso bosque, y en ellos levantan tranquilas sus estipes seculares elevadísimas palmas de cera. Llama desde luego la atención la situación admirable que ocupa, pues llena todas las condiciones cosmogónicas y militares que siempre escogían con anhelo los pueblos americanos para sus fundaciones. Al Oriente tiene los

dos picos gigantescos de Santo Domingo, por entre los cuales se eleva el sol al nacer, y su primer rayo inunda necesariamente de luz todo el lomo de la cuchilla, llevando a los hogares el benéfico calor como cotidiana bendición del Supremo Ser. Por este lado el páramo ponía la ciudad al abrigo de cualquier sorpresa. Por los costados estaba admirablemente defendida, porque las faldas de la cuchilla descienden casi perpendicularmente hasta el lecho de los ríos; y la entrada natural, situada al Occidente, la forma la misma cuchilla, que, por una extensión de más de 300 metros, se avanza hasta la propia confluencia, estrechándose tanto, que apenas puede marchar de frente un hombre: es un largo pasillo elevado como 60 metros sobre el lecho de los ríos.

Todas las apariencias son de que ésta fué una importante población, y para examinarla nos quedamos allí con algunos peones y el guaquero, a pesar del riguroso invierno que había; los compañeros adelantaron hasta Tacueyó, desde donde nos proveían de los víveres necesarios. Cada terraplén está ocupado por cuatro o cinco series de sepulturas; dos apenas alcanzamos a vaciar, pues las constantes lluvias torrenciales no nos permitieron seguir trabajando. Cada una de estas guacas se compone de un tambor vertical, hábilmente

trabajado en la arcilla, y de cinco a seis metros de profundidad; allí el tambor se ensancha en dos cámaras, una pequeña al Occidente y otra más grande al Oriente; sobre el piso colocaban una capa de leña, y sobre ésta tendían el cadáver, que cubrían con tierra, rodeándolo de innumerables vasijas de barro de todas formas y tamaños, que a veces ocupan por sí solas casi todo el espacio del tambor. Casi nunca se encuentra en una sepultura un solo cadáver: en una de las que vimos había tres, y en la otra cuatro, todos de diferentes edades, y con la circunstancia de que los niños estaban enterrados encima de los adultos. Por los fragmentos del cráneo que pudimos examinar, deducimos que la raza de la cordillera no ha variado desde esa remota época hasta ahora, siendo, sí, tal vez más corpulenta que la actual, que es de elevada estatura. Por el sinnúmero de vasijas de barro que encontramos se ve que estos indios estaban muy adelantados en la cerámica; revueltas con las vasijas, e inmediatamente encima del cadáver, depositaban sus modestas herramientas: hachas y barretones de pórfido pulido, husos de barro cocido, etc.; por único adorno encontramos gargantillas de cuentas de hueso, muy toscas por cierto.

Merece anotarse el hecho de que las vasijas de barro eran de formas muy diversas; de

cada clase había doce ejemplares de mayor a menor, siendo las más pequeñas como juguetes de niños. Todas eran lisas y sin dibujos, menos una que parecía de origen chibcha, a juzgar por los rasgos y por los adornos en la figura humana que representaba.

## XX

### DESTROZOS DE UNA AVENIDA

REVUELTA en la delgada capa de humus que forma la superficie del suelo, se encuentra con extraordinaria abundancia, en toda esta región, obsidiana gris transparente, conocida entre nosotros con el nombre de piedra de rayo, y proveniente de erupciones del Huila, relativamente modernas. Esta obsidiana, según me informó después mi amigo D. Tulio Ospina, es la misma que se encuentra en las faldas de casi todos los volcanes de Centro-América y de México.

En toda esta parte la cordillera está constituída por granito moderno impregnado de sulfuros de hierro y de cobre, en tal abundancia, que a los rayos del sol las rocas desnudas brillan como si estuvieran salpicadas de brillantes. Aquí la mineralización del granito es más notable que en cualquiera otra parte, y ella, como también la forma singular del pico

de Santo Domingo, que hace el papel de inmenso pararrayos, influye probablemente en la condensación de los flúidos eléctricos que sobre esta parte se aglomeran, y que originan terribles tempestades, las que unas veces descienden con rapidez increíble por la hoya del río Palo hasta dar en el valle, causando a su paso toda clase de desastres, y otras se resuelven en verdaderas lluvias de rayos sobre la misma cuchilla, las cuales tuvimos ocasión de sufrir por repetidas veces durante nuestra permanencia en Santo Domingo.

Ocho años, próximamente, hace que el río Palo tuvo una avenida tan extraordinaria y tan intempestiva, que fueron inmensas las desgracias que ocasionó en todo el trayecto de su curso, hasta dar en el Cauca, el que a su vez salió de madre y rebotó sus aguas a gran distancia por el choque violento del crecido Palo. La causa de tan terrible avenida la encontramos en una de las más pequeñas fuentes que forman el río Santo Domingo: un inmenso derrumbe, de los que tan frecuentes son en la cordillera central, obstruyó el pequeño cauce de esta corriente: el agua, acumulada por largo tiempo, rompió al fin, en virtud de su presión, el dique que la detenía, y, precipitándose con impetuosa violencia, arrastró en sus turbiones grandes trozos de roca que a su paso arrancaban de las escarpas

ribereñas árboles inmensos de secular montaña, con lo cual se acrecía la potencia devastadora de la masa de lodo, rocas y palizadas, la cual, adelantándose con rapidez vertiginosa, se anunciaba a distancia por el ruido atronador que producía, abriéndose un cauce de más de 160 metros de ancho, en partes cubierto hoy de piedras, y entre ellas cantos inmensos de roca, en partes presenta desnuda la roca granítica mineralizada que sirve de base a la cordillera; a uno y otro lado se levantan perpendiculares las peñas que la corriente tajó; y el ancho claro que las aguas formaron puede seguirse con la vista en toda la extensión de la montaña como gigantesca vía, recientemente construída.

Obligados por un crudísimo invierno a abandonar el campamento de Santo Domingo, nos dirigimos a Tacueyó, siguiendo por la orilla del cauce abierto por la avenida. Entre los pedriscos de los derrumbes crece en abundancia la planta conocida con el nombre de hoja de pantano *(gunnera scabra)*, cuyas grandes hojas quintilobadas, de más de dos y medio metros de ancho por más de dos de alto, se elevan como inmensos quitasoles sobre un peciolo de más de tres metros de altura.

De Santo Domingo al río Palo el terreno que se atraviesa es todo plano; bellas y exten-

sas llanadas limitadas al Norte y al Oriente por la cordillera, y suavemente inclinadas al Occidente, se suceden unas a otras; abundantes y cristalinas aguas las cruzan de Norte a Sur, y en todas ellas se ven vestigios, más o menos patentes, de haber sido en tiempo remoto asiento de numerosas poblaciones indígenas. Hoy se hallan cubiertas por bosques seculares, y las elevadas palmas de cera, las de ramo y las palmichas crecen y se multiplican en asombrosa abundancia. Terrenos son éstos los más apropiados para la agricultura y la ganadería, y, con el tiempo, están llamados a alimentar poblaciones ricas, activas y laboriosas, centro del comercio entre los valles del Magdalena y del Cauca. El día en que por esta región se abra una vía que comunique los dos valles, ella traerá, como inmediata consecuencia, la civilización de la numerosa población de Tierra Adentro y la colonización de ricas y extensas porciones de nuestro territorio, ocupadas hoy por florestas vírgenes.

## XXI

### FLORAS DIFERENTES

Grande es la diferencia que hay entre la vegetación de la vertiente oriental y la occidental de la cordillera, dada la misma altura. En la oriental el terreno es más húmedo y los bosques están revestidos de un aspecto sombrío: allí son escasas las grandes palmeras, pero las gramíneas crecen en abundancia y adquieren un desarrollo considerable; las piperáceas abundan, y las plantas parásitas, arums, orquídeas, tilliándceas y los criptógamos cubren totalmente hasta las más altas ramas de los árboles. En la vertiente occidental la vegetación se presenta en formas mucho más variadas: las gramíneas escasean, y las palmeras abundan prodigiosamente; la montaña es limpia y alegre, los árboles, libres de parásitos, adquieren un desarrollo majestuoso y están adornados con hermosas flores. Esta diferencia viene, probablemente, de que la

vertiente oriental, mucho más extensa y, por consiguiente, de declive muy suave, al mismo tiempo que es más húmeda, no recibe los templados vientos del valle del Magdalena. No así la occidental, que, de menor extensión y bruscamente levantada sobre el valle del Cauca, alcanza a gozar de la acción de las cálidas brisas del valle; al mismo tiempo las aguas que recibe, teniendo un desnivel considerable, ruedan todas fácilmente y no humedecen, por tanto, ni el suelo ni la atmósfera, como sucede en la oriental.

Al salir al río Palo encontramos la primera habitación humana. Cincuenta y siete días hacía que, internados en las selvas vírgenes, no veíamos huella alguna de la actividad del hombre. Imposible es describir la emoción que se experimenta al ver, después de algún tiempo, levantarse las columnas de humo por sobre el pajizo techo de las miserables chozas de los indios.

Todo causa admiración: el horizonte, los sembrados, las habitaciones y los animales domésticos. Y, siguiendo los impulsos del instinto de sociabilidad, con cuánto placer, con cuánto cariño se saluda al primer ser humano que se encuentra al salir de la montaña, aun cuando sea huraño indio, de quien se está separado por raza, por costumbres, por idioma y por religión.

**Formaciones minerales.**

En este punto, a cosa de cuatro leguas al oriente de Tacueyó, principia a encontrarse oro en el río Palo en muy pequeña cantidad; más arriba no se encuentra riqueza mineral, pero ésta aumenta considerablemente a medida que se desciende. Por lo que pudimos observar en la parte de la cordillera que recorrimos, creemos que las erupciones dioríticas y porfídicas, en las que están formados los filones metalíferos, que son muy posteriores al levantamiento general, sólo se encuentran en la mitad inferior de la cordillera, próximamente hasta 2.800 metros sobre el nivel del mar. A mayor altura, esas erupciones no han alcanzado a romper el granito antiguo; de suerte que creímos inútil buscar allí riqueza metálica. Unicamente en la pequeña región comprendida entre el páramo de Moras y el páramo de Jambaló, aparecen, a mayor nivel del indicado, algunos filones de ninguna importancia. El levantamiento está constituído en su totalidad por granito antiguo y por traquitas, y la prueba es que la roca del lecho de los ríos que descienden de uno y otro lado de la cordillera es igualmente antigua roca granítica atravesada por erupciones posteriores de

diversa naturaleza, que han tenido lugar por grietas laterales formadas en la mitad inferior del levantamiento. Inútil, pues, nos parece hacer exploraciones mineras en la cima de esta parte de la cordillera.

Después de pasar el río Palo por un delgado tronco, seguimos por toda la ribera meridional hasta el pueblo de Tacueyó, el cual, como todos los de Tierra Adentro, es pajizo y de apariencia miserable.

Allí, con suculenta comida, nos esperaban los compañeros que de Santo Domingo se habían adelantado. La gente del pueblo nos miraba con curiosidad; nuestra atrevida exploración les había llamado la atención, pues no nos creían capaces de vencer las dificultades y de afrontar los peligros de una travesía considerada generalmente como imposible para gente civilizada.

Al día siguiente, todos reunidos, regresamos a Toribío, punto de partida de nuestra correría; mientras tanto los habitantes de Tacueyó, habiendo sabido que habíamos dejado abandonadas en la montaña las ollas que por centenares habíamos sacado de la guaca de Santo Domingo, se dirigían hombres y mujeres en penosa romería hasta ese lejano sitio a recogerlas y llevarlas a sus casas, pues en esas poblaciones no es fácil en la actualidad proveerse de tan necesarios utensilios.

EL LLANO

# EL LLANO

## I

### DE BOGOTÁ A VILLAVICENCIO

Con una mañana bellísima, y disfrutando de la grata compañía de mi ilustrado amigo el señor D. Francisco J. Vergara V., salí de Bogotá, tomando el bien trazado camino que sigue hacia el Sur por la falda de la cordillera y conduce al boquerón de Chipaque.

El cielo, limpio de nubes y de brumas, ofrecía horizontes de magnífica perspectiva. Por encima de las colinas que al Occidente limitan la rica sabana, esmaltada con los plateados reflejos de las lagunas, ostentaban sus nevadas cumbres el Tolima, de correcta e irreprochable forma; la mesa de Hervé, masa helada de gigantescas proporciones, y de vez en cuando, por entre las escasas brumas, apare-

cían por momentos los abruptos picos del Ruiz.

La cordillera se trasmonta por el boquerón de Chipaque, a 3.204 metros sobre el nivel del mar; desde allí se domina el paisaje risueño y encantador que presenta el estrecho valle de Cáqueza. Al pie se tiene a Chipaque, y al frente, al otro lado del río, está Une sobre un plano suavemente inclinado, cubierto de pedriscos y de enormes cantos que atestiguan las grandes conmociones geológicas que toda esa zona ha experimentado. Siguiendo el eje Sur-Norte se ven en el horizonte los picos altos y destrozados de un sistema diferente, que hacen juego con la imponente mole de los farallones de Chingasa, restos quizás de primitiva cordillera, despedazada por la acción del Sumapaz.

El río Cáqueza, de escaso caudal, corre por un valle de fractura, de apariencia relativamente moderna, abierto en alta serranía de paredes escarpadas, que dejan ver una estratificación singular. Los espesos bancos de arenisca se pliegan y se retuercen o forman arcadas inmensas del más correcto dibujo. Por todas partes se ven grandes cantos que indican el destrozo de la cordillera y la acción de poderosas corrientes de agua. El tipo del relieve y la naturaleza de las rocas indican una formación cretácea.

Frente a Cáqueza comienzan a presentarse grandes bancos de esquistos pizarrosos que constantemente determinan hundimientos más o menos considerables, y con frecuencia se ven sobre la superficie negruzca de los esquistos las cintas de rojo de ocre de abundantes fuentes ferruginosas, mucho más notables en el cauce del Ríonegro, hasta Quetame. En todo el trayecto de Chipaque hasta Cáqueza, la propiedad está muy dividida y el terreno esmeradamente cultivado. Por todas partes se ven grupos de dividivi, cuyas semillas se llevan en grandes cantidades para servir en las tenerías de Bogotá. Los cultivos principales son el fique y el algodón, que es de calidad superior. Toda la región está densamente poblada. Frente a Quetame se pasa el Ríonegro, apenas de regular caudal en verano, pero de aguas abundantes y torrentosas en la época de las lluvias. Muy notable es allí la falta de un buen puente.

El camino, continuado precipicio de más de 11 kilómetros, sigue por el estrecho y profundo cañón del río, faldeando por mitad la alta y empinada peña de esquistos arcillosos, cuyos estratos están levantados casi perpendicularmente; en el fondo de la inmensa grieta arrastra el río sus negras aguas.

Toda esta zona es agreste y salvaje e imposible de cultivar, y en ella siempre habrá

solución de continuidad para la colonización: rocas casi desnudas, en las cuales la vida vegetal sólo está representada por escasas gramíneas y uno que otro gaque *(clusia alba)* de retorcido y negro tronco; no hay un ave ni un insecto, y todo parece cubierto por el manto de la muerte. El viajero se cree transportado a las altas cimas de nuestras cordilleras; pero, dados los 1.500 metros sobre el nivel del mar y los 20 ó 21° de temperatura, no se puede menos de calificar esta región como verdadero *páramo de tierra caliente.*

Desde el sitio de Monterredondo en adelante, el relieve y el paisaje se dulcifican: el camino continúa descendiendo por el cañón del Ríonegro, haciendo grandes entradas a los cañones de varias quebradas que han cortado y destrozado pequeñas mesas formadas por los aluviones del río, que descansan sobre areniscas metamorfoseadas; por encima de ellas se deslizan con frecuencia los depósitos aluviales, ocasionando grandes derrumbes, que tienen al camino, en este trayecto, en peligro de desaparecer dentro de poco tiempo.

A cada paso cambian el terreno y el paisaje; aparecen grandes masas de esquistos arqueanos y de dioritas, sobre las cuales está tallado el camino, que en ocasiones, por medio de pésimos puentes de madera, se avanza sobre el profundo cauce del río.

En la mesa de Pipiral llama la atención un pequeño cono, de perfil delicado y de unos veinte metros de altura, en cuya cima hay una fuente termal; en la cordillera se ve una gran cuenca circular y cerrada, ocupada hoy, en parte, por las aguas de una laguna.

De este sitio en adelante principia a aparecer en grandes masas la sienita roja, que ocupa toda la zona de Servitá, y que abraza una extensión de más de dos kilómetros.

Sobre la sienita se levanta un pico cretáceo, abundante en fuentes saladas, que tienen su origen en el eje de Cumaral, y caracterizado por bancos de cal, de carbón y por esquistos pizarrosos que forman la cima del último contrafuerte de la cordillera y desde donde se domina el espléndido panorama del Llano con sus variados matices, sus sabanas, sus montes, sus bosques de palmeras y sus grandes ríos, cuyos cauces se internan en el horizonte hasta el punto en que la bóveda celeste desciende hasta unirse con la línea azulosa de la tierra, que marca el horizonte natural.

Desde el momento en que se divisa el Llano principia, para quien no lo ha conocido, una serie no interrumpida de sorpresas y de sensaciones indefinibles. La vista de la inmensa pampa es majestuosa e imponente, ora se la contemple inundada por la luz del sol o sumida en las tinieblas de la noche, apareciendo

aquí y allá los fuegos y las columnas de humo enrojecido de los lejanos incendios; ora esté combatida por la tempestad o suavemente acariciada por las brisas del Atlántico. En el Llano todo es grande, y tanto en el orden físico como en el moral todo toma proporciones gigantescas. Es preciso ver el Llano para comprender la guerra de la Independencia.

Desde la cima del último contrafuerte se desciende rápidamente hasta Villavicencio, situado al pie de la cordillera y al principio de la interminable llanura.

Toda la región de la cordillera, desde el boquerón de Chipaque hasta Villavicencio, tiene un clima especial: la temperatura no guarda, en general, relación con la altura sobre el mar; dominada por los vientos fríos de los páramos de Sumapaz y de Chingasa, la vegetación no es aquí norma barométrica. Las formas propias de lo frío descienden considerablemente: a los 1.200 metros en Susumuco se ve todavía el cultivo de la papa; el borrachero *(datura arbórea)* desciende hasta el propio Llano; la malagueta *(xilopia longuifolia)*, que en Melgar crece hasta los 1.200 metros, aquí no se se ve sino a los 450. Las primeras palmeras *corneto* no se ven sino en Servitá y Buenavista, y eso en escaso número y un tanto desmedradas.

A la entrada a Villavicencio tuve el gusto

de ver al infatigable cura del Llano, mi antiguo amigo reverendo padre fray José de C. Vela, el atrevido catequista y explorador del Guavire, del Meta y del Vichada. Este digno y valeroso sacerdote es el centro a cuyo rededor se mueve todo el organismo religioso, político y social del inmenso territorio comprendido entre el Meta y el Guaviare. El reverendo padre Vela es irreemplazable en el Llano (1); y lo que es de sentirse es que no tenga un compañero joven a quien pueda educar en el desempeño del ministerio sagrado de esta región especial.

Después de trasmontar el último contrafuerte de la cordillera, y ya en el principio del Llano, se encuentra a Villavicencio, población de regular caserío y de moderna construcción, con abundancia de aguas y bastante bien situada, a poca distancia del río Guatiquia. En su vecindad hay magníficas y valiosas haciendas de ganadería, de caña y de café, entre las cuales sobresalen la del señor don Sergio Convers y la del doctor Emiliano Restrepo, en cuyas casas pasé horas de grato e inolvidable recuerdo; en la del último me sorprendió encontrar establecido el servicio tele-

---

(1) Poco tiempo después de escrito lo anterior el padre Vela murió ahogado al pasar el río Guayuriba, crecido por las recientes lluvias.

fónico en una extensión de más de 25 kilómetros.

El clima de Villavicencio es ardiente y húmedo, debido a la proximidad de los bosques seculares que lo rodean; y allí, más que en cualquiera otra parte del Llano, es brusca la diferencia de temperatura entre el día y la noche, pues, con frecuencia, de 32 ó 34° que marca el termómetro a las 2 p. m., desciende hasta 18 o 20° en el curso de la noche. Sin embargo de esto, el clima no es malo, como generalmente se cree, y él irá mejorando día por día, a medida que el cultivo vaya conquistando el terreno feracísimo ocupado hoy por la selva secular (1).

Villavicencio parece haber entrado ya de lleno en la vía del desarrollo, y es activo centro de negocios; la ganadería, el café, los ricos bosques de caucho que hay en su vecindario y su proximidad al puerto sobre el Meta, le dan vida propia; y prueba de ello es el vigor con que se ha levantado después del incendio que la redujo a cenizas hace apenas tres años.

---

(1) Hoy es Villavicencio asiento del Vicariato y Misiones de los Llanos de San Martín, a cargo de los reverendos padres Maristas, quienes han propendido considerablemente al adelanto de la región; digna de elogio es la labor del padre Dieris de Monplaisir, quien en imprenta propia publico allí el periódico *Eco de Oriente*.

Dos días permanecí en esta importante población, al cabo de los cuales, acompañado por el reverendo padre Vela, seguí para San Martín, tomando el camino nuevo, abierto hace pocos años por el progresista e inteligente caballero Sr. D. Leonardo Cubillos, y que tiene sobre el antiguo la ventaja de acortar la distancia en cerca de cinco leguas y la de cruzar los ríos y numerosos caños mucho más arriba, ofreciendo su vado, por tanto, menores dificultades y peligros.

## II

### EN LA SELVA

El camino, abierto en un terreno perfectamente plano, cruza, en su mayor parte, por espacio de unas ocho leguas, selva virgen y secular, en la cual la vegetación ostenta toda su exuberante esplendidez; al lado de los ficus colosales, cuyo gigantesco tronco se levanta sobre inmensa base triangular, crecen el cumare y el unamo *(jessenia polycarpa)* de elegantes estipes, y el último, sobre todo, importante por el aceite que produce, que puede reemplazar con ventajas al de bacalao, y por la lana que cría en la base de las hojas; las icicas embalsaman el ambiente con sus perfumadas resinas, y la palma de corneto *(deckeria corneto)* se levanta sobre el cónico pedestal formado por sus mismas raíces, que a veces alcanza hasta diez metros de altura; las rojas macetas del arizá o palo de cruz *(brownea*

*grandiceps)* se mezclan y entrelazan con las flores blancas o rosadas de los ipomeas y de las bignonias; bejucos gigantescos se levantan hasta las más altas ramas, y, entrelazándose de mil maneras, forman enmarañada bóveda; por todas partes se ven aroideas de formas caprichosas al lado de las elegantes heliconias, y numerosas rubiáceas, en especial psichotrias y algunas cinchonas, concurren a dar variedad al boscaje. Con frecuencia se observa la lucha a muerte entablada entre el alto y robusto cedro y el ficus estrangulador que, creciendo a su lado, desprende de su delgado y macilento tronco, y siempre a considerable altura, numerosos brazos, con los cuales se enlaza a su robusto vecino, y en el curso de los años acaba por ahogarlo. Casi, casi, se perciben los estremecimientos nerviosos y los angustiados gritos del coloso, que se siente perdido en la mortal contienda.

En el trayecto se encuentran numerosos caños que cruzan la selva de Occidente a Oriente, siendo los principales el Ocoa, el Chichimené, el Orotoy y los Acacias, y algunos grandes ríos, como el Guayuriba, que es el mismo Ríonegro de Cáqueza, pero tan notablemente engrosado que, aun en los fuertes veranos, su paso es difícil y no exento de peligros; el Guamal, verdadero origen del Meta, y el Humadea, que como tal se tiene general-

mente, figurando así en las cartas geográficas y en los libros.

En las selvas viven numerosas bandadas de monos de diferentes especies, principalmente los aulladores *(micetes)* y los choyas; saínos, osos hormigueros y tigres, cuyas huellas se ven en la corteza profundamente desgarrada de troncos colosales.

Infinidad de aves de las más diversas especies viven en el tupido follaje o en las orillas de las aguas, y en el suelo rastrean algunos ofidios y pequeñas tortugas de tierra; mientras que el güío *(eunectes)*, verdadero constrictor, hace parada a su presa en las cenagosas riberas de los caños. Solamente en insectos es pobre el Llano; apenas si se ve una docena de especies de mariposas diurnas y uno que otro coleóptero; sólo abundan las hormigas, entre las cuales hay dos especies muy venenosas, la *varasanta* y la *yanave*, y los dípteros, que forman verdaderas nubes en la vecindad de las aguas.

Como queda dicho ya, el terreno comprendido entre Villavicencio y San Martín es perfectamente plano, abundante de aguas y de asombrosa fertilidad; todo él es de formación aluvial. A cinco leguas al Sur de Villavicencio, en Orotoy, principian a manifestarse aluviones auríferos, cuya riqueza va aumentando a medida que se adelanta hacia el Ariari.

En Orotoy queda la última fundación de los vecinos de Villavicencio; de ahí hacia el Sur principian terrenos baldíos sumamente feraces y muy apropiados para los cultivos del cacao y del café, o para la formación de dehesas, pero que, cubiertos hoy por selvas vírgenes tan majestuosas como imponentes, son completamente improductivos.

Tres leguas antes de llegar a San Martín, la majestuosa e intrincada selva se termina bruscamente, y entonces principia el panorama encantador, cambiante y lleno de vida, de los llanos de San Martín: interminable serie de sabanas cubiertas de tupido pajonal, en donde se apacientan miles de cabezas de ganado, y encuadradas en caprichoso marco de estrechos bosques que se extienden a lo largo de los caños que atraviesan la llanura. La vista, hasta entonces como aprisionada dentro de los reducidos ámbitos del tupido follaje, descubre inmensos horizontes, las ideas bullen en el cerebro con indecible actividad, y el espíritu, levantándose por sobre la Naturaleza, bendice al Omnipotente Creador de la espléndida llanura.

En el centro de cada sabana existen, casi siempre, pequeñas lagunas, depósito de las aguas-lluvias, rodeadas de algarrobos, de animes y de palmas de moriche, y visitadas constantemente por innumerables bandadas de pa-

tos de diversas especies y por los gurullones, zancuda colosal de negra cabeza y de plumaje de extraordinaria blancura, que se divisan a gran distancia. En el fondo de estas lagunetas, reducidas casi a fango en los grandes veranos, vive la babilla, sauriano de tamaño inferior al del caimán, pero más atrevido y sanguinario; y en sus orillas el güío hace fácilmente su presa en los venados, en los saínos y en las cavias o en el ganado que se acerca a apagar su sed en las cenagosas aguas.

## III

### EL EUNECTES

Al hablar de la fauna y de la flora de esta región, no puedo menos de referir un incidente ocurrido en el trayecto de Villavicencio a San Martín: a orillas de uno de los brazos del caudaloso Guayuriba me encontraba una tarde con el reverendo padre Vela y con el señor D. Leonardo Cubillos, quien entonces desempeñaba la Prefectura de Villavicencio, cuando se nos ocurrió picar un corpulento avichuri *(brossymum galactodendron)*, con el objeto de recoger la sabrosa y abundante leche que produce este árbol, para condensarla y estudiar el producto; el Sr. Cubillos y yo practicábamos las incisiones, y el reverendo padre recogía el líquido en una vasija; enteramente dedicados estábamos a nuestra inocente labor, cuando de repente sentimos que se movía el mullido piso de hojarasca sobre el cual estábamos; ni aun tuvimos tiempo de

ponernos en guardia, porque en el acto surgieron de entre las hojas, debajo de nuestros pies, los grandes anillos de un güío regularmente crecido y al cual el Sr. Cubillos dió muerte con un certero golpe de machete.

Este fué el primer güío que vi en el Llano, en donde abunda más de lo que generalmente se cree; después, en el curso de mi viaje, encontré otros, algunos de los cuales alcanzaban dimensiones verdaderamente monstruosas; pero ninguno me produjo una impresión semejante a la que experimenté en esta ocasión. Esa noche, cuando en las márgenes del turbulento Guayuriba el prolongado graznido de algún pato interrumpía el silencio misterioso de la selva, se me figuraba que alguna infeliz palmípeda o zancuda, presa entre los poderosos y elásticos anillos del eunectes, se despedía de sus congéneres y les advertía el peligro, lanzando al aire su último penetrante grito, que, como el alerta dado por un cordón de innumerables centinelas, era repetido de trecho en trecho a lo largo del río, hasta donde el oído puede percibir.

El güío *(eunectes)* es la más grande de las serpientes americanas, y en ocasiones alcanza una longitud de 12 metros por 50 centímetros de diámetro en su mayor grueso; tiene una gran resistencia vital y está dotada de extraordinaria fuerza de constricción. Cuando se

quiere arrastrar a uno de estos animales, después de herido, apegándolo con rejos a una yunta de bueyes, por poderosa que sea, principia a ceder alargando su cuerpo hasta reducirlo a un diámetro increíble por lo pequeño; entonces comienza el movimiento de constricción, sin punto de apoyo aparente, y, según se dice, los grandes bueyes no pueden resistir a pesar de todos sus esfuerzos, y son arrastrados por el reptil.

El *eunectes* vive ordinariamente en la orilla de las aguas, en las palizadas o entre las grandes raíces de árboles gigantescos; casi siempre tiene sumergida la mayor parte del cuerpo, y nada con elegancia y destreza singulares. Cuando está acosado por el hambre, es sumamente peligroso, aun para el hombre mismo. Oculto entre la hojarasca y entre los troncos caídos, con los cuales se confunde, hace parada a su presa con la mayor astucia: permanece perfectamente inmóvil hasta que la tiene a su alcance, y entonces, con rápido movimiento, la sujeta con las mandíbulas o con la cola, y con la velocidad del rayo la enrolla en sus poderosos anillos, que en el acto la trituran y estrangulan, reduciéndola a una masa informe. Poco tiempo después comienza a desprenderse de su víctima, y da principio a lenta y horrible deglución; en el largo estómago del güío el cuerpo de la presa forma

grandes turupes, y cuando ésta no ha sido muy grande, se puede hasta reconocer la especie a que pertenece: tan bien así se dibujan por fuera los contornos. La digestión es lenta y perezosa, y mientras ella se efectúa, el güío permanece casi inmóvil y como sumido en profundo sopor; entonces su proximidad se reconoce por el olor nauseabundo que exhala, y que no se confunde con ningún otro. La manteca del *eunectes*, como la de otros muchos animales, es considerada por los llaneros como específico para varias enfermedades, sobre todo para el reumatismo. Quizás sí pueda tener aplicación en la Medicina por la cantidad de yodo que contiene.

## IV

### SAN MARTÍN

Es San Martín una bonita población, tendida en la mitad del Llano, toda pajiza, de calles anchas y tiradas a cordel, y de amplia y escampada plaza. Está a 405 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura media de 28°. Su clima es agradable y más sano que el de Villavicencio, pues es más seco, y las transiciones de temperatura entre el día y la noche son menos bruscas. Como la transpiración es fácil y abundante, y al mismo tiempo la atmósfera está refrescada por constantes brisas, jamás se sufre un calor excesivo. Hoy es cabecera del municipio de su nombre, y disfruta ya de los beneficios del telégrafo, debido en gran parte a los esfuerzos del distinguido llanero Sr. D. Benito Rondón. La riqueza de San Martín consiste exclusivamente en los ganados que se crían en sus inmensas sabanas. Hoy existen en el municipio unas 40,000 ca-

bezas, número que va creciendo año por año, pues de algún tiempo a esta parte se viene notando el desarrollo de la industria pecuaria, abatida allí desde las guerras de la Independencia. El ganado es todo de bellísimas formas y sumamente crecido.

San Martín fué fundado en 1585, en sitio distinto, por el capitán D. Diego de Daza, con el nombre de *Medina de las Torres*, y posteriormente trasladado al lugar que hoy ocupa, a orillas del caño Camoa y en el borde de un ligero pliegue del terreno, que, con ser tan pequeño, le da un magnífico golpe de vista, dominando la ilimitada llanura por el Oriente, por el Norte y por el Sur; sólo al Occidente se ve, a gran distancia, la extremidad de los espolones que lanzan los páramos de Fosca y Sumapaz, cuyas elevadas cumbres se divisan a lo lejos en las mañanas despejadas.

## V

### LA SALIDA DEL SOL

En todos los climas, en todos los terrenos y en todos los tiempos; en los amplios horizontes del Océano, o en los reducidos valles de la montaña, la Naturaleza toda, desde el hombre hasta el insecto, las flores y las brisas, saludan con regocijo la aparición del astro que, disipando las tinieblas, da vida y calor a cuanto se anima bajo la bóveda del cielo. Este fenómeno, aunque diariamente observado y eternamente repetido, siempre sorprende, es siempre nuevo y siempre solemne; pero en ninguna parte reviste el risueño colorido y la imponente majestad de que se rodea en nuestras extensas pampas orientales.

Desde las cuatro de la mañana principia a ceñirse el horizonte con una cinta luminosa que a cada momento se ensancha y adquiere la brillante apariencia de fuego orlado por dorados y deslumbrantes reflejos; todavía se

observan en el cenit algunas estrellas titilando sobre el hermoso fondo de un cielo azul obscuro. La zona luminosa se ensancha por instantes, y en el dilatado horizonte se ven como los reflejos de un mar de fuego que, poco a poco, invaden la bóveda celeste. El más profundo silencio reina por dondequiera, y la Naturaleza entera parece sumida en devoto recogimiento. De pronto principia a levantarse con solemne lentitud por sobre la obscura línea que marca el horizonte natural, inmenso globo de color de sangre, que se ve de más de un metro de diámetro aparente; en el acto las brisas, alegres y juguetonas, atropellándose, cruzan la llanura en todas direcciones; el follaje de los bosques se agita con inusitada rapidez, y las mil aves del Llano entonan sus cantos, unos alegres y armoniosos, y otros monótonos y agudos; la Naturaleza toda se conmueve y saluda entusiasmada la salida del sol.

Entretanto, el majestuoso globo se eleva lentamente sobre la línea que señala el horizonte; parece que adelantara con paso vacilante y entrecortado, inclinándose a uno y otro lado, como si a cada instante se detuviera para contestar con el saludo la ovación que el mundo organizado le tributa con frenesí.

Poco a poco el horizonte se hace más brillante; el gran disco continúa ascendiendo, y

a medida que se eleva, el rojo obscuro que al principio ostentaba se torna en amarillo de oro; pero todavía puede el hombre contemplarlo frente a frente; al fin, los rayos luminosos inundan la inmensa llanura, distribuyendo por dondequiera luz, calor, animación y vida. Se divisan las selvas seculares que aquí y allá matizan la sabana, los grupos de elegantes palmeras, las lucientes fajas de los ríos que, a lo lejos, se pierden en el horizonte. El sol ha recobrado sus aparentes normales dimensiones y su brillo deslumbrador, y asciende rápidamente en su carrera. Son las seis y cuarto de la mañana.

Fácilmente se comprende la profunda impresión que en el ánimo de los chibchas produjera este admirable espectáculo cuando, desde la cima de la cordillera, lo observaban, y veían que el sol, de dimensiones extraordinarias y tinto de sangre, surgía, terrible e imponente, de los confines desconocidos de la pampa. Así, no es extraño que fuera en las llanuras orientales en donde se procuraban los *moxas*, mancebos sacrificados en sus más solemnes festividades religiosas, y ofrecidos en holocausto al astro-rey, quien debía alimentarse con los sagrados despojos de la víctima, los cuales, con tal objeto, quedaban expuestos por cierto tiempo a la acción de los rayos solares.

El chibcha debía creer que el mancebo nacido en el Llano estaba como ungido por los primeros rojizos destellos que sobre la tierra envía el astro inmenso, y, por consiguiente, lo debían tener como la víctima más propicia a los ojos de su divinidad.

No en todo tiempo la salida del sol puede contemplarse satisfactoriamente, pues no siempre se disfruta de un horizonte limpio y despejado; en los primeros días del verano, cuando aún la atmósfera del Llano no está obscurecida por el humo de los incendios o por las brumas producidas por la evaporación durante la estación seca, es cuando puede observarse el grandioso fenómeno en toda su esplendidez.

## VI

### LA FLORA DEL LLANO

Ya en San Martín la flora propia del Llano se caracteriza definitivamente, y la vigorosa exuberancia de la Naturaleza se manifiesta por dondequiera. Los árboles balsámicos crecen en abundancia, y todos los vegetales, superabundantemente nutridos, elaboran jugos, gomas, resinas o esencias más o menos apreciables y más o menos abundantes, pero que en otras regiones son incapaces de producir. El anime, o sea el verdadero elemí *(icica icicariba)*, el urrucay *(icica altissima)*, y una o dos especies más de este género, que producen abundantes y aromáticas resinas, quizás de no escaso valor en el comercio, crecen en tal profusión, que ellas solas llenan extensas manchas de bosque, las que desde lejos se adivinan por el aroma delicioso con que embalsaman el ambiente. Al lado del *punta de lanza* (*vismia lauriformis*), que exuda una resina roja, conocida con el nombre

de *lacre*, usada en algunos puntos en reemplazo de éste para pegar las cartas, levanta el algarrobo (*hymenea courbaril*) su alta y frondosa copa, y sus gruesas legumbres están erizadas de granulaciones resinosas de verdadero anime, que no se debe confundir con el elemí de las *icicas* arriba mencionadas; confusión que de ordinario se hace en el Llano. Debajo del tronco de los viejos algarrobos se suelen encontrar depósitos considerables de resina de anime, que son aquellos trozos compactos, de extraordinaria pureza y de apariencia ambarina, tan estimados en el comercio. Se cree que la resina ha sido destilada lentamente, y en el transcurso de los años, por el corroído corazón del árbol; pero, por varios datos aislados que pude recoger, sospecho que la causa que ha producido estos depósitos no es natural, y que ellos deben su origen a una acción anormal y completamente extraña, pues parece que no se encuentran sino debajo de los troncos calcinados o que, por lo menos, han sufrido la acción del fuego en los incendios de las rocerías. Lo cierto es que no encontré depósito de anime en varios árboles que no estaban en estas condiciones. Como sobre el particular no pude hacer sino muy pocas observaciones y en una región muy reducida, me limito a consignar el hecho, sin atreverme a asegurar el origen, de destila-

ción casi artificial de estas grandes acumulaciones de resina.

No son menos importantes los vegetales de jugo resinoso, entre los cuales figuran en primera línea algunos *ficus* y *euforbias*, una *hevea*, que producen valioso caucho de la mejor calidad, el *avichuri* (*brossymum*), cuya leche, dulce y agradable, da, al condensarse, un producto que puede tener muchas aplicaciones en la industria; el leche-miel, apocina del género *lacmellea*, que produce un jugo blanco, también dulce y con un aroma semejante al de la vainilla.

Otros vegetales son notables por sus frutas, principalmente el caimarón y el tacay, ambos abundantísimos en el Llano. El caimarón (*pourouma sapida*) es un árbol de ancha y frondosa copa que literalmente se cubre de frutas, dispuestas en abundantes racimos, las cuales fácilmente podrían reemplazar a la uva de la vid en la preparación del vino. El tacay (*caryodendron orinocensis*) es un hermoso árbol que produce una almendra de sabor exquisito y riquísimo en aceite de primera calidad. Con él obtuvo el Sr. Triana el primer premio, en este ramo, en la última Exposición de París. Interminable sería la tarea de enumerar, siquiera por grandes grupos, las riquezas vegetales de esta región privilegiada, sobre las cuales tendré que insistir frecuentemente en

el curso de esta relación; pero no pasaré adelante sin mencionar un árbol que puede tener grandes aplicaciones en la Medicina, y es el torito o palo-tigre (*guarea trichilioides*), cuya corteza es un enérgico emeto-catártico; basta batir en un poco de agua unas pequeñas tiras de ella para preparar un vomipurgante poderoso, con la ventaja de no causar irritación intestinal ni otro resultado desfavorable.

Sólo en las vecindades de San Martín y en los Llanos de San Juan encontré un gusano de seda (*bombix*), que puede llegar a tener una grande importancia industrial. Este gusano, que vive en familias numerosas, fabrica grandes capullos que alcanzan hasta 80 centímetros de largo, formados por finísimas telas superpuestas, de color blanco o ligeramente rosado, muy resistentes y de un brillo extraordinario. Vistos desde lejos, y cuando la luz del sol les da convenientemente, estos grandes capullos parecen como inmensas lágrimas de metal bruñido, con reflejos de oro y de plata, pendientes de las altas ramas. La parte inferior del capullo queda sin cerrar, y por allí el gusano, que tiene hábitos nocturnos, sale a buscar su alimento, constituído por las hojas, las flores y hasta las frutas del laurel, en que casi exclusivamente vive, y para el cual, por esa razón, nos atrevemos a proponer el nombre específico de *laurinus*.

## VII

### EN EL LLANO

Tres días permanecí en San Martín haciendo los preparativos necesarios para llevar a cabo la excursión que proyectaba a *La Serranía* y al bajo Ariari, en unión del ilustrado médico doctor Alberto Restrepo y del distinguido caballero D. Francisco Vásquez. Arreglada la pequeña expedición, nos pusimos en marcha, tomando rumbo directo hacia el Oriente por la sabana de Camoa y tratando de llevar siempre a nuestra izquierda el caño de este nombre. Ya aquí, el moriche (*mauritia flexuosa*), de elegante y caprichoso follaje, principia a dominar en la vegetación de la pampa, presentándose, ora en compactos y graciosos grupos, ora en hileras que se pierden de vista, pero siempre rodeando el paisaje de una atmósfera de encanto y de poesía.

En las *matas de monte* se ven desde lejos los grupos de las grandes flores amarillas del bototo *(cochlospermum hibiscoides)*, cuyos frutos, de considerable magnitud, contienen en abundancia una fibra más fina y de mejor brillo que el algodón, o las apretadas macetas de flores azules del pavito, especie de jacaranda muy vecina al gualanday, y que reemplaza a éste en la flora del Llano, pero sin poseer las propiedades depurativas de la especie del valle del Magdalena.

La sabana que recorríamos, cubierta de tupido y alto pajonal, estaba llena de vida y de animación. De pronto el panorama cambió por completo, porque un reciente incendio había devorado la vegetación en un espacio de varias leguas cuadradas: un inmenso manto negro cubría la pampa hasta más allá de donde abarca la vista, y sobre la tierra calcinada sólo se veían cenizas y las carbonizadas raíces del pajonal; en el aire revoloteaban innumerables aves de rapiña que, dando caza a los pocos animales que se habían salvado de las llamas, completaban la obra destructora del fuego. El desolado paisaje era profundamente melancólico, pero no menos grandioso, como si el Llano, cubierto con paño funerario, llorara la pérdida de su espléndida vegetación.

Como las sombras de la noche avanzaban

rápidamente, pronto divisamos en el horizonte los rojizos reflejos del mismo incendio que, tres o cuatro días antes, había asolado la sabana que recorríamos. A medida que adelantábamos, los torbellinos de fuego se hacían más y más distintos, y las llamas, impelidas por el viento, moviéndose y cruzándose en todas direcciones, ora desaparecían por momentos, ora se levantaban con proporciones gigantescas, y, atropellándose las unas a las otras, avanzaban en confuso desorden, semejando algo así como fantásticos danzantes de una mascarada infernal.

Esa noche acampamos en la extremidad de la sabana denominada *Llanolargo,* y por varias horas pudimos percibir el ruido atronador del vecino incendio, confusa mezcla de sonidos heterogéneos, en que el estridente traquido de los tallos que se destrozan y el chirriar constante de las hojas calcinadas alternan con los estallidos de los depósitos de savia que, al evaporarse, desgarran con fuerza los tejidos vegetales; todo esto dominado por un ruido sordo y sostenido, como el bramar de lejana tempestad.

Al día siguiente, muy temprano, continuamos nuestro viaje, y pudimos disfrutar de una magnífica salida del sol. Nuestra pequeña caravana desfilaba alegremente al través de la incendiada pampa. Por un curioso fenómeno

de óptica, las siluetas de los jinetes que iban adelante conduciendo las cargas, pues en el Llano nadie viaja sino a caballo, se alargaban extraordinariamente, produciendo seres fantásticos e imposibles.

## VIII

### LA SERRANÍA

Estábamos a unas doce leguas de San Martín. En la sabana principiaban a marcarse pequeños surcos que, como principio de cauces secos, se hacían más profundos y más anchos a medida que avanzaban al Oriente, y en el horizonte se dibujaba el perfil de una serie de diminutas colinas, unas en forma de mesa, y otras como conos que se sucedían indefinidamente. Estábamos en los lindes de la casi desconocida región designada con el nombre de *La Serranía*. Al oir este nombre no se crea que teníamos por delante las empinadas escarpas y las imponentes moles de nuestras cordilleras, ni cosa que se les parezca, como nosotros nos lo habíamos imaginado.

A la nivelada llanura sigue un terreno profusamente arrugado, mas no por un verdadero levantamiento del suelo, sino por la existencia de numerosos y estrechos valles de

erosión, excavados probablemente por las aguas de la época cuaternaria, cuando abrieron definitivamente sus cauces los ríos Meta, Vichada y Guaviare. Estos vallecitos, que forman un verdadero laberinto, están cubiertos de tupido boscaje o de extensos morichales, que contrastan notablemente con las faldas de las colinas que los circuyen, desnudas de vegetación arbórea y sólo cubiertas por el pajonal.

*La Serranía*, denominación muy explicable en el llanero, acostumbrado a galopar indefinidamente en la aplanada pampa, pero incomprensible para el habitante del interior, corre hacia el Levante, con ligera inclinación al Norte, y divide las aguas que, por un lado, van a engrosar el Meta, y por otro, el Guaviare y el Vichada. Generalmente, la línea divisoria está rebajada al nivel de la llanura y apenas marcada por estrecho y sinuoso lomo, de cuyos flancos se desprenden innumerables depresiones, principio de los vallecitos que, recogiendo las escasas aguas, las conducen a los caños afluentes de los ríos arriba mencionados.

De trecho en trecho se levantan aquí y allá, por sobre el nivel superior, pequeñas colinas que no exceden de 40 metros de elevación al ordinario nivel del Llano.

En la época del verano, muchos de los ga-

nados de San Martín se sueltan en *La Serranía*, en cuyos valles jamás falta el agua, y allí se crían y prosperan admirablemente bien, no teniendo otros enemigos que el tigre y la cascabel, que abundan, el primero, en los morichales, y la segunda, en las faldas pedregosas de las colinas.

El suelo de esta región está formado por arcillas y margas ferruginosas, las mismas del terreno pampeano, al que pertenecen las grandes pampas americanas, dispuestas en bancos de varios metros de espesor y atravesadas con frecuencia por yacimientos ferruginoscs, que a veces aparecen en la superficie y que son los mismos que forman los arrecifes del bajo Ariari.

En el Llano es general la creencia de que *La Serranía* es muy rica en oro. Además de no tener la menor apariencia aurífera, los varios cateos que hicimos fueron todos negativos.

## IX

### EL ARIARI

Después de cuatro horas de marcha, fatigados por las innumerables arrugas del suelo y por los ardientes rayos de un sol abrasador, cruzamos *La Serranía* y llegamos a las orillas del caño Iracá, afluente del Ariari; allí nos esperaba una gran *curiara*, en la cual días antes habían remontado el Guaviare, desde San Fernando de Atabapo, dos colombianos y algunas familias venezolanas que venían a buscar bajo el cielo de Colombia una tranquilidad que su patria, destrozada entonces por la guerra civil, no les podía brindar. Por ellos supimos el lamentable desamparo en que se encuentran las tribus indígenas y las poblaciones colombianas ribereñas del Orinoco, entregadas a la merced de bárbaros caudillejos de la vecina República, quienes frecuentemente cometen en ellas toda clase de abusos y de atentados.

Quiera Dios que algún día pueda llevarse a cabo la idea del establecimiento de colonias agrícola-penales en la hermosa región del Guaviare, único medio posible de hacer efectiva la soberanía nacional en el inmenso territorio que se extiende hasta el Orinoco. El día en que tal suceda, las fértiles y extensas vegas del Iracá deben ser el punto de partida de esos establecimientos, llamados a ejercer tan benéfica influencia en el desarrollo de Colombia.

Mucho me llamó la atención encontrar en el centro del Llano el nombre de Iracá, dado a este caño y a la región que baña, nombre idéntico al que llevaba el sagrado territorio en donde se levantaba el suntuoso templo de Sogamoso, dedicado al Sol, y no debe olvidarse que en el nacimiento del caño de Iracá estaba la tierra adonde los chibchas iban a buscar los *moxas*, mancebos sagrados que inmolaban al gran astro. Quién sabe si entre estos dos hechos existiría alguna relación, y si esa comunidad de nombres era algo más que obra de la casualidad.

A orillas del Iracá, en un tambo abierto, última habitación humana que en esa dirección debíamos encontrar, dejamos las monturas y las bestias, pues de ahí en adelante debíamos seguir nuestro viaje embarcados en la *curiara* abandonada por los emigrantes venezolanos,

La tarde y parte de la noche las empleamos en hacer los últimos preparativos de marcha, y al día siguiente, después de embarcado el equipaje, emprendimos la bajada del caño, no sin grandes dificultades, pues debido al fuerte verano no había el fondo suficiente, y eso que la *curiara* no calaba más de un pie. Además, frecuentemente nos obstruían el paso grandes troncos de higueron o de cañafístol que las últimas avenidas habían arrancado de raíz, y entonces era preciso hacer uso de las hachas para abrirnos el camino; otras veces nos veíamos obligados a pasar por entre el tupido ramaje de los árboles de las orillas, en los cuales se encuentra en abundancia la víbora llamada macaurel, una de las más peligrosas del Llano, y en ocasiones teníamos que botarnos al agua para arrastrar la *curiara* en los puntos en que no había el fondo necesario.

No obstante estos inconvenientes, la navegación era alegre y llena de variadas emociones. Los hombres de proa, armados de flecha, arma popular en el Llano, hacían a cada instante, y con sorprendente destreza, tiros certeros a las rayas en que abunda el caño y a los pescados, los que al acercarse la *curiara* huían con tal rapidez, que apenas se percibía algo así como un reflejo fugitivo. Al mismo tiempo, con las escopetas nos proporcionába-

mos abundante carne de pluma, pues a cada paso tropezábamos con numerosas bandadas de patos reales, de pavas o de paujiles de variadas especies. De vez en cuando lográbamos un chigüiro (*cavia*), o alguna tortuga que perezosamente, y sin cuidarse de nosotros, atravesaba el caño, cuyo caudal era cada vez más considerable.

Una mañana, en lugar del aroma de la tacamahaca o del urrucay, que con tanta frecuencia embalsama la atmósfera del Llano, comencé a percibir un olor pestilencial, cuya causa, en esas soledades, no me podía explicar. Uno de los bogas dijo: debe ser la culebra. A medida que la *curiara* avanzaba, deslizándose rápidamente sobre las cristalinas aguas del caño, el mal olor aumentaba hasta hacerse casi insoportable. De pronto, al dar una vuelta, el muchacho de proa gritó: «¡La culebra!», señalando el raigambre de un árbol gigantesco que yacía tendido en la orilla, y que había sido descuajado por las avenidas del caño o por la tempestad. Con la curiosidad natural, dirigí la vista hacia el lugar indicado; pero creyendo que se trataba de una culebra ordinaria, no atinaba a verla; hasta que al fin, cuando estábamos ya casi al frente del tronco, pude ver el inmenso rollo que formaba un güío gigantesco, cuya extremidad inferior, sin embargo, estaba sumergida dentro del agua,

Al primer disparo que le hice con la carabina, el monstruo, con la rapidez de un resorte que se suelta, se lanzó al agua, y a pesar de estar herido, comenzó a nadar con la mayor elegancia en dirección a la embarcación. Uno de los bogas lo ultimó con un golpe de machete en la cabeza; y sacado a la orilla, se le quitó el cuero, el cual hice arrollar al tronco de un árbol para recogerlo seco a nuestro regreso. Así lo hicimos, efectivamente, y con él, al volver a Bogotá, hice construir un canapé y dos poltronas, que conservo en casa y que son motivo de admiración para cuantos extranjeros tienen ocasión de verlos.

Tan abundante fué la *marisca*, término llanero que sirve para designar las partidas mixtas de caza y de pesca, que constantemente la parte de proa estaba atestada con su producto.

Día y medio tardamos en llegar hasta el Ariari, hermoso río de aguas cristalinas y verdosas, con extensas playas de arena blanquísima, y que, majestuoso, corre por entre selvas seculares. En las bocas del Iracá, el Ariari puede ya navegarse por embarcaciones de vapor, aun en las épocas de mayor sequía. En sus aguas se encuentran en abundancia pescados corpulentos y de carne deliciosa, principalmente la cachama, el juanpobre y el amarillo, que es el más grande de todos. Los

caimanes son numerosos, y por las tardes, cuando el sol declina en el horizonte y el paisaje se reviste de solemne majestad, las toninas se acercan a la playa y baten con furia las aguas cristalinas. Por las noches, los mil ruidos de la Naturaleza son ahogados a cada momento por los rugidos de los tigres, que en todas direcciones se perciben, cuando no es por el bronco resoplido de los caimanes, furiosos por los golpes que con las mantas dan los viajeros sobre la arena de las playas.

En las riberas se ostenta una vegetación exuberante y extraordinariamente rica en especies importantes: la copaiba y el caratero, el cañafístol y el maraco (*talahuma?*), de hermosas flores de color de púrpura y de un aroma delicioso, que desde lejos se percibe; sus grandes frutos sirven para hacer un instrumento musical, las maracas, peculiar del Llano; *zingiberáceas, myristicas*, un plátano (*musa*), el guachamacay, apocinia de jugo cáustico y extraordinariamente venenoso, e infinidad de lianas de flores bellísimas. En las bocas del Iracá, y sólo allí, encontramos una magnífica papilionácea, de flores blancas, con largos pétalos colgantes y que, según puede verse por la siguiente descripción, parece ser un género nuevo, para el cual nos atrevemos a proponer el nombre de *ariaria*, y para la especie, el de *superba*.

Arbol muy ramoso; hojas grandes, alternas, articuladas, con dos estípulas en la base del peciolo, el que es estrechado en la parte media; limbo ancho, profundamente hendido; en la cara superior, y correspondiendo a la nervadura central, tiene una cañuela bien marcada; la nervadura se alarga, formando una uña; flores axilares, muy grandes y blancas; cáliz persistente, de tubo alargado que termina en cinco grandes lacinias pendientes divididas en dos grupos que se unen por el ápice y cuelgan en espiral alrededor del tubo; de la extremidad de éste, y alternando con los sépalos, se levantan cinco pétalos erguidos, blancos, de diez a quince centímetros de largo, en forma de pluma, esto es, delgados en la base y anchos en el extremo superior; estambres, diez; monadelfos en la base; filamentos largos, carnosos y encorvados, blancos; cinco más largos y cinco más cortos, que parecen estériles; anteras encorvadas, biloculares y pendientes por el centro; pistilo largamente pedunculado; ovario aplanado; estilo largo, grueso y encorvado; estigma carnoso, unilateral y bífido. El fruto es una legumbre larga y aplanada con los óvulos adheridos a la charnela.

Especie bellísima, crece en el río Ariari, en las bocas del caño Iracá—340 metros sobre el nivel del mar—; florece en Febrero.

Mucho más abajo de las bocas del Iracá, y ya cerca de la embocadura del Güejar, encontramos todavía, en las arenas superficiales del Ariari, regular pinta de oro, lo que viene a corroborar la tradición de la fabulosa riqueza que este río encierra en su parte alta. En el paso del camino que de San Martín conduce a

San Juan de Arama, se han encontrado granos que pesan más de 35 castellanos.

Cuando emprendimos el regreso y dimos la espalda, quizás para siempre, al hermoso río, una sensación de profunda tristeza se apoderó de nuestro espíritu al pensar que tal vez jamás volveríamos a contemplar su poderosa corriente de aguas verdosas y cristalinas, ni las grandes playas de su inmenso cauce y sus selvas majestuosas.

# FLORA COLOMBIANA

# FLORA COLOMBIANA

**Descripción del régimen altimétrico, escrita para la nueva geografía de Colombia, del señor don Francisco J. Vergara y V.**

Teniendo la República de Colombia enclavado su territorio en el corazón de la zona tórrida, con extensas costas sobre los dos océanos, surcado por grandes y profundos valles, entre los cuales se levantan altísimas cordilleras, cuyas majestuosas cimas están cubiertas por eternas nieves, y extendiéndose al Oriente en las inmensas pampas que riegan los grandes tributarios del Orinoco y del Amazonas, presenta, por consiguiente, todos los climas imaginables. La columna de mercurio del termómetro, que en las costas y en los valles ardientes sube hasta marcar 40°, desciende insensiblemente a medida que el observa-

dor se eleva sobre el nivel del mar, hasta quedar reducida a 0°, a los 4.500 metros de altura. La misma sorprendente diversidad se observa en los demás factores que determinan el clima de una región.

Dadas estas circunstancias, se comprende que la flora de Colombia no forma un grupo homogéneo y ajustado a un mismo plan: lejos de esto, ella comprende la más extraordinaria variedad de formas y de tipos, no solamente sgún la mayor o menor altura sobre el nivel del mar a que se la observe, sino también según las condiciones especiales de cada región. En efecto: la flora del Meta tiene muy poco de común con la del Caquetá, y mucho menos con la del Atrato o la del Sinú; la de las altiplanicies de Pasto tiene rasgos especiales que la distinguen de la de las grandes mesas andinas de Cundinamarca o de Boyacá; la del valle del Patía tiene caracteres especiales que la diferencian de la propia de los valles de Cúcuta. El canelo sólo crece en las selvas de los Andaquíes; los barnices preciosos no se producen sino en la región de Pasto; el quereme no embalsama el aire sino en el reducido valle del Salado; sólo en Casanare y en San Martín levanta el moriche su estipe coronado por gracioso capitel.

A pesar de que, como se ve, cada región posee especies que le son propias y que ca-

racterizan su flora, en las presentes líneas, para presentar un ligero cuadro de la vegetación de Colombia, y siguiendo el método generalmente admitido hasta hoy, nos limitaremos a considerarla en su conjunto, dividida en zonas, según la altura sobre el nivel del mar.

Al hacer la división que hoy presentamos, nos hemos fijado en las especies más importantes y más generalmente conocidas. Bien se comprende que tal división no tiene, ni con mucho, rigurosa exactitud matemática. El vegetal que en un punto determinado vive dentro de ciertos límites, en otro de la misma altitud los traspasa, porque la suma de las condiciones climatéricas no es la misma que en el primero. En estas materias no se pueden admitir los términos absolutos. La Naturaleza tiene tan poderosa fuerza de expansión, que no se la puede aprisionar dentro de los estrechos moldes forjados por el ingenio humano.

### De 0 m. hasta 1.000 metros.

En los estuarios del litoral crecen las coccolobas, algunas de cuyas especies suben a lo largo del Magdalena hasta la altura de Honda (200 metros).

En las costas húmedas y bajas, el mangle—

*rizophora mangle*—ocupa casi exclusivamente grandes zonas de terrenos, y sus raíces adventicias se mojan en las mismas aguas del Océano. Junto al mangle crecen en el litoral del Pacífico el zapotolongo (*pachira acuática*), y en la isla de Coiba el calabazuelo (*pachira sessilis*). El castaño (*matisia castaño*) es propio del Chocó, en donde crece hasta los 500 metros sobre el mar.

En las llanuras ardientes, secas y pedregosas, tanto de las hoyas del Magdalena como del Cauca y de la región oriental, el chaparro o peralejo (*curatella americana*), el bejuco tomé (*doliocarpus nitidus*), y *davilla kunthii* y otras *dilleniáceas*, junto con el *cissampelos caapeba*, amargoso, bejuco guayacán, toston, etc., predominan en la flora pobre y desmedrada de los bosquecillos que en todas las tierras calientes se conocen con el nombre de *chaparrales;* allí mismo crecen el mombín y las ciruelas amarillas (*spondias lutea* y *spandias mombín*), y cerca de los lugares habitados el cardosanto (*argemone mexicana*); mientras que los terrenos más húmedos, en las vegas de los ríos, las ceibas (*bombax ceiba* y *bombax septenatum*), y los *helicteres* levantan en alto sus copas majestuosas; es allí donde se cultivan el cacao y el tabaco y donde crecen el totumo (*crescentia cujetes*), el tamarindo y el guácimo (*guazuma tomentosa* y *guazuma ulmifolia*), de

propiedades refrescantes. En los bosques crecen el caracolí y el marañón, el palo de María (*callophyllum mariæ*), la vainilla y la ipecacuana (*psichotria emetica*), la acuapa (*hura crepitans*), la otoba (*myristia cebiferca*), las piscidias o barbascos, los dentrostylis, el achiote (*bixa orallana*), la coca (*erytroxylum coca* y *hondense*); y al lado del cedrón (*simaba cedron*) y del árbol de leche (*galactodendron utile*), el manzanillo (*hipomane mancinella*), de exhalaciones acres y venenosas.

En los lugares abiertos abundan las malváceas de propiedades refrescantes, sobre todo la escoba babosa (*sida acuta*), que crece junto a la estancadera (*krameria ixina*). Algunas xylopias son peculiares a esta zona, principalmente el malagunto (*xiglopia frutescens* y el burilieo del Cauca (*xylopia ligustrifolia*), que marca el límite superior de ella. En los sitios áridos y pedregosos, principalmente en las cuencas profundas de Santander, los cereus, los cactus y los melocactus dan con sus extravagantes formas un aspecto especial al paisaje.

Característicos de las selvas del Caquetá son el palo de tela (*antiaris saccidora*) y el canelo (*nectandra cinnamomoides*), y el maíz de agua (*victoria regia*), en los esteros de los grandes ríos.

Esta es la zona predilecta de los árboles

frutales: el níspero, el mamey, el zapote, el naranjo y el limonero, los mangos, el plátano y el caimito; la piña y la pitahaya; aun cuando algunos de éstos crecen también a un nivel superior. Otro tanto puede decirse de la caña de azúcar.

Pero lo que caracteriza, sobre todo, esta zona es el predominio que en ella ejercen las palmeras y las escitamíneas. La palma real, la de coco, la de milpesos, el chontaduro, el gachipae y la de corozo elevan sus graciosos y elegantes capiteles en la costa y en los valles ardientes del interior; mientras que el moriche, la palma de nolí, la palma de la seda el unamo y el cumare reinan como soberanas en las pampas de la región oriental.

El límite superior de esta zona lo determinan, casi rigurosamente, el cultivo del cacao y la presencia de la lechuguilla *(nimphea goudotiana)*, hermosa planta acuática de los pantanos de nuestros valles ardientes; del madroño *(rheedia madroño)*, del palo de María *(callophylum mariæ)*, del ciruelo cimarrón *(bunchosia nitida)* y del burilico, plantas que no viven a una altura mayor de 1.000 metros sobre el mar.

Dentro de los límites asignados a esta zona aparecen las mimosas sensitivas, el gualanday *(jacaranda gualanday)*, las bambusas y los helechos arborescentes; pero es en la zona

inmediatamente superior en la que adquieren toda su importancia; las cinchonas también comienzan a mostrarse más abajo de los 1.000 metros; pero son pobres en álcalis, estando su verdadero asiento mucho más alto sobre el nivel del mar.

En la región oriental, en las selvas del Orinoco, del Meta y del Guayabero, se desarrolla la vegetación con extraordinaria exuberancia y adquiere caracteres que le son peculiares. Es allí donde crecen el algarrobo *(hymenea courbaril)*, el palosanto *(zygophyllun arboreum)*, el cuspare *(bonphandia trifoliata)* y la valiosa sarrapia *(dipterix odorata)*. El botuto *(bombax orinocensis)*, el cedro blanco *(isicha altissima)*, el caimarón *(pourouma sapida)*, el palotigre *(quarea trichilioides)*, el granadillo *(bucida capitata)* y el venenoso curare *(strychnos toxifera)*. El caruto *(genipa americana)* y la yuquilla *(maniot aipi)* caracterizan la flora especial y variadísima de esta importante región.

**De 1.000 a 1.800 metros.**

La vegetación de esta zona, que comprende lo que generalmente se conoce entre nosotros con el nombre de *tierras templadas*, si bien es

cierto que no contiene los vegetales de formas extremas y de principios activos, propios de niveles más bajos, posee en cambio formas más variadas y agradables; puede decirse que dentro de estos límites la vegetación tropical ostenta sus más vistosas galas.

Es en la primera mitad de esta zona donde la guadua BAMBUSA GUADUA, lujo de la vegetación americana, adquiere su mayor desarrollo, y, mezclada con las heliconias, ocupa grandes extensiones de terreno. En los lugares secos el gualanday, de formas esbeltas, ostenta sus flores de un hermoso azul, agrupadas en grandes ramilletes. En los bosques crecen las guatterias, el dinde y el gaque *(clusia alata)*, que vive hasta los 1.500 metros sobre el mar; el guayabo *(psidium pommiferum* y *campomanesia cornifolia)*, el aguacate, las ingas o guamas, multitud de mimosas, diferentes especies de erythrinas, entre ellas el chocho colorado *(erythrina corallodendron)*, el cámbulo y el búcare (*erythrina umbrosa* y *erythrina velutina*), que, prestando en la zona inferior el servicio de sombrío de las plantaciones de cacao, continúan prestándolo en ésta para cultivos no menos importantes. Los dolichos y mucunas, ojos de venado y las ollas de mono (*lescytis ollaria* y *grandifloria*) levantan sus flexibles tallos hasta las copas de los más altos árboles. Puede decirse que en esta zona las legumino-

sas y las mirtáceas adquieren su mayor importancia.

El cultivo del anís y el del café reemplazan en esta zona a los del cacao y el tabaco, siendo el café, sobre todo, fuente de excepcional riqueza para el país. El algodón es común a ésta y a la zona inferior. El plátano y la caña de azúcar producen bien hasta los 1.500 metros sobre el mar.

Las palmeras comienzan a escasear a los 1.200 metros, y su principal representante es el mararay *(martinezia caryotefolia)*, de gracioso porte.

El laurel de cera *(myrica cerifera)* crece en esta zona, y con el tache *(myrospermum pubescens)* caracteriza la flora de la región de Popayán.

El balso *(ochroma tomentosa)* y la punta de lanza *(vismia lauriformis)* son generales a esta zona, cuya mitad superior la caracterizan los helechos arborescentes (*cyatheas* y *aspidiums*) y el guarumo (*cecropia peltata*), de singular follaje.

En los terrenos cubiertos y en los rastrojos, los convólvulos lucen por dondequiera sus numerosas flores, de brillantes y alegres colores, por encima de la copa de los arbustos; mientras que las gesnerias, más modestas, ocultan en el bosque sus corolas de matices y formas extravagantes.

**De 1.800 a 2.400 metros.**

La flora de esta zona es casi de transición; en ella se tocan, por decirlo así, la de las tierras templadas y la de la región fría; y más que por las especies que le son propias, se caracteriza por la ausencia de aquellas que viven fuera de estos límites. Así, por ejemplo, dentro de ella ya no se producen el plátano ni la yuca, ni crecen las bambusas, ni las erythrinas, ni las anonas, que requieren temperatura más alta; y las molinas, las polymnias, las daturas y las otras plantas de la región fría, tampoco descienden hasta este nivel. En cambio, muchas de las especies que han principiado a mostrarse en la zona inferior, continúan apareciendo hasta mucho más arriba de los 1.800 metros, como el guarumo, por ejemplo, que vive también en toda esta zona. Las cinchonas, que comienzan a aparecer a los 700 metros sobre el mar, adquieren toda su importancia en esta zona y en la inmediatamente superior. Sin embargo, su flora no es menos importante; la sola presencia de las quinas bastaría para hacerla notable, y está caracterizada, sobre todo, por la presencia de las melastomáceas, de grandes flores, principalmente el amarrabollos (*chaetogastra macrophylla*), propio de la

cordillera central y de las selvas de Antioquia, en donde crece al lado del palmito *(oredoxa frigida)* y del murrapo *(carludovica tetrajona)*, que con la palma de cera *(ceroxylon andicola)*, propia igualmente de la cordillera central, son los principales representantes de importante familia de las palmeras. La palma de cera marca rigurosamente el límite inferior de esta zona, y por su abundancia y hermoso porte da al paisaje de la gran cordillera un aspecto singular de poesía y de majestad. El mayo *(chaetogastra speciosa)*, el sietecueros y las otras melastomáceas son, por sus hermosas flores, ornato de nuestros bosques y de nuestros jardines.

Al pie de las passifloras arborescentes y de los hermosos pinos que caracterizan esta zona: pino común *(podocarpus densifolium)* y pino ayuelo *(podocarpus comunis)*, las oenotheras, algunos oxalis, las fucsias, las calceolarias y las cleomes del grupo gynandropsis mezclan y confunden sus flores de variados y brillantes matices.

Propio de la cordillera occidental, y eso con reducida circunscripción en el valle del Salado, crece el quereme *(thibaudia quereme)*, de suavísimo aroma y de mágicas virtudes, según la creencia popular.

Peculiar a los bosques de Santander es el quiebrahacha *(godoya splendida)*, y a los de

Antioquia el caunce *(godoya antioquensis)*, de elegantes flores amarillas, y el sabroso dulumoco *(sauraja ursina)*, que con las otras saurajas, entre ellas el moquillo de Túquerres *(sauraja peduncularis)*, marcan el límite superior de esta zona, en el cual principia el roble majestuoso (*quercus granatensis* y *quercus tolimensis*) a enseñorearse de la flora andina.

**De 2.400 a 3.000 metros.**

A los 2.400 metros sobre el nivel del mar la vegetación presenta un aspecto totalmente distinto del que tiene en los valles ardientes y en las tierras templadas. Los vegetales propios de esta altura no tienen las formas elegantes de la guadua y de las heliconias, ni el porte esbelto del gualanday o de las ocoteas, ni la majestad de las ceibas o del caracolí; las lianas y las enredaderas son más pequeñas y sus tallos no tienen ni la flexibilidad ni la gracia de los trepadores de los climas cálidos; el follaje de los árboles de tierra fría reviste generalmente matices obscuros que dan al paisaje un sello especial de solemnidad y de melancolía.

No por esto se crea que la flora de esta altura es pobre y escasa de importancia; muy al

contrario, ella nada tiene que envidiar a la de otros climas, ni por la riqueza de formas específicas, ni por la belleza de sus flores, ni por la variedad de valiosos productos.

Dentro de ella crecen las quinas más apreciadas en el comercio (*cinchona lanceifolia*, *cinchona succirubra* y *cinchona calisaya*), disputándose el dominio del bosque con el cedro rojo, de porte majestuoso y de aromática madera, y con el caucho blanco, de alto y tupido follaje, y cuya resina, conocida en el mercado con el nombre de *Virgen del Pará*, es uno de los más valiosos productos de las selvas americanas.

Junto al roble, que predomina sobre todo en los suelos arcillosos, crecen el candelero, el duraznillo (*abatia verbascifolia*), levantando por sobre las ramas las largas espigas de sus flores amarillas, y el *raque* (*vallea stipularis*), de porte delicado y de flores teñidas con los matices del pudor. En el suelo rastrean el guchunchullo, de propiedades antisifilíticas; las begonias y oxalídeas, el apio de monte, las piperáceas y las salvias aromáticas, que embalsaman el ambiente, junto con las fresas (*fragaria vezca*), de fruto delicadísimo.

Por entre las nudosas y torcidas ramas del aliso, del arrayán, del salvio y del mortiño, cruzan en todas direcciones sus flexibles tallos, formando impenetrables bóvedas de verdura, la gulupa (*passiflora ornata*), las cu-

rubas (*tacsonia speciosa, tacsonia mollisima, tacsonia ignea*), los longipes, las alstroemerias, de brillantes corolas, los *tropeolum*, vulgo *capuchinas*, y el bejuco clavellino (*mutisia clematis* y *mutisia grandiflora*), de hermosas flores rojas. La guadua, de climas más ardientes, es reemplazada en esta zona por el chusque (*chusquea scandens*), gramínea de porte no menos singular, aunque más pequeña, y por el ñopo, especie de bambusa, término medio entre ésta y el chusque, y que sólo hemos visto en las selvas del Huila.

En los terrenos abiertos la flora está caracterizada por la presencia del borrachero (*datura arborea*) del arboloco (*polymnia pyramidalis*), que por su porte es quizás la más notable de las synanterias, del chilco (*molina bogotensis*), que produce, aunque en cantidades muy pequeñas, una rica laca verde; la uvilla (*cestrum tinctoreum, cestrum buxifolium*), y la curtidera (*coriara thymifolia*), con las cuales se preparan tintas de escribir, siendo excelente la de la coriaria. El trompeto (*boconia frutescens*), de jugo antipsórico, marca rigurosamente los límites de esta zona, cuyos terrenos menos feraces los caracterizan los ranúnculos y los hyppericum, principalmente el chite (*hyppericum brathys*) y la lunaria (*hyppericum mutisianum*).

En los pantanos de las elevadas altiplani-

cies andinas crecen el junco común (*juncus bogotensis*); el *ciperus prolixus* y algunos scir pus; y en la superficie de las aguas estancadas la *marxilia quadrifolia* y la *azolla magellanica* extienden sus tallos en complicada red, hasta el punto de ocultarlas por completo. En los terrenos húmedos y anegadizos crece el esparto de estera (*juncuestoræ*), especie casi agotada hoy, destruída por los fabricantes de la tela de estera, con la cual exclusivamente se han cubierto los pisos de las habitaciones del interior de la República en más de tres siglos.

La papa, el trigo y la cebada son los principales cultivos de esta zona, a los cuales hay que agregar el de numerosas especies de legumbres, aunque en pequeña escala; y algunos árboles frutales, como el manzano, el durazno, el cerezo, el peral, todos de origen extranjero.

El maíz (*zea mais*), quizás la planta más importante de la flora americana, y que, ya en una forma, ya en otra, constituye la base de la alimentación popular, se cultiva en todas las zonas hasta los 2.800 metros de altura, con la sola diferencia del tiempo en que se efectúa la cosecha; mientras que en climas ardientes produce a ochenta días, en esta altura tarda doce meses.

El ensenillo (*weinmannia chiloensis* y *weinmannia hirtella*), el canelo o palo ají (*drimys*

*graenatensis*), el laurel del país (*mirica arguta*), el tachuelo (*berberys glauca*) y el uña de gato (*berberis goudotii*) forman, en los lugares a propósito, espeso aunque desmedrado bosque, y en las axilas de sus ramas se apoyan y viven numerosas tiliándseas, y el coral (*loranthus americanus*), cuyas largas flores, de rojo encendido, se mecen en el aire como pendientes de fuego.

En las faldas escarpadas y desprovistas de bosque, el *syphocampylus* y otras lobelias, algunas melastomáceas, sobre todo los *craemonium* y el quiebraollas (*chaetogastra microphilla*), crecen junto al *sysirrynchium bogotensis*; pero son las ericáceas las que predominan en la flora de esta región: la pegapega (*bejaria æstuans*), la uva de monte (*thybaudia floribundia*), la uva camarona (*thybaudia macrophylla*), la uva de anís (*thibaudia anisata*), las andrómedas y las escallonias, junto con algunas styracáceas, entre ellas el té de Bogotá (*symplocos theiformes*), de dudosa importancia.

Estas plantas y las arriba mencionadas, el ensenillo, el palo ají y los berberis, principian a aparecer a los 2.500 metros sobre el mar, y a medida que la altura se aumenta, de 3.000 metros para arriba, son los representantes de la vegetación arbórea de la región de los páramos, la que desaparece a los 3.600 metros. El frailejón también hace su aparición dentro

de los límites de esta zona, siendo el frailejoncito (*ezpeletia argentea*) el que desciende a nivel más bajo, encontrándose excepcionalmente a los 2.500 metros de altura. El ezpeletia frailejón no adquiere todo su desarrollo sino de los 2.800 metros para arriba.

**De 3.000 a 4.000 metros.**

Esta zona comprende dentro de sus límites las solitarias y melancólicas regiones designadas con el nombre de *páramo.*

Los drymis, los weinmmannias, los berberis y algunos otros arbustos de los enumerados en la sección anterior, viven a mayor altura de 3.000 metros; pero de este límite en adelante sus representantes son más y más escasos, hasta desaparecer por completo a los 3.600 metros; en cambio, las gramíneas, algunas pitcarnias, helechos de porte singular y el ezpeletia frailejón, adquieren mayor desarrollo. Este último, sobre todo, levanta hasta más de dos metros su negruzco tronco, terminado por la corona de plateadas hojas, como reclamando el imperio de esas frías soledades. Algunas ericáceas, una diminuta alstroemeria, algunas leguminosas raquíticas y pequeñas, la lobelia enana, unas pocas synanterias, en-

tre las cuales descuella el árnica montana, de grandes flores violadas, son los últimos representantes de las plantas dicotiledóneas.

A los 4.000 metros de altura principian los *pajonales* del páramo, formados exclusivamente por diferentes especies de gramíneas, en especial de los géneros *jarava*, *avena*, *panicum*, *dactyles* y *agrostis*.

De 4.400 metros en adelante desaparecen las fanerógamas, y sólo algunos líquenes y otras criptógamas crecen en las rocas desnudas y medio cubiertas por la nieve.

# SAN AGUSTÍN

# SAN AGUSTIN

## I

### EL PUEBLO Y LA MESETA

En el confín meridional del actual departamento del Huila, y en la extremidad de uno de los contrafuertes que hacia el Norte lanza el importante nudo de donde se desprenden las cordilleras que encierran el valle del Magdalena, se encuentra la mesa de San Agustín, sitio de celebridad indiscutible por los vestigios y monumentos arqueológicos que contiene.

La meseta de San Agustín, de forma alargada e irregularmente triangular, está limitada al Norte por el ya allí crecido Magdalena, y al Sudeste por el Sombrerillos, ambos ríos de cauces profundos y estrechos y de revueltas aguas, sobre las cuales se levantan las abruptas y empinadas paredes de la meseta,

de formación aluvial. Hacia el Sudoeste, o sea hacia la base del triángulo, el terreno se ensancha, levantándose en suaves ondulaciones hasta alcanzar la cima de la cordillera.

Sobre el borde del Magdalena, y paralela al río, sigue a lo largo de la meseta, por espacio de unos seis kilómetros, una pequeña eminencia, de escasa elevación, desde cuya falda meridional se extiende hasta el Sombrerillos lo que propiamente se llama el llano de San Agustín, que a la altura del pueblo mide unos seis kilómetros de latitud. Casi en el centro de este espacio, y a la orilla de una pequeña quebrada que, paralela al Magdalena, corre para caer en el Sombrerillos, se encuentra el pueblo de San Agustín, miserable caserío de chozas pajizas, centro de gran movimiento en los dorados tiempos de la explotación de los bosques quiníferos, y hoy en estado de lamentable decadencia y postración.

Situado San Agustín a 1.650 metros sobre el nivel del mar, y con una temperatura media de 18°, disfruta de un clima delicioso tan distante del frío intenso de las tierras altas, como del calor enervante y agobiador de los valles ardientes.

El suelo de la meseta, sin ser estéril, no puede decirse que disfrute de una gran fertilidad. La parte baja, abierta y casi limpia, está tapizada de grama y cubierta a trechos

por pequeños y desmedrados jarales, formados principalmente por algunas vismias y molinas, por mosqueros *(croton balsamiferum)* y por zarzales, debidos a la incuria y al abandono que, por todas partes, allí se ven. En la región alta, más allá de la quebrada de San Agustín, la vegetación adquiere mayor vigor: el bosque principia a enseñorearse del terreno, y ya en el sitio de los *Mesas*—lugar en donde en mayor número se encuentran los monumentos arqueológicos que tan justo renombre han dado a estos lugares—las más importantes de las estatuas yacen por tierra, casi en su totalidad cubiertas por la hojarasca y las raíces de altos cedros, de heliconias y de paullinias, que apretadas crecen en tupido boscaje. Más adelante, hacia el Mediodía y hacia el Sudoeste, se extienden, hasta donde la vista alcanza, seculares y fragosas selvas vírgenes que crecen sobre un suelo de extraordinaria feracidad.

Horizontes dilatados y de brillantes perspectivas se descubren desde San Agustín: al Occidente, en los días de verano, y sobre un cielo del más puro azul, se destacan por encima de la obscura montaña las nevadas cumbres del Puracé, de Coconucos y del Buey, de formas fantásticas y con caprichosos cambiantes de luz, y más al Norte, la negruzca e imponente mole del Huila, con su triple cumbre

cubierta de nieves eternas; mientras que los brillantes y arrebolados celajes del Nordeste dejan entrever, más allá de las rebajadas serranías, el dilatado valle que riega el Magdalena, al cual sirven de marco las dos majestuosas cordilleras, que ya en este sitio principian a delinearse.

El pueblo escultor, que en época tan remota como desconocida ocupó a San Agustín, encontró allí condiciones las más favorables para fijarse y hacer de ese sitio el centro de su nacionalidad; en efecto, colocado en la articulación de las dos cordilleras, en el nudo denominado Macizo Colombia, podía dominar con igual facilidad las dilatadas y riquísimas selvas del Caquetá hasta el Amazonas, como la región de Almaguer y de Pasto, o los valles del Cauca y del Magdalena.

Además, la meseta, defendida, naturalmente, por las profundas grietas por donde corren los ríos que casi la circuyen, ambos de poco menos que infranqueable paso, estaba a cubierto de asaltos o de inopinadas invasiones, tan frecuentes en la América primitiva, y que hacían tan efímera e instable la vida de sus organismos políticos.

No es extraño, pues, que allí se hubiera desarrollado una civilización especial, superior y muy distinta a todo lo que los españoles encontraron en el país en la época de la

Conquista. Los obscuros vestigios que de ella quedan, consistentes, principalmente, en estatuas y en altos relieves trabajados en grandes moles de roca y de un estilo tan extraño como singular, son la admiración del arqueólogo y del viajero que visitan esas apartadas regiones. Antes de entrar en las profundas reflexiones que al espíritu sugiere la vista de estos monumentos seculares, de origen desconocido y de época tan remota, haremos la enumeración y descripción de los más notables, siguiendo el orden en que se presentan a los ojos de quien recorre esta célebre estancia arqueológica.

## II

### EL GRUPO DE UYUMBE

PARA llegar a San Agustín se atraviesa longitudinalmente el estrecho y cenagoso llano de *Matanzas,* asiento en remota época de un antiguo lagc, hoy cubierto de altas gramíneas y cruzado en todas direcciones por profundos tremedales. Su nombre recuerda un sangriento combate empeñado entre los conquistadores y las valerosas tribus que poblaban esa región. De allí se desciende por rápida pendiente hasta el cauce del profundo Magdalena, el cual, revuelto y correntoso, sigue su curso por entre ásperas peñas, y se llega al agreste y sombrío sitio de *El Ahorcado*, en donde los españoles vencedores en Matanzas suspendieron en altas horcas a cinco de los jefes indígenas que habían tomado prisioneros, y cuyas siluetas, balanceándose en el aire, sembraron el terror entre los pueblos comarcanos.

Después de trasmontar el alto cerro del *Obispo*, nombre que recuerda quizás el paso por esos lugares del virtuoso obispo de Popayán fray Agustín de la Coruña, se desciende bruscamente hasta el profundo Sombrerillos, sobre el cual hay tendido un puente pintoresco, de estribos de cal y canto y con techumbre metálica.

Ya en el llano de Matanzas se encuentran regados grandes cantos de arenisca y de conglomerado, uno de los cuales parece haber sido trabajado toscamente, como si se hubiera querido representar la figura de un sapo gigantesco.

Inmediatamente después de pasado el río, se principia el ascenso de la empinada pared de la mesa de San Agustín, de más de 200 metros de altura, en cuya falda se encuentran numerosas y gruesas moles negruzcas de conglomerado aluvial semejantes en un todo a las que se observan en el cauce del Magdalena, hasta Altamira y Garzón.

Coronada la altura, se desarrolla ante el viajero el risueño y ameno Llano de San Agustín.

Siguiendo la casi imperceptible senda que conduce al caserío, y como a 1.500 metros del borde de la meseta, se encuentra al pie de la colina *Uyumbe*, palabra de evidente origen quichua, el primer grupo de estatuas, unas

medio enterradas, otras tendidas por el suelo, como rodeando una pequeña colina, de apariencia artificial, y cuya cima, hundida, parece indicar haber sido el sitio de un sepulcro o de un adoratorio.

### FIGURA I

Llama en primer lugar la atención un gran cilindro de arenisca feldespática que mide 1,30 metros de largo por 50 centímetros de diámetro, y sobre el cual está tallada, en alto relieve y con bastante perfección, una figura que presenta caracteres singulares.

La cabeza, chata y aplanada, del ancho del cilindro, está cubierta por un ajustado gorro, a modo de solideo, o como ceñida por una doble faja, en cuya parte superior se ve una figura que parece emblema religioso, idéntica a una de las formas de la *tau* sagrada de los egipcios, y por el estilo de otros emblemas análogos, muy usados entre los pueblos del antiguo Oriente.

En la cara sólo están señalados los ojos y la boca, y eso de una manera imperfecta, pero quizás intencional, por medio de entalles cuadrados, con su correspondiente marco. Faltan la nariz y las orejas; no están delineados ni

los pómulos ni la barba, y la parte craniana no se diferencia de la facial.

Con las manos, bien delineadas y sobre el mismo plano, lo mismo que los brazos, sostiene un grueso báculo o soporte cilíndrico, sobre el cual apoya la ancha barba. Parece llevar chaqueta, y las mangas están adornadas con bocamangas.

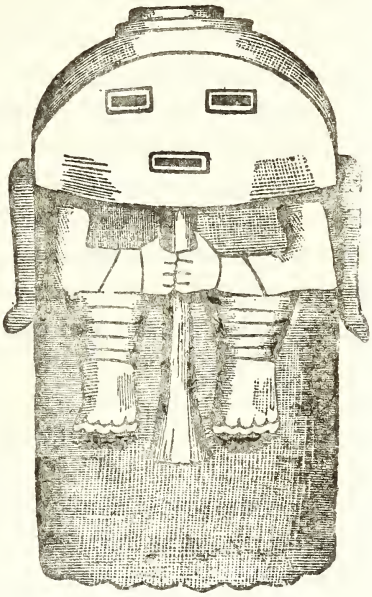

Figura 1.

Las piernas, gruesas y robustas, como con pantalones arremangados hasta la rodilla, terminan en el pie, ancho y desnudo, con los dedos gruesos y las uñas bien marcadas. A la espalda lleva como una gran maleta de viaje, cuyos bordes asoman al verla de frente, detalle que se ve en algunos bustos aztecas y también en algunas estatuas del Osiris egipcio.

Esta figura, que mide 90 centímetros de alto, pues el resto del cilindro le sirve de base

o zócalo, está en la actitud del viajero que, a la vera del camino y apoyado en su báculo, toma ligero descanso para continuar larga jornada. A nuestro juicio, ella representa una de las divinidades del sistema teogónico, sin duda muy complicado, de los primitivos pobladores de San Agustín.

La maleta de viaje, el báculo y los pantalones arremangados, propios del peregrino que va de largo, traen a la memoria el mito de Osiris en su período de peregrinación. ¿Tiene acaso esta estatua alguna relación con la célebre divinidad, de origen etiópico, que entre los egipcios presidía el culto de los muertos?

### FIGURA 2

Tendida por el suelo yace junto a la anterior otra estatua tallada en un trozo de arenisca ferruginosa que mide 1,10 metros de largo, 60 centímetros de ancho y 20 centímetros de espesor. En la voluminosa cabeza lleva calado un gorro o montera de forma caprichosa que en el centro y sobre la frente presenta un corte singular, el cual se reproduce en otras estatuas, como veremos adelante.

Este gorro cubre la frente y la nariz, y sus alas, colgando por los lados hasta el cuello, ocultan por completo las orejas, dejando li-

bres los grandes ojos, redondos, muy abiertos y con las pupilas bien marcadas. La boca, muy grande y abierta, deja ver la doble hilera de los incisivos, y a uno y otro lado presenta dos pequeños entalles cuadrados. No le vimos los colmillos que le asigna la descripción del señor general Codazzi.

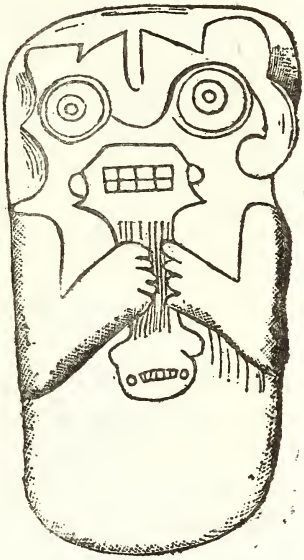

Figura 2.

Lleva los brazos plegados, sobre el pecho, y con las manos sostiene una masa informe que sale de la boca y, colgando hasta la cintura, termina en una pequeña cabeza que tiene bien marcados los ojos y la boca, y que, como muy bien lo dice el ilustre geógrafo que acabamos de citar, tiene la apariencia de muerta.

La expresión feroz de la cara y el horrible detalle de estar como devorando el cadáver de un niño, detalle que veremos repetido en otras estatuas, indican que representa una divinidad cruel y sanguinaria, ávida de sangre inocente, semejante al dios *Supay* de los qui-

tus. Quizá sea el símbolo de alguna ceremonia religiosa, análoga al sacrificio del Moxa entre los Chibchas, quienes dejaban el cadáver de la víctima expuesto a los rayos del sol para que el astro, devorándolo, aceptara la ofrenda que se le hacía.

Esta estatua, o mejor dicho, busto, pues carece de piernas y de pies, es de color negruzco, está algo deteriorada por la acción del tiempo, y aparenta una antigüedad mucho mayor que otras de las que se encuentran en el valle.

### FIGURA 3

Próxima a la estatua que queda descripta y junto a algunas piedras de menores dimensiones, se ve una gran losa de arenisca, también ferruginosa y en forma de corazón, que mide 1,40 metros de largo por 1,20 metros en su mayor ancho. Sobre la cara superior está esculpida una cabeza humana, de imperfecto dibujo.

La ancha nariz se prolonga por debajo de la frente, formando las cejas, las que en curva descienden hasta la altura de la boca; dibujo que también puede representar un gorro o montera que cubriera la cabeza. Los ojos, señalados por una ancha curva, en relieve a uno

y otro lado del arranque de la nariz, carecen de pupilas; y la boca, muy grande y abierta, con los gruesos labios marcados por un borde que la rodea, deja ver todo el sistema dental: los molares, los caninos, cruzados y excesivamente crecidos, y en el centro los incisivos; detalle que con frecuencia se repite en la mayor parte de las figuras de San Agustín.

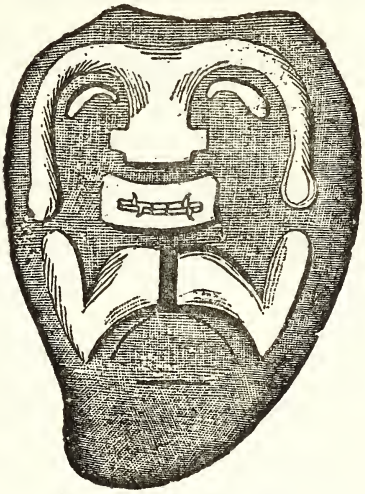

Figura 3.

Debajo de la boca hay dos figuras, también en relieve, que se extienden a uno y otro lado, imperfecta representación de los brazos plegados y con las manos debajo de la barba.

Tan incorrecta como es esta figura, tiene, sin embargo, bien marcada la tranquila expresión del que duerme, o de la muerte. ¿Será acaso una losa funeraria? Así parece indicarlo, además de los ojos sin pupila y como cerrados, los brazos con las manos de una sola

pieza y sin tener delineados los dedos, como para representar el supremo reposo con la cesación de toda actividad.

Fuera del delineamiento de las facciones que se acaba de expresar, esta losa no presenta otra huella de trabajo humano. La apariencia de las superficies alisadas, los bordes redondeados y su figura irregular, demuestran que es un canto de acarreo y no un bloque de cantera. Circunstancia importante que aclara el origen, hasta ahora obscurecido, de los grandes cantos que sirvieron a los escultores de San Agustín para trabajar sus estatuas.

## FIGURA 4

Como 100 metros al Norte de las figuras anteriores, y encima de un pequeño montículo, marcado con el número 1 en el plano, existe enterrado por completo, y cubierto por la hojarasca del bosquecillo que lo rodea, un grupo importante que no sin trabajo pudimos descubrir y poner de manifiesto para estudiarlo convenientemente.

Sobre un gran bloque de arenisca, de 1,40 metros de alto, está tallada en alto relieve la figura de un cuadrúpedo que, según se deduce de la forma de las manos anteriores y posteriores y de la cola prehensil, que tiene ten-

dida sobre el lomo, es un mono en actitud de cubrir a la hembra, de tamaño más pequeño, cuya cabeza y extremidades asoman por debajo, y a la cual con ambas manos tiene fuertemente asida por la frente.

La figura principal mide, desde la nariz hasta el nacimiento de la cola, 0,90 metros de largo.

Figura 4.

Basta contemplar por un momento la expresiva actitud de una y otra figura para considerar este extraño grupo como emblema de la potencia generadora de la Naturaleza. Sin duda es una de las manifestaciones del culto *phállico,* uno de los más antiguos que ha tenido la humanidad. Desprendido quizás de la remota civilización hamita, se extendió con ligeras modificaciones entre los antiguos pueblos del Oriente, dando origen al Apis egipcio, al mito de Baal y de Astarté, de fenicios y caldeos, y al Príapo de griegos y romanos, quienes lo representaban con las formas del cabro.

Los pobladores de San Agustín, que no conocían este animal, ni tampoco el toro, eligieron al mono, de pasiones todavía más exageradas, como emblema del vergonzoso mito, al cual parecían rendir culto especial, según se colige de otros monumentos análogos que allí se ven.

Este culto, que ha sido común a las sociedades primitivas de uno y otro continente, estaba en vigor, como herencia de remoto pasado, en la época del apogeo de la civilización helénica y en los tiempos de mayor refinamiento de la cultura romana. Huellas de él se han encontrado en la India y en el Perú, y los mismos israelitas caían en la impúdica idolatría cada vez que se apartaban de Jehovah.

En el hundimiento que ocupa este hermoso grupo, se ven revueltas algunas grandes losas sin trabajar; cerca de allí estaba un busto de mujer.

## III

### EL PUEBLO

Dos kilómetros, poco más o menos, al occidente de la colina de Uyumbe, está la aldea de San Agustín, de escaso y miserable caserío pajizo, como ya se ha dicho. La plaza, de regular tamaño, es bien cuadrada, y en el centro del frente occidental se encuentra la pequeña y ruinosa capilla, también pajiza.

En el pueblo se ven hoy tres estatuas y una gran canoa, tallada igualmente en un gran bloque de piedra. Estos objetos fueron con gran trabajo trasladados en 1859, desde el sitio en donde primitivamente se encontraban, por algunos empresarios de extracción de quinas, en los tiempos en que en este lugar había tanta abundancia de trabajadores empleados en

la explotación de los ricos bosques quiníferos de los alrededores.

De las estatuas, una de gran tamaño, fué colocada en el centro de la plaza, y las otras dos, que son bustos de menores dimensiones, sirven de zócalos a dos de las columnas que sostienen el cobertizo antemural de la pequeña capilla.

La estatua que se ve hoy en la plaza de San Agustín, tallada en una gran losa granítica, es una de las más dignas de llamar la atención, tanto por el esmero del trabajo como por los importantes detalles que la adornan (1).

Consiste en una figura humana de vigorosa y robusta complexión que, fuera de la parte que le sirve de zócalo y que está enterrada en el suelo, mide 1,40 metros de alto por 1 metro de ancho de hombro a hombro. La figura 5 la representa vista de frente, y la 6, vista de espalda. La ancha cabeza está cubierta, hasta encima de los ojos, por una capucha, que, hacia los lados y sobre la espalda, cae formando un tocado muy semejante a la antigua calántica egipcia, ajustada alrededor de la cabeza por una doble faja que presenta dos graciosos nudos, primorosamente trabajados, uno sobre la

(1) Hoy se halla colocada en el Parque de la Independencia, de Bogotá, adonde fué trasladada en 1907 por orden del presidente general Reyes.

frente, y otro atrás, en la nuca, con las extremidades largas, cayendo en simétricas curvas a lo largo de la espalda y casi hasta la base (véase la figura 6). Sobre este último nudo está grabada una figura prismática análoga a la que se encuentra frecuentemente en las ruinas de Tihuanacu, considerada como el signo de *tierra* por algunos americanistas. Indudablemente representa también un símbolo sagrado.

Figura 5.

La nariz es ancha y chata, y los ojos tienen bien marcada la pupila. La boca, desmesuradamente grande y abierta, está formada por un marco cuadrado y deja ver todo el sistema dental, con los caninos excesivamente desarrollados; detalle muy frecuente en las estatuas y relieves mejicanos. En las orejas lleva, como zarcillos, grandes discos, también de estilo mejicano.

El cuerpo lo tiene cubierto por una gran túnica que le desciende hasta cubrirle los pies.

Las mangas de los brazos están adornadas con bocamangas.

Los brazos están plegados en ángulo recto, y en cada mano tiene un utensilio que parece de trabajo. En la mano derecha de la figura se ve un objeto que puede ser un cincel, como creen algunos, pero que es idéntico a los cuchillos usados por los antiguos peruanos; en la izquierda se ve un mazo, o algo por el estilo.

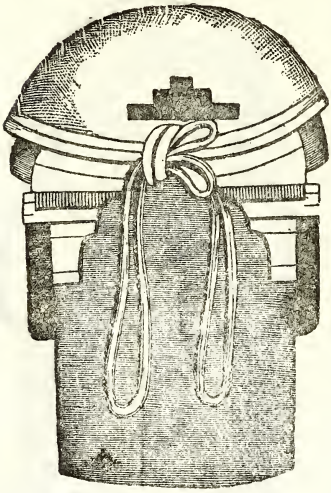

Figura 6.

Se ha considerado, en vista del cincel y del mazo, que esta estatua representa la divinidad que preside el trabajo en general, y la escultura, arte favorito de este pueblo, en particular.

En la parte anterior la base está adornada con un pequeño borde redondeado, que simula una plataforma, detalle de que carecen la mayor parte de las otras esculturas.

El conjunto de esta figura presenta ciertas analogías con el estilo de Tihuanacu, y por

su actitud y por otros detalles recuerda el monolito llamado El Fraile, del Palacio de Kalassaya; el tocado, por otra parte, es semejante al que usaban los antiguos egipcios, sobre todo en la disposición y arreglo de la parte de atras y en el corte del capuchón sobre la frente, idéntico al que se observa en muchos bustos y estatuas de ese antiquísimo pueblo.

Esta estatua se encontraba antes colocada en uno de los templetes que existían al occidente de San Agustín, cuyas ruinas se ven allí todavía. Como ya se ha dicho, fué trasladada al pueblo, no sin grandes dificultades, debido a su volumen y a su extraordinario peso, en la época en que el comercio de las quinas tomó grande incremento en esas regiones.

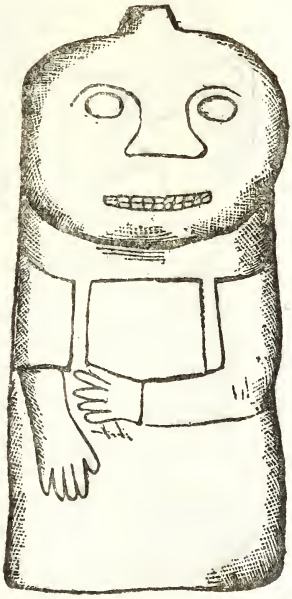

Figura 7.

FIGURA 7

Sirviendo de zócalo a una de las columnas

que sostienen el cobertizo antemural de la capilla, se ve una pequeña estatua de 0,80 metros de alto, fuera de la parte que está enterrada. Representa una figura de mujer. La cara es grande y redonda, y los ojos carecen de pupila. Uno de los brazos está plegado sobre el vientre, y el otro cae a lo largo; y están cubiertos por las mangas de una túnica que le cubre el cuerpo. Sobre el pecho parece que llevara un peto cuadrado. Es un trabajo imperfecto y está algún tanto deteriorada.

Figura 8.

FIGURA 8

Haciendo juego con la anterior y sosteniendo otra columna del antemural de la capilla, se ve otra estatua de las mismas dimensiones, y tallada también sobre un trozo de arenisca silícea.

Representa la figura de un hombre de facciones enérgicas y expresivas. La nariz, aguileña y muy pronunciada, está correctamente dibujada, lo mismo que los ojos; lo cual da a la fisonomía un tipo totalmente distinto del que se observa en las demás esculturas, con excepción de tres más, en las cuales éste se reproduce fielmente, no sólo en las facciones, sino también en el tamaño, la actitud y el gorro o casco que llevan. Tiene los brazos plegados y las manos sobre el vientre, en actitud de recogimiento.

La boca, muy larga, deja ver la dentadura, con los colmillos muy desarrollados, como de costumbre.

En esta estatua hay un detalle que nos parece único en su clase en las esculturas de San Agustín, y es que tiene teñidos de negro los dientes y el borde de los ojos.

La figura 9 pone de manifiesto el extraño perfil y el ojo correctamente dibujado de esta estatua, que indudablemente reproduce algún importante personaje, cuyo tipo es muy dis-

Figura 9.

tinto del ordinario modelo que servía al pueblo escultor. Esta estatua estaba colocada en el sitio de *Las Mesas*, de donde fué bajada en la misma época que la anterior; lo mismo que la gran canoa de piedra, destinada hoy a usos de tenería, que se ve a la salida occidental del pueblo, antes de pasar la quebrada, trabajada en un gran bloque de arenisca de 2 metros de largo, 0,45 metros de ancho y 0,60 metros de alto. La cavidad tiene de largo 1,80 metros, de ancho 0,25 metros, y una profundidad media de 0,20 metros, la que es mayor en las extremidades y menor en el centro. Todos los ángulos están perfectamente cortados a escuadra.

Para nosotros esta canoa es simplemente un sarcófago. Corrobora esta idea el hecho de que en tierra de Isno, al otro lado del Magdalena, se han encontrado algunas antiguas tumbas, con cadáveres colocados en *canoas* idénticas a ésta.

## IV

### LOS ADORATORIOS

Siguiendo de San Agustín hacia el Occidente, y después de pasar la quebrada, el terreno principia a levantarse en suaves ondulaciones y la vegetación se hace más y más vigorosa.

A 3.000 metros más o menos de distancia del pueblo, se encuentra el sitio conocido con el nombre de *Las Mesas*, alta explanada cubierta de umbrosos bosques, en donde se encuentran los restos de los extraños adoratorios de los antiguos pobladores de esta región.

No podemos menos de transcribir en seguida la excelente descripción hecha por el señor general Codazzi, del templo que se encontraba en *Las Mesas*. Dice así:

«En la mitad del bosque se encuentra un terremontero artificial, formado con la tierra sacada de un foso o camino cubierto que conducía al templo, construído en la excavación central del terremontero. Era el templo un edificio cuadrado de dos metros de alto, tres de ancho y cuatro de largo, edificado de una manera tan dispendiosa de trabajo como extraña, pues venía a quedar bajo de tierra a modo de gruta. Dos pilares cilíndricos, de algo más de dos metros de alto y cuatro decímetros de diámetro, salvo los relieves, que les dan el aspecto de cariátides, se hallaban a uno y otro lado de la entrada sosteniendo el techo, que en la parte de atrás descansaba sobre dos robustos pilares, asimismo de piedra y de igual altura que los anteriores, midiendo ocho decímetros de diámetro en la base y cinco en la parte superior, sin escultura ni relieve. El techo, que también serviría de azotea para los sacrificios y la predicación, consistía en una plancha de piedra de tres metros de ancho, cuatro de largo y 15 centímetros de espesor, labrada en una sola pieza de arenisca ferruginosa compacta, como la materia de todas las estatuas, que es difícil concebir cómo hubieran sido talladas sin el auxilio de instrumentos metálicos. Las paredes eran de lajas grandes, afianzadas en su posición vertical mediante estantillos de piedra labrada, y es

probable que el piso interior estuviese empedrado o enlosado, como correspondía a la aseada construcción del edificio y a la presencia de los ídolos que en la mitad del salón se levantaban. Son notables las columnas o cariátides del frente por las esculturas que en alto relieve las adornan, representando un guerrero armado con casco y la maza o clava al hombro, encima del cual hay un mascarón simbólico rodeado de jeroglíficos.» (Véase la lámina 10.)

Las facciones de los guerreros son pronunciadas y enérgicas, y nada tienen de común con las de los ídolos que custodiaban. El mascarón representa un dragón cuya cola enroscada cae por detrás, lo que recuerda análogo detalle del casco de algunos guerreros asiáticos.

Dentro de este templete había dos estatuas. La principal es la que está hoy en la plaza del caserío, descripta en los números 5 y 6. Detrás de ella se encontraba la de un joven cenceño y sin adornos, en actitud atenta y paciente, muy semejante en la posición, en las facciones, en el vestido y en el tocado, a algunos ídolos de Tamaulipas (1).

Hoy este templo de tan extraordinaria cons-

(1) Véase *México al través de los siglos*, tomo I, página 264.

trucción está caído y en ruina, debido a la ignorante codicia de los buscadores de tesoros.

Las magníficas cariátides de la entrada ya-

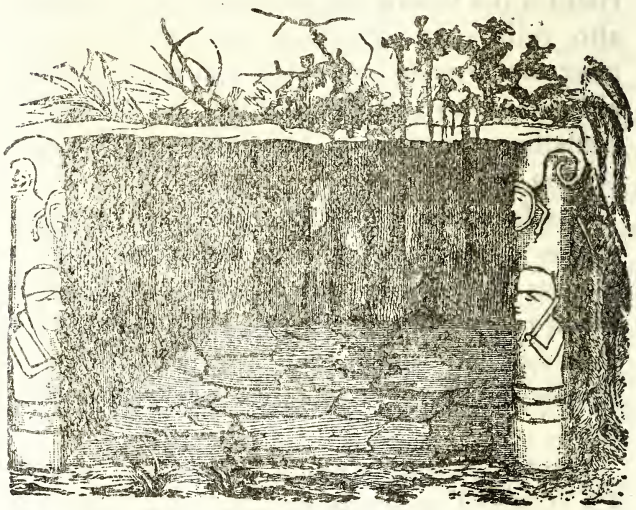

Figura 10.

cen por el suelo, debajo de la gran losa del techo, que está caída de un lado. Las losas del pavimento han sido arrancadas, y el ídolo principal, trasladado al pueblo.

Contiguo a este adoratorio hay dos templetes más de idéntica construcción: uno en ruina y también con cariátides a la entrada; el otro

en pie, pero sin tallados ni relieves en los pilares.

FIGURA II

En el centro de este último estaba colocada una gran estatua de dos metros de alto por uno de ancho de hombro a hombro, que hoy yace tendida por el suelo.

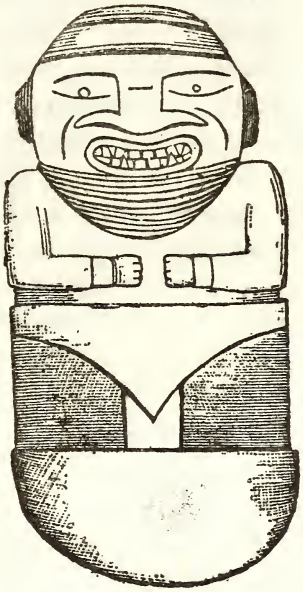

Figura II.

Representa la imagen de un hombre de edad, cuya cabeza está cubierta por un ajustado gorro adornado con un cordón en el borde inferior y con dos en el superior. Los ojos tienen marcadas las pupilas, y la boca, grande y abierta, muestra dientes y colmillos. Alrededor de la garganta lleva una gargantilla o collar de ocho vueltas que cuelgan hasta el pecho. Aparenta estar vestido, pues los brazos están cubiertos con mangas, adornadas

con bocamangas. Llama la atención una como faja triangular, a manera de guayuco o taparrabo que lleva a la cintura y cuya punta cae por en medio de las piernas, muy gruesas y sin pies. Detrás de éste estaba el grupo de un mico llevando a su hijuelo a las espaldas, el cual se halla hoy en la hacienda de *Laboyos*.

Próximo a estos adoratorios, y en una explanada cubierta de alto y tupido bosque, situada sobre una colina, 2.000 metros al Noroeste, se encuentra el sitio quizá más importante de esta estancia arqueológica: allí debieron existir dos o más templos de idéntica construcción a los ya descriptos, cuyas ruinas yacen hoy por el suelo mezcladas y confundidas con numerosas estatuas de extrañas formas y de grandes dimensiones, unas y otras medio enterradas y ocultas entre el raicero y la hojarasca de los altos árboles que allí se han desarrollado.

FIGURA 12

Al subir a la explanada, a la cual se llega por una especie de calzada de 300 metros de longitud, que puede ser artificial o formada por las arenas que acarrean las aguas lluvias, se encuentra primero una estatua singular,

tallada en un trozo de arenisca que mide 1,80 metros de largo por 0,90 de lado a lado de la cabeza, que es su mayor ancho.

La cara, grande y cuadrada, tiene extrañas facciones. La nariz, como la de la figura 3, es cruciforme y su relieve se prolonga en curva a uno y otro lado, formando las cejas. Debajo de éstas se ven los ojos, tallados como en la figura 3, lo que da a la fisonomía el aspecto de muerta o de dormida. A uno y otro lado, en las mejillas, presenta dos glifos en forma de *S*, simétricamente dispuestos, y sobre la nariz tiene en relieve una figura cuneiforme, semejante a la que se observa en algunas de las más antiguas esculturas mexicanas y que recuerda un símbolo religioso de antiguos pueblos hamitas.

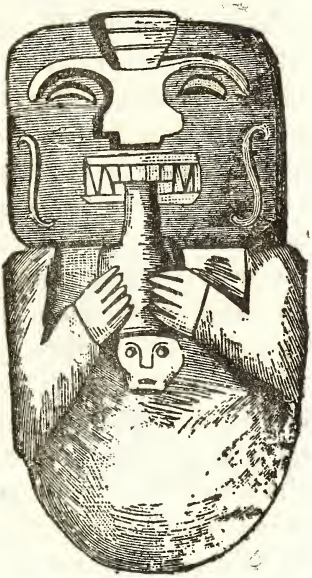

Figura 12.

De la boca, cuadrada y muy abierta, mostrando los incisivos y los caninos muy crecidos, cuelga hasta el pecho una masa informe

que termina en una pequeña cabeza humana, con expresión de estar viva, a la cual sostiene con ambas manos.

Esta estatua recuerda la que se encuentra a la entrada del llano y que hemos descripto con el número 2. En ambas se encuentra el repugnante detalle de estar como devorando la figura de un niño, pero en ellas las apariencias de la vida están invertidas. Mientras que en aquélla la figura principal parece llena de animación y de vida y la del niño aparece como muerta, en esta que estudiamos sucede lo contrario; tal vez una y otra se complementan y son la representación de un mismo mito, tan cruel como sanguinario. La divinidad aletargada, que ni ve ni oye, se despierta con el sacrificio de seres inocentes, mira por el pueblo y escucha los ruegos que se le dirigen; o tal vez representa la idea de la existencia del alma: en la una figura, mientras el cuerpo vive, el espíritu está adormecido y como muerto; en la otra, al morir el cuerpo, con el último aliento sale el espíritu y recobra su libertad y su vida. Una y otra son hipótesis posibles; pues, fuera de sus simbólicas esculturas, nada más nos queda de ese pueblo antiquísimo y desconocido.

Próximas a la anterior, y muy cerca la una de la otra, se ven dos estatuas de extraña apariencia y muy análogas entre sí. Ambas tie-

nen el mismo tamaño, 1,40 metros de alto, ambas han sido talladas en rocas de idéntica naturaleza, y ambas trabajadas obedeciendo a un mismo modelo, persiguiendo una misma idea.

FIGURA 13

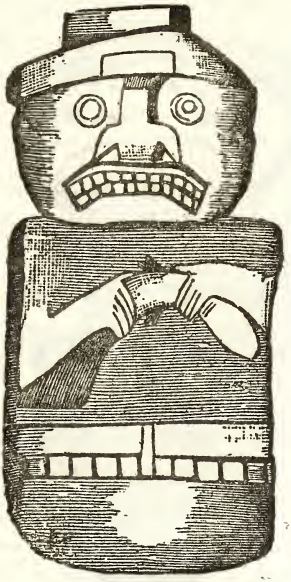

Figura 13.

Representa la una un hombre de aspecto feroz y bestial. Sobre la gran cabeza redonda lleva calado hasta los ojos un sombrero de forma singular, con gruesas alas y con la copa cuadrada; en la parte del frente del ala se ve grabada una figura, evidentemente simbólica. Los ojos son grandes, redondos, muy abiertos y con las pupilas bien marcadas. La nariz es ancha y muy gruesa en la extremidad. Las mandíbulas, salientes y pronunciadas en relieve, en cuya mitad se ve la boca grande y abierta, mostrando la doble hilera de dientes, pero sin los grandes colmillos. Con ambas manos sostiene sobre el pecho un gran pesca-

do, con la cabeza y la cola hacia abajo. Las piernas son cortas: parece llevar pantalones, y los pies descansan sobre un borde que simula una cornisa encima de la parte que sirve de zócalo.

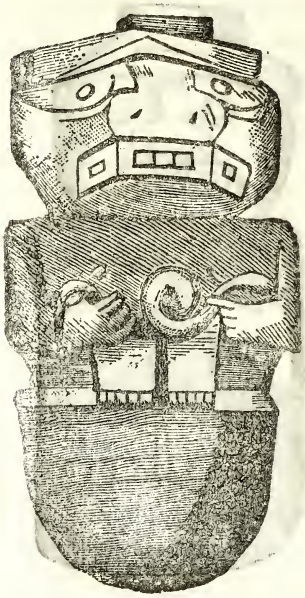

Figura 14.

FIGURA 14

Esta representa la figura de una mujer de aspecto tan torpe como feroz. La cabeza, ancha y aplanada, está cubierta por un sombrero o montera de forma no menos singular. La copa es también cuadrada, pero el ala parece como levantada al frente y apuntada en lo alto; por debajo aparecen los ojos hendidos longitudinalmente y plegados hacia fuera. La nariz es también ancha y gruesa, y las mandíbulas igualmente pronunciadas en relieve y en tres planos. En el del centro se ve un entalle que demuestra sólo los dientes incisivos, y en cada uno de los planos laterales existe otro peque-

ño entalle cuadrado. En el pecho se ven los dos pequeños apéndices indicativos del sexo, y con las manos sostiene una gran serpiente, cuyo cuerpo forma una rosca sobre la parte inferior del bajo vientre. Las piernas son relativamente delgadas, y como la anterior, apoya los pies sobre el borde de la parte que sirve de zócalo.

Esta figura recuerda la célebre *Cihuacohuatl*, mujer de la serpiente, o Eva de los mejicanos, y también el mito chibcha de la Bachue, madres del linaje humano, siendo una y otra análogas a la Eva de los pueblos semíticos.

Estas dos estatuas, de antiquísima apariencia, con la boca ancha y gruesa nariz, las mandíbulas salientes y la boca de gruesos belfos, recuerdan al momento las toscas facciones del tipo negro, hecho que no es único en América, pues él se reproduce en las esculturas mejicanas de la remota época anterior a la de los Otomíes, con las cuales presentan grandes analogías. La estatua de la figura número 13, por ejemplo, tiene muchos puntos de contacto con la del hacha gigantesca de Veracruz (1): ambas tienen unas mismas facciones, han sido trabajadas en un mismo estilo y como obedeciendo a un mismo modelo.

Estas extrañas figuras indudablemente no

(1) Véase *México al través de los siglos*, tomo I, página 64.

representan el tipo de los pobladores de San Agustín, sino que son reminiscencia de época mucho más remota, conservada al través de los tiempos por su carácter religioso. Confirma esta idea el atributo que tiene cada estatua; pues San Agustín, dadas sus condiciones climatéricas e hidrográficas, no es región a propósito para que el pescado y la culebra sean figuras simbólicas: uno y otro son escasos y de dimensiones que no pueden llamar la atención. La presencia de estos símbolos parece recordar una región baja y ardiente, de grandes ríos o próxima al mar, muy distinta de la de San Agustín; así como también las figuras humanas se refieren a una raza diferente. De suerte que estas estatuas representaban para el pueblo escultor remotos mitos, tan distantes en el tiempo como en la raza y en el espacio.

Dadas todas estas circunstancias, creemos no sea aventurado suponer que en ellas se quiso representar el mito relacionado con la creación del hombre.

FIGURA 15

Muy cerca de las anteriores estatuas se ve, como incrustada en la pared del fondo de una

pequeña excavación, resto quizás de algún adoratorio subterráneo, la imagen colosal de un águila con las alas cerradas, que tiene en el pico la cabeza de una culebra, cuyo cuerpo, arrollándose de izquierda a derecha por debajo de las garras, le sirve de sustentáculo. Este hermoso grupo, de superficies bien pulidas, de lineamientos llenos y correctos, está tallado con esmero en un gran trozo de arenisca silícea que mide 1,80 metros de alto por 1,20 de ancho.

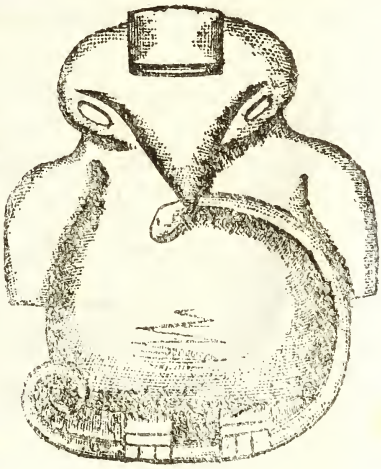

Figura 15.

El águila, símbolo de la fuerza y de la majestad, ha sido venerada por infinidad de pueblos. Para los habitantes de San Agustín debía tener singular importancia. Un grupo idéntico a éste se encuentra en el cerro de La Pelota. Bueno será recordar que el águila llevando en el pico una serpiente, era el símbolo con el cual los aztecas representaban la ciudad de México, como que había sido designa-

do por antiguo oráculo para fijar el sitio en que este pueblo debía terminar su largo éxodo.

Cerca de este grupo se veían, una enfrente de otra, dos pequeñas estatuas iguales: una existe allí todavía; la otra es la que hoy sirve

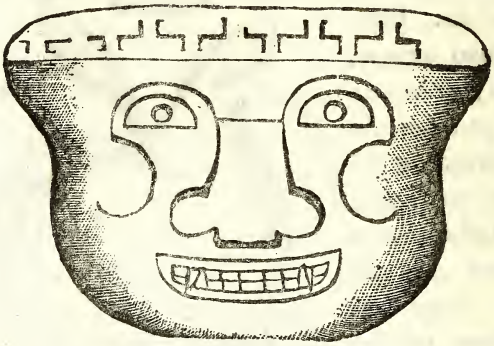

Figura 16.

de zócalo a uno de los pilares de la iglesia, descripta ya en los números 8 y 9.

FIGURA 16

A un lado del grupo anterior, y apoyada en la pared de una pequeña excavación, se encuentra una losa de arenisca de grandes dimensiones, sobre la cual se ve tallada una ca-

beza colosal que mide 1,90 metros de alto por 2,70 metros de ancho. No se le ven las orejas, tiene los ojos grandes y muy abiertos, lo mismo que la boca, que muestra todos los dientes con los colmillos cruzados. A lo largo de la frente, en la parte superior, tiene grabada una serie de figuras en forma de greca, y está mirando hacia el Oriente. Se ha creído generalmente que esta gran cabeza representa al Sol. Dada la posición que hoy tiene, parece que hubiera sido colocada cubriendo ella sola la pared del frente de un adoratorio subterráneo, con entrada cubierta, cuyos vestigios se ven hoy todavía, e idéntico a los templos ya descriptos.

Figura 17.

Cerca de allí se ve, medio enterrada, la gran losa que a la vez servía de techo y de azotea, y los dos hermosos pilares de la entrada, que describiremos en seguida. Cada uno de ellos tiene 1,80 metros de alto por 0,50 metros de diámetro; ambos son de la misma arenisca del Aguila y del Sol.

FIGURA 17

Uno de los pilares representa un guerrero que parece vestir amplia chaqueta, ajustada a la cintura por una faja; las mangas están adornadas con bocamangas, y lleva pantalones, que caen hasta los desnudos pies. Con las manos empuña una pesada maza, que lleva en alto. La cara es redonda y de facciones llenas y correctas. Lleva la cabeza cubierta con un gorro ajustado a la frente por una faja, y por delante de la oreja parece caer una trenza de cabellos. Sobre la cabeza se levanta el resto del pilar, en cuya extremidad superior se ve un mascarón sencillo, con brazos y llevando sobre la frente una especie de mitra oriental, con el corte simbólico que se ve en la montera de la figura 2.

Figura 18.

FIGURA 18

En el otro pilar, también de arenisca silícea y de

las mismas dimensiones del anterior, se ve tallada la figura de un hombre; la cara, de facciones llenas y redondas, es de un dibujo irreprochable. En la cabeza lleva una especie de corona, cuyo borde inferior está graciosamente recortado sobre las sienes y en el mismo estilo del antiguo tocado egipcio; de la parte superior de la corona cuelgan, como adorno, cinco figuras, en forma de cruz invertida; detalle singular que no se repite en ninguna de las otras estatuas.

En la mano derecha, que tiene plegada sobre el vientre, lleva algo como un cetro. La mano izquierda está completamente destruída. Parece vestir una chaqueta larga y holgada y pantalones que caen hasta el pie desnudo. En la parte superior del pilar se ve en relieve un mascarón idéntico al de la figura anterior.

La expresión de la fisonomía, inteligente y apacible al mismo tiempo que enérgica, revela tranquila e imponente majestad. Parece que en esta estatua se hubiera querido perpetuar la imagen de un poderoso rey, dignidad que se manifiesta por la hermosa corona y por el cetro que empuña.

Tanto en esta estatua como en la anterior, que quizás representan a los personajes que erigieron este adoratorio, llama la atención el correcto dibujo en el delineamiento de todas

las facciones, no menos que los contornos de la cara, redondeados y llenos de vida.

En estas dos estatuas se ve ya un gran adelanto en el arte de la escultura.

Sin duda, ellas fueron producidas cuando el arte había alcanzado un gran desarrollo por artífices que florecieron en época muy posterior a aquella en que se trabajaron otras esculturas; aunque todas son obra del mismo antiquísimo pueblo y manifestaciones de una misma civilización, pero en diferentes grados de desarrollo.

### FIGURA 19

Cerca de allí se ve, tendido por el suelo, el ídolo que se adoraba en este templo. Es una extraña figura tallada en un gran trozo de arenisca de dos metros de alto por uno de espesor. La cabeza, muy gruesa, está cubierta por un gorro de forma singular, de cuyos lados cuelgan dos apéndices, como fajas que caen hasta las orejas. Los ojos son grandes y hendidos; la nariz, ancha y achatada. La boca, de gruesos belfos, está abierta, dejando ver los dientes y los colmillos. La expresión de esta cara es horrible; parece como si todas las facciones se hubieran distendido bajo la impre-

sión de insufrible dolor, cuyo agudo grito casi se percibe: tan acabada así es la expresión del conjunto.

Con las manos está fuertemente agarrada de dos como fajas, que saliendo por detrás del cuello van a terminar por encima de una pequeña cabeza humana que se ve entre las piernas como saliendo del bajo vientre.

Figura 19.

Parece cubierta por una túnica corta que no alcanza a cubrir el muslo, única parte de la pierna que está representada.

Dada la expresión del horrible dolor que se ve pintado en la fisonomía y el detalle de la pequeña cabeza en el sitio en que se encuentra, es permitido suponer que en esta estatua se representa el alumbramiento de la mujer, complemento del mito de la potencia generadora, manifestado en el grupo de la figura 4.

FIGURA 20

Dando la espalda a la inmensa cara del Sol y, por consiguiente, mirando al Occidente, se ve una pequeña estatua de 1,20 metros de alto, que es el busto de un hombre de fisonomía tranquila y como dormida y de facciones pronunciadas. El señor general Codazzi la interpreta como representando la noche.

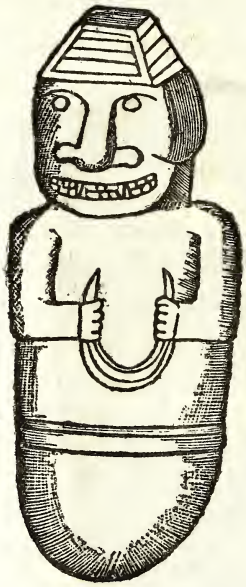

Figura 20.

Tiene cubierta la cabeza con un bonete en la forma de pirámide truncada, y con ambas manos sostiene sobre el pecho una figura que puede tomarse como el creciente de la luna. En una de las caras del bonete se ve un dibujo de época reciente, como si se hubiera querido grabar allí una inscripción.

FIGURA 21

A poca distancia de allí, y medio enterrada en una excavación, se encuentra una figura

colosal, que mide 4 metros de alto por 1,20 de ancho. Representa un hombre en la actitud de llevarse a la boca el cuerpo de un niño, cuyos brazos cuelgan a los lados de la cabeza, como agitándose en el aire. En los ojos, pequeños y redondos, de la figura principal se ven la avidez y el placer de satisfacer sanguinarios instintos.

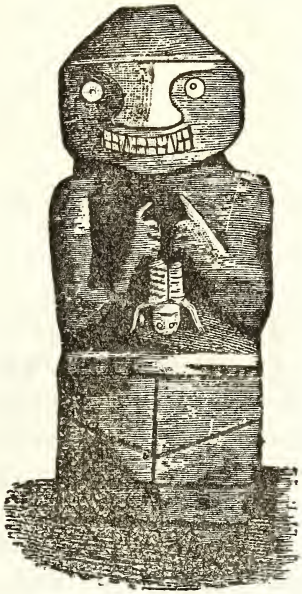

Figura 21.

La divinidad representada en esta estatua debía ser el demonio devorador de niños, que los quitus llamaban *Supay*, y al cual hacían constantes y horribles sacrificios.

Al occidente de esta colina, y cerca de uno de los arroyos que caen al Sombrerillos, se encuentra, tallada en alto relieve en un gran trozo de roca, la figura colosal de una rana.

## V

### EL CEMENTERIO DE LOS SACERDOTES

Trescientos metros al occidente de estos adoratorios, y a igual distancia de uno y de otro, en una sabaneta limpia, se ven tendidas en el suelo, en hilera, de Norte a Sur, cinco grandes losas que parecen funerarias. Cada una representa una figura humana de extrañas facciones, y algunas con singulares atributos. Todas están dispuestas dando la vista hacia el Oriente.

Como muy bien lo dice el señor general Codazzi, este sitio, a espalda y en la vecindad de los dos principales adoratorios, parece haber sido el cementerio de los grandes sacerdotes. Las figuras principales que se ven allí son las siguientes:

FIGURA 22

Llama desde luego la atención una colosal figura de aspecto extraño y feroz, tallada en relieve sobre una losa que mide 2,20 metros de largo por 1,30 metros de ancho. La gran cabeza, ancha y aplastada, está rodeada de hombro a hombro por una auréola. La nariz es cruciforme y está adornada con dos apéndices laterales, idénticos a los que se ven atravesando la nariz del dios mejicano *Tzontemoc* (el que cayó de lo alto), representado en la piedra de Tuxpan. La boca es grande y abierta, y muestra los colmillos cruzados y los incisivos. El brazo izquierdo lo tiene plegado sobre el pecho. La mano parece enguantada, y ajustado a la muñeca, lleva algo como un manípulo, sin duda insignias del elevado cargo

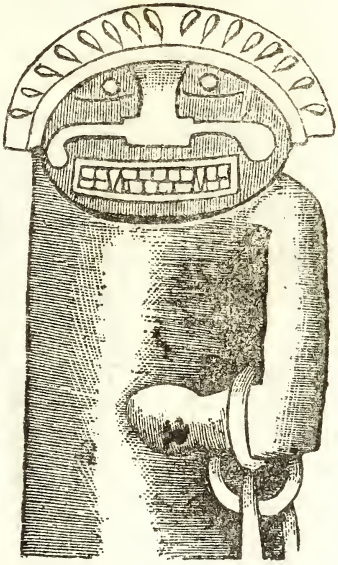

Figura 22.

del personaje que representa. Falta el brazo derecho.

FIGURA 23

Al lado de la anterior, y en idéntica posición, se ve otra figura no menos singular, tallada sobre una losa de 1,80 metros de largo por 0,85 metros de ancho. Como la anterior, la cabeza está rodeada por una gran auréola, pero adornada con elegante greca. La nariz está dibujada también en el mismo estilo, pero con los apéndices laterales levantados hacia los ojos, y la boca es ancha y cuadrada. Como la anterior, parece cubierta por largo vestido talar, cuyas mangas están adornadas con bocamangas. Los brazos están plegados sobre el pecho, y en cada mano lleva

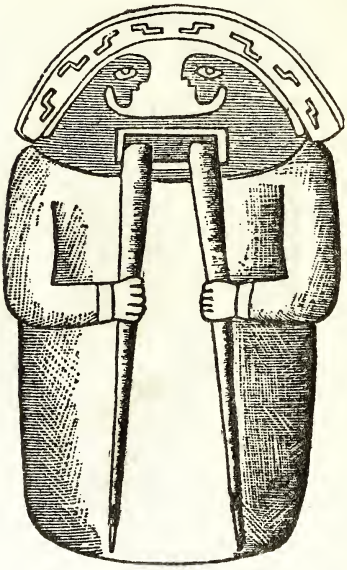

Figura 23.

un objeto parecido a un remo o a una pala, cuya extremidad superior, más ancha, llega hasta la boca, y la inferior la apoya en el suelo (1).

FIGURA 24

Sigue después otra figura tallada en una losa de 2 metros de largo por 0,90 de ancho. Además de la gran auréola que rodea la cabeza hasta el cuello, está cubierta con un gorro ajustado, cuyo tocado, cayendo por delante de las orejas, recuerda el tocado egipcio.

Las facciones son regulares. Parece vestir chaqueta, que cae hasta la cintura, y las mangas están adornadas con bocamangas. Lleva las manos sobre el pecho, pero sin atributo alguno. En la cintura, y cayendo hasta el nacimiento de las piernas, se ve una figura simbólica, idéntica a la que anotamos encima del nudo de la espalda de la figura 6, pero inver-

(1) También llevaban traje talar e insignias como sacerdotales muchas de las estatuas que al tiempo de la Conquista, al decir de Cieza de León y de Garcilaso de la Vega, se veían todavía en las ruinas de Tihuanacu, las cuales estaban separadas y como aparte de las otras estatuas, que no tenían carácter religioso.—V. Velasco: *Historia del Reino de Quito*, tomo I, pág. 102.

tida, que es la misma que con frecuencia se ve en el tocado de algunos ídolos mayas.

Debe tenerse presente que las auréolas tan singulares que se ven en estas figuras son

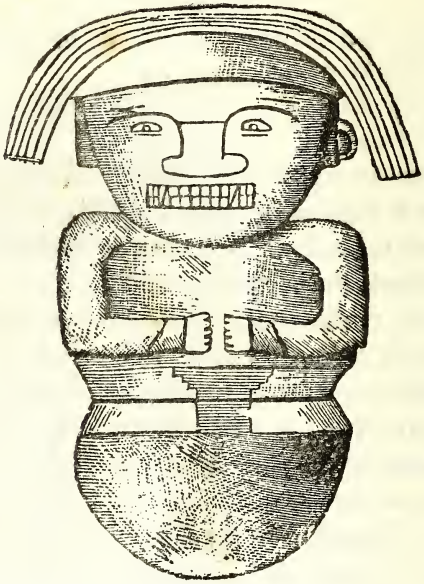

Figura 24

del mismo estilo de las que se ven en antiguas esculturas mejicanas de Palenque y en obras de cerámica de Nachan.

Al lado de las anteriores existen dos figuras más, del mismo estilo, pero son más pequeñas y menos complicadas.

FIGURA 25

A poca distancia de las figuras que quedan descriptas, y en la extremidad de la sabaneta, hay una pequeña estatua de 0,90 metros de alto, que representa un hombre en cuclillas. Con excepción de la boca, las otras facciones son proporcionadas y regulares, como sucede en todas las estatuas que, como ésta, llevan en la cabeza una especie de casco militar.

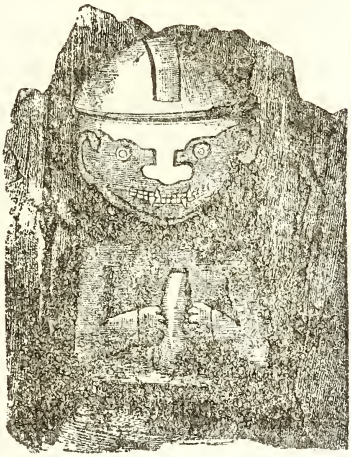

Figura 25.

La posición de esta estatua es muy importante, pues se encuentra recostada en la pared del fondo de un pequeño foso de 1 metro de ancho por 2 metros de largo, cuyo piso inclinado en rampa desde la superficie del suelo, se va profundizando hasta que el extremo tiene una profundidad igual a la altura de la estatua. De modo que ésta está como soterrada, y la extremidad del casco apenas alcanza a

la superficie. Las paredes del foso están recubiertas por pequeñas losas sin trabajar, colocadas verticalmente.

Si se recuerda que muchas de las estatuas de San Agustín se encuentran medio enterradas, como la del grupo del mono, la del águila, etc., se puede juzgar que su posición en un principio fué idéntica a la de esta que estudiamos.

Singular pueblo éste, cuyos templos eran subterráneos y que enterraba sus estatuas en lugar de levantarlas.

## VI

### EL CERRO DE LA PELOTA

En el extremo occidental del cordón de colinas que desde Uyumbe sigue a lo largo del llano por el borde del Magdalena, y cerca del nacimiento de la *quebrada* de San Agustín, se levanta el cerro de *La Pelota*, de contornos redondeados y de formación aluvial, desde cuya cima se disfruta de una vista deliciosa.

Cerca de su base y en medio de altos árboles se ven las ruinas de un templo de construcción idéntica a los anteriores. Revueltas y medio enterradas se ven algunas de las estatuas que allí se veneraban.

La principal, que no reproducimos por encontrarse hoy lastimosamente mutilada, obra de un celo tan exagerado como ignorante, ha perdido su grande interés arqueológico. El señor general Codazzi la describe en los siguientes términos: «Es una forma de columna, de 13 decímetros de alto y 3 de diámetro, que

representa un adolescente con rostro natural y no deforme, cubierta la cabeza con un solideo, y el cuerpo, al parecer, envuelto en un sayo angosto, ceñido a la cintura con una faja. Del borde inferior de ésta, y en lugar propio, se levanta la imagen de lo que los antiguos griegos adoraban con el nombre de *phallus*, y entre las manos de la estatua se ve algo que probablemente representaba el órgano correlativo, el *creis* de los griegos. Éstos tributaban culto a esos símbolos en Biblos y en Heliópolis; lo mismo que los indus en casi todas sus pagodas, como representantes de la creación y fecundidad del mundo físico.»

Se ha considerado esta estatua como la de Himeno; si así es, ella viene a completar y a corroborar el culto *phallico* expresado ya en las figuras 4 y 19.

Allí vuelve a encontrarse el hermoso grupo del águila en la figura 15, aunque trabajado con menor esmero. También se ven dos estatuas: una representa un hombre robusto, y la otra una mujer; esta última está muy deteriorada.

## VII

### OTRAS ESCULTURAS

Además de las numerosas esculturas que se acaban de describir, se encuentran en el reducido sitio de San Agustín algunas otras esparcidas en distintos lugares.

Cerca del primer adoratorio se encontró un pilar cilíndrico de arenisca, de 1,20 metros de alto, sobre el cual estaba tallada la figura de una lechuza, con el pico sobre el pecho y las alas recogidas, siendo de notarse que por debajo de éstas asomaban dos manos.

Más al Norte, cerca de la *quebrada* y en la cima de una colina, se encuentra una escultura muy notable por la perfección del trabajo y por lo mucho que se aleja de los modelos hasta aquí observados, como puede verse en seguida.

## FIGURA 26

Representa una media estatua de mujer, sentada sobre pilastra exágona con doble cornisa y perfectamente trabajada; el cuerpo y la cabeza están tallados en alto relieve sobre un alto espaldar de forma redondeada. Cubre la cabeza un casquete, por debajo del cual y de la mitad de la frente parten, a uno y otro lado, dos cintas o fajas que ocultan las orejas. La cara es llena y redonda y las facciones correctamente delineadas. Tiene los ojos como cerrados, y con las manos sostiene un instrumento a manera de clarinete, que parece estuviera tocando, y cuya extremidad inferior se apoya sobre la cornisa; por debajo de ésta asoman los extremos de las piernas, pero sin pies.

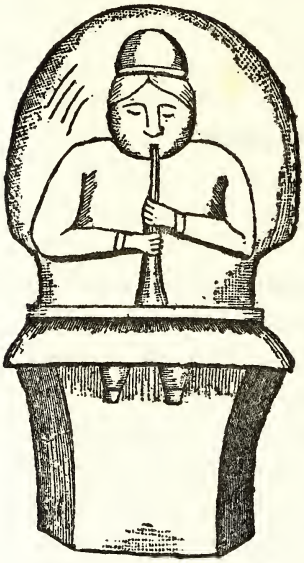

Figura 26.

Basta una ojeada no más para reconocer que

en esta escultura no se encuentra casi nada del estilo de las otras. La pilastra que sirve de base es cosa inusitada, lo mismo que el lineamiento general y, sobre todo, el elegante espaldar. Todo parece indicar que es obra de artista extranjero, miembro de un pueblo mucho más adelantado en las artes que este de San Agustín. Puede también que sea producción de la última época de este pueblo, cuando ya la escultura se había desarrollado mucho, mediante la larga práctica anterior. La trompeta que se ve aquí es probablemente la misma *chirimía* chibcha, pero más grande. Es la única representación que del divino arte se ha encontrado en San Agustín.

Al norte de la población, sobre las colinas que de Uyumbe siguen hasta el cerro de La Pelota, se encuentra, mirando hacia los adoratorios, un mascarón deforme y caprichoso, de 1,30 metros de alto por 1 metro de ancho; no tiene orejas; los ojos están marcados por dos tapones redondos, y la boca por uno cuadrado. El dibujo general recuerda algunos mascarones de la casa del gobernador y de las monjas, de las ruinas de Uxmal.

Estas que quedan descritas son las esculturas que se encuentran en el llano de San Agustín, en el reducido espacio de poco más de cinco kilómetros cuadrados. Probablemente existirán muchas otras que hoy permane-

cen enterradas, y esta probabilidad se convierte casi en certidumbre si se considera lo inexplorado del terreno y el sistema monumental, de extrañas construcciones subterráneas, puesto en planta por el pueblo que allí vivió.

Es seguro también que en los bosques de las cercanías se encuentren nuevas huellas de esta nación de escultores, como ya se ha encontrado una estatua muy deteriorada en el fondo de la selva secular que está situada al poniente de los adoratorios.

Se dice que en el páramo de las *Letras*, situado al occidente de San Agustín, en la senda que de este pueblo conduce a Almaguer y a la región de Pasto, se encuentran los vestigios de una gran población edificada sobre cimientos de piedra; y algunos caucheros de los que recorren las selvas vírgenes de los ríos Fragua y Orteguaza, aseguran haber hallado en ellas esculturas idénticas a las de San Agustín, en el mismo estado de ruina, tendidas por el suelo y medio cubiertas por las raíces de árboles gigantescos.

Seguramente el arte de la escultura no fué patrimonio exclusivo del reducido valle. Un área mucho más extensa ocupaba sin duda el pueblo que en grandes trozos de roca tallaba la imagen de sus dioses y de sus reyes.

## VIII

### ORIGEN DE LOS BLOQUES DE PIEDRA

Siendo la Mesa de San Agustín de formación aluvial, y no existiendo en sus vecindades yacimientos de rocas que se pudieran explotar como canteras, todos los que han visitado estos monumentos arqueológicos se han preguntado de dónde obtenía el pueblo escultor los grandes trozos de roca en que trabajaba sus numerosas esculturas; y se ha supuesto que explotaba canteras desconocidas situadas a gran distancia de ese sitio, ponderándose por supuesto el exceso de labor necesario para transportar desde ellas hasta San Agustín los grandes bloques que debían ser trabajados.

Sin embargo, un examen cuidadoso de las piedras, trabajadas y sin trabajar, que se encuentran en el valle, viene a aclarar esta cuestión, que para muchos era inexplicable. En

efecto, al observar algunas figuras, entre ellas la del número 3, se ve que la losa en que se encuentra, de forma irregular, presenta, tanto las superficies como las aristas, sin huella alguna de trabajo humano, sino lisas y redondeadas por la acción del frotamiento y de las aguas; idéntica cosa se observa en todas las losas que cubrían las paredes de los templos y de los fosos en que estaban las estatuas. Natural es, pues, creer que tanto estas losas como los bloques que sirvieron para hacer las esculturas, eran cantos rodados, de los que en abundancia se encuentran en todas las mesas de formación análoga a la de San Agustín. Corrobora esta aserción la variada naturaleza litológica de las estatuas, la cual sería homogénea si todos los bloques provinieran de un mismo yacimiento explotado como cantera; mientras que, como ya se ha visto, unas son trabajadas en areniscas ferruginosas, otras en rocas graníticas, etc. Así, pues, debe creerse que los escultores de este antiquísimo pueblo aprovechaban para sus obras los grandes cantos rodados que encontraban sobre el terreno.

También ha llamado la atención de los que han estudiado los monumentos de San Agustín el que todas las esculturas sean de grandes dimensiones; lo que proviene de que éstas son las únicas que se han conservado en la

superficie del suelo, y, por consiguiente, las únicas que han sido conocidas. Pero también se trabajaban obras de menor tamaño, las que por esta misma razón deben hallarse enterradas entre los escombros. Una de éstas, la única que hasta hoy se ha encontrado, reposa en nuestro poder, como fino obsequio de nuestro amigo el distinguido caballero D. Ricaurte López, opulento propietario de la hacienda de Loboyos, a la cual pertenece la región de San Agustín. Es un busto humano, tallado en un trozo de duro granito, que mide 28 centímetros de alto por 20 de ancho, y que está representado en este grabado.

De seguro no es ésta la única escultura pequeña de San Agustín, y muchas otras se encontraran al hacer excavaciones serias y detenidas (1).

---

(1) Esta escultura reposa hoy en el Museo Nacional de Bogotá, por donación que de ella hicimos. Allí mismo existen otras dos pequeñas esculturas, provenientes también de San Agustín, las cuales fueron donadas por miembros de la familia Durán.

## IX

### ¿ADORATORIO DE LOS ANDAQUÍES?

El señor general Codazzi, y después de él todos los que con menor autoridad han estudiado los monumentos de San Agustín, han creído que ellos fueron obra de los andaquíes, quienes al tiempo de la Conquista ocupaban el territorio vecino al sagrado valle; opinión que por muchas razones nos parece de todo punto inaceptable.

Además del aspecto antiquísimo de esos monumentos, ellos revelan en su construcción y en sus detalles un grado de cultura muy superior a todo lo que en el territorio de Colombia existía en la época de la Conquista. Ninguna de las nacionalidades indígenas que encontraron los españoles en el interior del país había aprendido a trabajar la piedra, ni aun los mismos chibchas, con estar tan adelantados, pues parece indudable que los pos-

tes de Moniquirá y de Leiva pertenecen a época muy anterior a la ocupación de las mesas andinas por el pueblo de Bochica.

Los escultores de San Agustín debieron conocer el uso de los metales, pues de otro modo jamás hubieran podido trabajar el duro asperón o la roca granítica, y más si se tiene en cuenta la profusión de las esculturas y la riqueza en los detalles. Y los andaquíes estaban tan distantes de emplear cinceles metálicos como de usar los vestidos que se ven en muchas de las estatuas. Ni lo uno ni lo otro hubiera pasado inadvertido a los cronistas, quienes, como hecho extraordinario, lo habrían consignado en sus minuciosas relaciones. Pero hay más: ninguno de ellos hace mención de los singulares monumentos de San Agustín, cosa inexplicable si los hubieran conocido. Si tales obras fueron de los andaquíes o de alguna otra nación coetánea de la Conquista, ¿cómo se explica que Belalcázar no los hubiera divisado desde las colinas de Isno, que tan de cerca dominan el limpio valle, y que no se hubiera dirigido a ese extraordinario centro de cultura, cuando en 1537 hizo su primera expedición para buscar el río grande de la Magdalena? Y recuérdese que en Isno se encuentran huellas patentes del mismo pueblo escultor.

¿Cómo se explica que cronistas tan escru-

pulosos como el padre Simón, que visitó a Timaná cuando estaba recogiendo datos para escribir sus preciosas *Noticias Historiales*, guarde en ellas el más profundo silencio acerca de estos extraños monumentos, únicos en su clase en la dilatada región cuya historia pensaba escribir? De aquí se deduce que los conquistadores no tuvieron noticia de ellos, y que para las tribus que poblaban el territorio al tiempo de la Conquista, las ruinas de San Agustín eran ya tan mudas y tan desconocidas, tan viejas y tan misteriosas como hoy lo son para nosotros.

Debe tenerse en cuenta que las esculturas de San Agustín, obras de arte más o menos imperfectas, no han podido producirse como manifestación aislada de la cultura del pueblo que las trabajó, sino que debe presuponerse el adelanto correlativo de los otros ramos del desarrollo intelectual; y como ya se ha dicho, ningún pueblo de los que ocupaban el territorio de Colombia en la época de la Conquista había alcanzado el alto nivel social que implica la escultura en piedra.

Preciso es, pues, referir estos monumentos a una época mucho más remota, y considerarlos como impasibles restos de un pueblo y de una civilización extinguidos desde hace mucho tiempo y cuyo paso por San Agustín puede contarse quizás por decenas de siglos.

¿Cuál fué este pueblo? ¿A qué rama etnográfica perteneció? Imposible es por hoy dar respuesta precisa y categórica a estas preguntas, que se refieren a los más obscuros problemas de la historia de la humanidad, y cuya solución, velada por las sombras de innúmeros siglos, nos es aún desconocida. Sin embargo, veamos qué enseñanzas podemos derivar del estudio de estos monumentos.

## X

### EL PUEBLO ESCULTOR

Basta contemplar una sola vez las estatuas de San Agustín para comprender que se refieren a dos órdenes de ideas perfectamente distintas. Las unas, de facciones regulares y humanas, representan sin duda personajes reales, con los trajes y con las armas de su época, y tal vez en algunas se encuentran reproducidas las fisonomías de individuos determinados, cuyas formas, modeladas en piedra, se han perpetuado hasta nosotros. El padre Acosta, en su *Historia Moral de las Indias*, tomo II, página 16, dice, hablando de los incas, que «cada rey en vida hacía un ídolo o estatua suya, en piedra, la cual llamaba guaoiqui, que quiere decir hermano, porque a aquella estatua se le había de hacer la misma veneración que al propio Inca». Tales parecen, entre otras, las de las figuras 17 y 18. Las otras, de facciones deformes y monstruo-

sas, representan las divinidades y tal vez también los sacerdotes consagrados a su culto; siendo de sospecharse que aquellas figuras de aspecto menos humano se refieren probablemente a mitos o a cultos más antiguos, por esa estabilidad natural de todo lo que a la religión se refiere.

Guiados por el estudio de estas figuras, páginas soberbias talladas en grandes trozos de roca, tal vez nos sea permitido reconstituir en parte este pueblo misterioso, cuyo nombre quedará quizás para siempre ignorado.

Por ellas podemos ver que el pueblo escultor era de complexión fuerte y de musculatura vigorosa, de estatura mediana, de cabeza ancha y redonda y de facciones pronunciadas; la nariz aguileña y carnosa; los pómulos salientes, y los ojos plegados hacia afuera.

Probablemente, cada clase social tenía sus trajes especiales: los sacerdotes usaban traje talar, que les caía hasta los pies, y en la cabeza llevaban un gorro caprichosamente adornado, que les cubría la frente y la orejas. Los guerreros usaban una especie de casco, chaqueta y pantalones hasta la rodilla; por lo que conocemos, el arma principal era una gran maza. Tal vez el gorro alto, cuadrado unas veces, otras redondo como el de los turcos, que se observa en las estatuas de las figuras 8, 20 y 25, era distintivo de los letrados y fun-

cionarios civiles. El vestido popular, como el del antiguo Egipto, consistía en una camisa, en pantalones cortos y en un gorro de algodón ajustado a la cabeza por una faja ceñida sobre la frente. Tal vez la corona que se ve en la figura 18 era el adorno distintivo de los reyes, quienes además se hacían representar como teniendo sobre la cabeza figuras más o menos simbólicas, según puede verse en las estatuas de los números 17 y 18; esta última empuña un cetro, símbolo de la autoridad.

Las mujeres se cubrían la cabeza con un velo, como se usa en los pueblos orientales. El tocado, más o menos complicado, recuerda el de los antiguos egipcios, sobre todo el que los griegos conocían con el nombre de *calantica.*

Los trajes eran adornados, como se puede juzgar por las bocamangas que se ven en la mayor parte de las estatuas.

Además, usaban en las orejas grandes zarcillos en forma de discos, como los de los fenicios, y, por la estatua de la figura 11, se ve que usaban también gargantillas. Pero en ninguna parte se encuentra huella de calzado. Todas las estatuas tienen el pie desnudo.

La escultura y los tejidos estaban muy adelantados entre ellos, como lo dejan comprender las grandes y numerosas estatuas y los trajes tan variados que en ellas se ven repre-

sentados. Pero es indudable que no sabían levantar paredes; así lo demuestra la extraña construcción subterránea de sus templos. Tampoco sabían hacer cimientos, puesto que de ellos no se ha encontrado ninguna huella y sus estatuas siempre reposaban inmediatamente sobre el suelo, cuando no se encontraban en algún paraje excavado en la tierra. Sus templos recuerdan las más antiguas construcciones primitivas, los dólmenes, que precedieron a la construcción ciclópea.

Es probable que no conocieran el uso del hierro; pero sí debieron usar el cobre, metal que en estado nativo se encuentra en abundancia en la vecina región de Almaguer, y con el cual, además de otros utensilios, debían fabricar los cinceles con que trabajaban el asperón y el granito.

La organización social de este pueblo, que debía ser muy complicada, y el grado de desarrollo que en él había alcanzado la escultura, implican necesariamente variados conocimientos en las industrias y en las artes correlativas. Como todos los pueblos que se encuentran en estado de análogo desarrollo, el pueblo escultor de San Agustín debió de ser esencialmente religioso y todo el mecanismo de la vida civil estaría subordinado a las ceremonias del culto. Su teogonía, muy complicada, tenía, sin duda, un Olimpo pobla-

do por numerosas divinidades, según se deduce de las estatuas que las representaban: unas, crueles y sanguinarias; otras, derivación del primitivo *culto phallico*, como las de las figuras 4 y 19, en las cuales se veneraba la potencia generadora de la Naturaleza en sus diversas formas; oscilando entre estos dos extremos, sangre y lascivia, religión tan sombría como sanguinaria.

El Sol, representado en la gigantesca cara de la figura 16, constituiría objeto principal de adoración, alrededor del cual se agrupaban las otras divinidades; de éstas, las representadas en las figuras 2, 12 y 21, que parecen devorar el cadáver de un niño, tienen grandes semejanzas con la antigua deidad que los quitus llamaban *Supay* y a la cual sacrificaban por millares niños inocentes.

El águila, la lechuza y la serpiente eran consideradas como símbolos religiosos; esta última, sobre todo, tenía alta importancia simbólica, y relacionada con el pescado debía de representar para este pueblo el mito relativo a los orígenes de la humanidad (1).

Además, al igual de los antiguos peruanos y de todos los pueblos primitivos, debían tener dioses particulares o domésticos que,

(1) No estará por demás recordar que para muchos pueblos la serpiente es el símbolo de la caída del hombre, y el pescado el de la redención.

como los lares y penates de griegos y de romanos, se fabricaba cada cual a su antojo. Uno de éstos es, sin duda, la pequeña escultura de que hemos hablado atrás, representada en el grabado anterior.

Los sacerdotes serían también los agoreros, exhortarían al pueblo y harían públicos los augures desde la plataforma o azotea que servía de techumbre a los templos subterráneos, en los cuales se depositarían también las ofrendas de los devotos.

Terribles a la vez que imponentes serían las ceremonias de este culto sanguinario, con sus grandes sacerdotes vestidos con trajes extravagantes, oficiando en tenebrosos templos subterráneos, a los cuales se llegaba por obscuros pasillos, que eran fosos cubiertos, y con sus sacrificios humanos ofrecidos a ídolos sombríos y deformes en medio de estatuas de caras horribles y de vengativos ademanes.

## XI

### PROCEDENCIA Y RUMBO

No es posible suponer que la cultura manifestada por los monumentos que estudiamos se hubiera desarrollado aislada y espontánea en el reducido valle de San Agustín. Necesariamente esa extraña civilización, cuyas huellas, talladas en imperecederas páginas de piedra, han llegado hasta nosotros, se extendió a otras regiones, debió venir de alguna parte, y estar, por consiguiente, relacionada con otros centros de cultura.

Al hacer la descripción de las diferentes estatuas, hemos notado ya las analogías que tienen con antiguos monumentos de los quichúas, de los mayas y de los mejicanos, así como también las extrañas afinidades que presentan con la remota civilización cushita, sobre todo en lo relativo al culto y al tocado de los dioses.

La semejanza que hay entre las estatuas de

San Agustín y las que en abundancia existían en Quito y en el Perú, según las relaciones de Gomara, de Cieza de León y de otros cronistas contemporáneos de la Conquista, permite creer que unas y otras eran manifestaciones, si no del mismo pueblo, a lo menos sí de una misma civilización. Pero si se tiene en cuenta que no fué sino hasta a fines del siglo XV cuando Huayna Capac conquistó el reino de Quito, y que jamás las armas de los incas pasaron del río Mayo, preciso es considerar la civilización de San Agustín como desprendida de la quichúa en una época mucho más remota, quizás en la época del primer Imperio peruano, que, como se sabe, fué destruído en el siglo I de nuestra era. A corroborar la creencia de este antiquísimo origen vienen las relaciones conservadas por Gomara, por Oviedo y por otros cronistas, de las estatuas y ruinas, muy semejantes a las de San Agustín, encontradas por los conquistadores en el sitio de Puebloviejo, en Manta, en Esmeraldas y en Manabí; las cuales, la tradición indígena consideraba como muy anteriores a la invasión de los caras, lo mismo que los sarcófagos de Santa Elena, idénticos a los *canoas* de San Agustín.

Que la influencia peruana del primer Imperio se extendió muy hasta el Norte, lo prueba, entre otros, el hecho de que, cuando los

incas engrandecieron su Imperio con la conquista del territorio hasta Quito, encontraron en todas partes pequeños Estados, más o menos florecientes, que poseían una civilización muy adelantada, y muy semejante en idioma, en costumbres, en artes y en religión a la suya propia, como indicando que en remotos tiempos formaban un solo conjunto, desmembrado por la anarquía y por las invasiones muchos siglos antes de que Inca Rocca principiara la tarea de reconstrucción, obra que terminó con la conquista de Quito por Huayna Capac.

Además de estas consideraciones, de la semejanza de estilo en las esculturas y de las afinidades en el culto religioso—sobre todo en lo que se refiere al del sanguinario Supay devorador de niños, que recuerda el *moloc* de los fenicios, o el *mictlanteuhtli,* señor del lugar de los muertos, de los mejicanos—el origen meridional del pueblo escultor de San Agustín se pone de manifiesto con los escasos vestigios filológicos que han llegado hasta nosotros, conservados en uno que otro nombre geográfico de esa región. En la propia mesa de San Agustín, ya hemos visto que la colina principal es conocida con el nombre de *Uyumbe;* y en las regiones vecinas tenemos los nombres de *Guachicono*, *Puachicos*, *Guarapas*, *Guacallo*, *Guaracallo*, etc., nombres todos de evidente origen quichúa, cuya presencia en esos lugares,

a tanta distancia de los últimos confines del moderno Imperio de los Incas, no puede explicarse sino por medio de conquistas o de migraciones muy anteriores a la época histórica; probable es que estos nombres, de procedencia meridional, fueran impuestos por el mismo pueblo escultor, el cual debía venir de lejos, de tierras bajas y ardientes y probablemente vecinas del mar, como parecen indicarlo, según ya queda dicho, los simbólicos atributos de la serpiente y del pescado que se ven en las estatuas de las figuras 13 y 14.

¿Fué acaso San Agustín la última estancia del pueblo escultor? Imposible creerlo, y más si se tiene en cuenta que este pueblo, en su éxodo de Sur a Norte, ya tan largo hasta allí, y señalado por extraños monumentos, indelebles huellas dejadas al través de cordilleras y de valles, acababa de franquear, al caer a San Agustín, la *magna cordillera*, uno de los obstáculos más serios que tuvo que vencer en su marcha al Septentrión, encontrando ya en ese sitio climas suaves y templados y teniendo al frente dilatados horizontes.

En efecto, veinticinco leguas al norte de San Agustín, en el pueblo de San Andrés, cerca de Inzá, se encuentran algunas esculturas en piedra, de las cuales las principales son dos grandes caras, que representan el Sol y la Luna, las que con otras figuras se encuen-

tran en un pequeño adoratorio tallado en la roca viva.

Cerca de allí, en toda la región de Segovia y de Santa Rosa, se encuentran pilares de piedra en los cuales se ven figuras humanas talladas en alto relieve e idénticas a las de San Agustín.

Es seguro que al explorar esta región semisalvaje se encuentren nuevas e importantes obras que, sin duda, nos harán preciosas revelaciones sobre la prehistoria americana (1).

Como ya se ha dicho en otra parte, en las vecindades de Inzá existen extrañas necrópolis y vastas salas subterráneas, que todavía no han sido suficientemente exploradas. El doctor D. Miguel A. de Velasco nos ha dado la siguiente descripción de una de estas singulares obras: «En la base de la falda oriental de una colina está la entrada de una galería subterránea, que mide cerca de tres varas de alto por dos metros de ancho, perfectamente tra-

---

(1) Años después de escrito lo que antecede, no lejos de la ciudad de La Plata, en el sitio de Aguabonita, se encontró casualmente otra estación arqueológica, del mismo pueblo escultor, a juzgar por la descripción que de unas pocas estatuas, halladas a la ligera, hizo la Comisión que para explorar ese lugar nombró el señor Alcalde de La Plata. Al final de este estudio reproducimos ese interesante documento. Entendemos que nadie ha vuelto a ocuparse de tan importante descubrimiento.

bajada en bóveda, en la roca viva; el piso está cuidadosamente cubierto con piedras pequeñas bien ajustadas, y en toda la extensión de la galería, que es de unos 40 metros de largo, se ven a uno y otro lado tres órdenes de sarcófagos tallados en la roca y superpuestos, como las camas de un camarote; todos están ocupados por cadáveres más o menos bien conservados, pero con la singularidad de que de un lado se hallan los hombres y del otro las mujeres. Al final de la galería se abre una gran sala, en forma de rotonda, cuyo piso y paredes están cubiertos de una argamasa negra, durísima y perfectamente pulimentada; en todo el contorno de la sala se encuentra una serie de asientos. En las paredes hay varios nichos, y en uno de ellos se halló una vasija en forma de cuerno, que contenía el barniz con que están cubiertas las paredes.

Circunstancias imprevistas impidieron al doctor Velasco hacer un estudio detenido de estas singulares construcciones, las que deben considerarse como obra del mismo pueblo, cuyas huellas se ven en las esculturas de San Andrés y de Segovia. No debe olvidarse que en la época de la Conquista toda esta región estaba ocupada por los feroces páeces, considerados como una de las tribus más salvajes, y, por consiguiente, incapaces de ejecutar obras de esta naturaleza.

En toda la cordillera central, desde Inzá hasta Antioquia, se conservan, sobre todo en las sepulturas o huacas, que por todas partes se encuentran, huellas de un mismo pueblo mucho más avanzado que los que allí encontraron los españoles y que había desaparecido muchos años antes de la Conquista, aniquilado probablemente por las invasiones de los feroces caribes. Corrobora esta creencia el hecho singular de aparecer en las serranías de Abibe una nación de origen caribe, designada con el nombre de Páez y que, como sus homónimos de Tierra Adentro, tenía un pueblo llamado Suyn y otro Apirama. Estas dos naciones, ambas muy belicosas, tenían una misma organización militar y una misma táctica de combate, tan excelente, que el cronista que describe la de los Páez de Abibe, exclama lo mismo que el que describe la de los Páez del Huila: «Sus escuadrones son tan bien ordenados como no se ven en Italia.» La existencia, a tanta distancia la una de la otra de estas dos tribus, con unos mismos nombres y con unos mismos hábitos, permite comprender las vastas proporciones de la migración caribe, a cuyo empuje se destrozó el avanzado pueblo que en época anterior ocupaba sin solución de continuidad el vasto territorio comprendido desde Popayán hasta el Zenú, la tierra de las doradas necrópolis.

No puede menos que llamar la atención la

extraordinaria semejanza de los antiguos sepulcros egipcios de los valles situados entre el Nilo y el Mar Rojo, descritos por D. Eduardo Todda en su preciosa obra *Al través del Egipto*, y las sepulturas o huacas que se encuentran en toda la cordillera central, desde el río Palo hasta el Cañón de Arma, inclusive las de los quimbayas (1), quienes, como ya se ha dicho, fueron en esta región los últimos sobrevivientes del adelantado pueblo destruído por los caribes.

Probablemente a esta misma época pertenecen los sepulcros en forma de *dolmen* que en abundancia se encuentran en el tope de las pequeñas colinas del valle de San Bernardo, al oriente de Ibagué (2).

Numerosas huellas de la antigua civilización prehistórica encontró el mariscal Robledo en sus descubrimientos al través de las montañas de Antioquia. Su cronista y compañero, el escribano Sardella, en las relaciones de conquista y hablando de la travesía que hicieron desde Arma hasta Cenufana, dice: «En todo este camino hay grandes asientos de pueblos antiguos e muy grandes edificios, de caminos hechos a mano e grandes por las Sierras e me-

(1) Véase ERNESTO RESTREPO: *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los quimbayas*.

(2) *Nueva Geografía de Colombia*, por Francisco J. Vergara V., tomo II, pág. 879.

dias laderas, que en el Cuzco no los hay mayores y todo esto perdido e destruído, e no hay indio que sepa decir cómo ha sido ni de qué se ha despoblado»; y más adelante: «Salidos de aquel valle (Aburrá) la Sierra Adelante, hay muchos despoblados y caminos muy anchos, e acequias a mano, e asientos de pueblos, todo ya destruído, de grandes pueblos.»

En otra relación el mismo cronista, hablando de las ruinas encontradas cerca del pueblo de *Curqui,* en Aburrá, dice: «Visto por el capitán que hacia la parte de Arvi no se hallaba poblado, por se haber abajado mucho, él mismo con ocho de a caballo e ciertos peones a la ligera, fué a descobrir por otra parte e nunca pudo hallar poblado, puesto que halló muy grandes edificios antiguos destruídos e los caminos de peña tajada hechos a mano, más anchos que los del Cuzco» (1).

Indudablemente, las montañas antioqueñas fueron en remotos tiempos el asiento de una civilización muy avanzada, como lo demuestran las ruinas de estas grandes vías, tan semejantes a las gigantescas calzadas peculiares de la poderosa civilización desarrollada en las riberas del lago de Titicaca, anterior en muchos siglos al reciente Imperio de los Incas.

(1) *Colección de documentos inéditos.* A. B. Cuervo. Tomo II, pág. 407.

Quizás el adelanto relativo de los zenúes y de los quimbayas no sería sino el lejano reflejo de esta antigua civilización, extinguida por completo en nuestro territorio desde hace muchos siglos, junto con el pueblo misterioso que la desarrolló.

Mucho más al Norte, desde Azuero (1) y Chiriquí hasta Nicaragua y el Salvador, se encuentran en toda la región ístmica grandes ruinas, algunas de las cuales deben referirse a esta misma remota civilización.

Importantes a este respecto son las ruinas que existen cerca de la ciudad de Comapa, en la República del Salvador, conocidas con el nombre de *Cinaca Mecallo*. En la relación que de ellas hace el doctor José Antonio Urrutia, cura de Jutiapa, menciona pasajes subterráneos análogos a las de San Agustín. Allí se ven también las imágenes del Sol y de la Luna, talladas en la roca, como en San Andrés de Inzá, y la figura de un animal silvestre, tallada en alto relieve en una piedra de gran tamaño, que recuerda el mono del grupo de Uyumbe, en San Agustín. Aquí, como en las ruinas de Curqui, encontradas en Antioquia por el mariscal Robledo, y en las de Uyumbe de San Agustín, llama la atención el nombre

---

(1) Véase E. Reclus: *Geografía de Colombia*, pág. 354. Nota del señor Francisco J. Vergara V.

del sitio, *Cinaca Mecallo*, de apariencia netamente meridional.

Si todos estos monumentos pertenecen a una misma civilización, debe creerse que aunque las huellas se encuentran por tierra, parte de los emigrantes meridionales llegaron por mar al Salvador, lo que nada tiene de extraño si se recuerda que aun en la época de la Conquista, cuando ya había decaído la avanzada civilización que en siglos anteriores había florecido en el norte del Ecuador, la comunicación naval de los pueblos del Sur con la región ístmica era muy frecuente. El licenciado Andagoya, en su *Relación de Conquista*, escrita en 1541, dice que a la provincia de Cochama, cerca del golfo de San Miguel, en Panamá, llegaban por mar, todas las lunas llenas, multitud de gentes del Birú, de donde viene el nombre de Perú, a los cuales los cochamas tenían tanto miedo, que ya no se atrevían a salir a pescar en el mar. Probablemente en época anterior, estas relaciones fueron más fáciles y frecuentes.

En la provincia de Birú, que estaba situada en la región del río San Juan, sobre las costas del Chocó, el mismo Andagoya obtuvo de los naturales noticias exactas del Imperio de los Incas y del esplendor de la ciudad de Cuzco, hasta en sus menores detalles. Y la existencia de esta rica nación era conocida de los pue-

blos de Panamá y de la América Central, tanto de los situados sobre la costa del Mar del Sur, como de los que vivían sobre la costa del Atlántico; lo que implica la existencia de relaciones frecuentes entre el Perú y estas tribus.

De suerte que Centroamérica no sólo es el lazo material que une las dos grandes porciones del Continente, sino que en la estrecha cinta de su territorio vinieron a encontrarse las dos grandes razas, la del Norte y la del Sur, cuyos vestigios y cuyas ruinas se ven hoy como incrustadas unas en las otras, formando el más curioso y variado mosaico, tanto arqueológico como etnográfico.

A esta misma conclusión llegó uno de nuestros más profundos pensadores y estadistas, D. Sergio Arboleda, conducido por la poderosa lógica de sus estudios sociales. Dignas de recordarse aquí son sus palabras: "Lo que es América en grande, es en pequeño la Capitanía general de Guatemala. Estudiando sus provincias, puede formarse idea del Continente entero. Sus grupos de población aislados se diferencian tanto unos de otros como las grandes colonias. En ninguna parte reina más espíritu de provincialismo, pues no hay entre sus diversas provincias vínculo ninguno de unión, ni interés que los lleve a la unidad... Honduras y Salvador aparecen con fisonomía

análoga a la de Caracas y Nuevo Reino; y Nicaragua, con la eterna discordia de sus pequeñas ciudades, será la muestra y retrato en miniatura de la América entera" (1).

(1) Véase *La Colonia: Su constitución social*. Bib. Popular, pág. 281.

## XII

### ¿LOS AZTECAS?

CUÁL fué este pueblo misterioso que, en siglos tan lejanos, dejó estampadas las huellas de su paso a lo largo de los Andes?

¿Acaso fueron los aztecas, a quienes notables americanistas asignan un origen meridional?

Algunas razones se han aducido en favor de esta opinión.

El mapa de las migraciones aztecas señala el punto de partida de esta nación con el signo del agua, *atl*, por *aztlan*, colocado encima de un templo de forma piramidal, en cuya vecindad se ve una palmera, vegetal que, seguramente, indica una región de la zona tórrida (1).

El lugar pantanoso designado por el signo del agua, como *aztlan* o *atlan*, ¿tendrá alguna relación con las costas, también pantanosas, del golfo de Urabá, en donde existía una antigua población con ese nombre, que los con-

(1) HUMBOLDT: *Monumentos de los pueblos indígenas de Méjico*, pág. 345.

quistadores convirtieron en *Acla?* En ese caso el territorio del Darién sería el último asiento de este pueblo en la América meridional y desde el cual se lanzó hacia el Norte hasta la mesa de Anahuac, en donde, después de larga servidumbre, arrebató el poder a los refinados toltecas.

Rezagos probables, desprendidos de la masa de esta migración, son los grupos aztecas que, incrustados entre mayas y entre toltecas, se encuentran en todo el sur de Méjico y en Centroamérica, siendo los principales de éstos los niquiranes o nicaraguas; y algunas de las tribus encontradas en Panamá, como los cuarecas, los huistas, los guachimíes y otras, que también pertenecían a esta familia (1).

No debe olvidarse que los aztecas poseían una civilización muy inferior a la de los toltecas, y que se distinguían por sus costumbres rudas y por sus instintos sanguinarios. Sin embargo, desde época remota habían aprendido a labrar la piedra.

---

(1) El sabio profesor Pornanski, quien tan atentamente ha estudiado por largos años las grandes ruinas de Tiahuanaco, sostiene que las grandes civilizaciones precolombinas del Perú, Ecuador, Colombia, Centro América, Yucatán y Méjico, han tenido su origen en el Altiplano Andino, de donde se esparcieron, y por las costas del Pacífico llegaron hasta Méjico. Véase *Tiahuanaco. Una metrópoli prehistórica.* Guía ilustrada. Página 51.

## XIII

### ORIGEN PERUANO

El origen de la civilización americana ha sido, desde que se descubrió el Nuevo Continente, el problema que con mayor persistencia ha excitado la curiosidad humana, tanto por las múltiples seducciones que presenta, como por las misteriosas sombras que lo velan, sin que hasta el día se haya presentado solución satisfactoria.

Parece cierto, sí, que esta civilización no se produjo espontáneamente ni en la mesa de Anahuac ni en las riberas del lago de Titicaca, sino que sus gérmenes, de procedencias muy distintas, fueron importados de allende los mares, probablemente en épocas sucesivas, pero sí muy remotas. De aquí el carácter peculiar de la cultura americana, que es como la resultante de las más antiguas civilizaciones que registran los anales de la Historia, en la

cual se ven mezclados y confundidos rasgos peculiares a las antiguas razas primitivas.

Por lo que hace a los antiguos peruanos y quitus, cuya prehistoria se roza tan de cerca con San Agustín, tradición constante de todos los pueblos que vivían sobre el Pacífico, desde Tiahuanaco hasta el reino de Quito, fué la de que los primeros civilizadores de su territorio arribaron a la costa, cruzando en grandes embarcaciones los dilatados mares de Occidente, y que eran hombres barbados y blancos, como los españoles compañeros de Pizarro y de Belalcázar; idénticas tradiciones conservaban los mejicanos de la costa del Pacífico.

Si tales tradiciones se refieren a hechos positivos y verdaderos, ¿de dónde pudieron venir estos primitivos colonizadores?

Seguramente no fué de Méjico ni de la América Central, como algunos creen, puesto que ni la posición relativa de estos países, ni el rumbo de la navegación, naturalmente costanera para llegar al Perú, responden a la tradición de que esos hombres venían de tierras situadas en las profundidades remotas del Poniente. Además, el núcleo de esa civilización lo encontramos en la mesa de Titicaca y sus ramificaciones siguen hacia el Norte, por la costa del Ecuador hasta el centro del territorio colombiano, encontrándose sus vestigios

en las ruinas de San Agustín, en las esculturas de Inzá y de La Plata, y en las antiguas calzadas y ruinosas construcciones encontradas en las montañas de Antioquia por los primeros conquistadores; huellas que se debilitan hasta desaparecer, a medida que se avanza más al Norte; y, naturalmente, sucedería lo contrario si en esta dirección estuviera el núcleo de la cultura peruana, la que, dicho sea de paso, sólo presenta remotas analogías con la desarrollada en Yucatán y en Méjico, insuficientes en absoluto para suponer una de esas civilizaciones como derivada directamente de la otra. Tales analogías, cuando mucho, hacen sospechar cierta comunidad de origen en los primeros tiempos de un remoto pasado.

No siendo Méjico ni Centroamérica el origen de la antigua civilización peruana, la patria lejana de los grandes constructores de Tiahuanaco y de Manta, como ya lo insinuaron Gomara, el padre Velasco y otros historiadores coloniales, debe buscarse más directamente al Occidente, en las numerosas islas de la Polinesia, centro, en pasados tiempos, de una civilización tan antigua como misteriosa, según puede colegirse de las grandiosas y extrañas ruinas que en ellas se conservan, muchas de las cuales presentan sorprendentes semejanzas con las más antiguas del Perú. Dignas, sobre todo, de llamar la atención son

las grandes esculturas en piedra, de las islas Davis, análogas a las que Pizarro encontró en Manta y en Puertoviejo, y a las que hoy todavía vemos en la retirada meseta de San Agustín. Dato precioso que corrobora las tradiciones de los incas, recogidas por los infatigables cronistas españoles (1).

Probable es que esta antigua civilización polinesia derivase del Imperio malayo, designado ya en las Purannas con el nombre de *Yamala-dwipa*, como una de las siete grandes divisiones de la tierra, el cual, aunque en estado de completa decadencia, existía todavía cuando los portugueses visitaron por primera vez el Océano Indico y la patria favorecida de las especias. Y, sin duda, directa o indirectamente, sufrió la influencia de la remota civilización cushita, cuyas huellas, conservadas en los tocados y en los trajes, en las construcciones y en algunos vestigios religiosos de pueblos prehistóricos americanos, como el de San Agustín, por ejemplo, sorprenden y confunden al investigador, que en

(1) El doctor Edmundo, quien, como jefe de la expedición organizada por el Instituto Carneggie para la formación de la carta magnética, visitó no hace muchos años las islas Davis o Pascua, pertenecientes a Chile, dice que sus habitantes, en número de 200, pertenecen a la raza polinesia, y que nada saben respecto de quiénes trabajaron las numerosas estatuas de piedra que allí se encuentran.

ellas descubre analogías con egipcios o con fenicios, naciones desprendidas de la primitiva tierra de Cush.

La posibilidad, por no decir la certidumbre, de la influencia cushita sobre las grandes islas del Mar de las Indias, se pone fuera de duda si se considera que esa civilización es tenida como la más antigua y que los pueblos de esa raza siempre se distinguieron por su espíritu atrevido y aventurero, manifestado, principalmente, por grandes empresas navales, pues eran tan audaces y excelentes marinos como hábiles negociantes. Homero los describe como "poblando hasta los confines de la tierra, desde donde se levanta el sol hasta donde se oculta". Por este mismo espíritu se hicieron poderosos más tarde fenicios y cartagineses, ambos pueblos cushitas. Y los cushitas, que en la India habían desarrollado una poderosa civilización, muy anterior a la llegada de los aryas, debían necesariamente hacer con frecuencia viajes a las grandes islas, y tal vez también intentaron establecer en ellas colonias marítimas, cosa natural dado el espíritu de la raza; y quién sabe si adelantaron aún más en su rumbo hacia el Poniente.

## XIV

### AFINIDADES CON EL ARTE MEJICANO

Como se ha hecho notar ya en la correspondiente descripción, las esculturas de San Agustín ofrecen en muchos de sus detalles grandes analogías con las producciones del antiguo arte mejicano, sobre todo en lo que se refiere a las figuras de carácter religioso, algunas de las cuales ofrecen entre sí sorprendente semejanza, como es la que existe entre la estatua que estaba colocada en uno de los templos, detrás de la representada en la figura 5, y uno de los ídolos de Tamaulipas (1), siendo idénticos, en uno y en otro, la postura, las facciones, la túnica y el gorro; éste último recuerda el usado por los antiguos egipcios, según se ve reproducido en muchas figuras del primitivo Imperio faraónico.

---

(1) Véase *Méjico al través de los siglos*, tomo I, página 264.

En las estatuas de San Agustín se representa íntegro, con singular persistencia, todo el sistema dental con los colmillos cruzados y extraordinariamente crecidos, y este detalle extraordinario, que sin duda obedece a una aberración del arte y de las ideas que le han dado nacimiento, se encuentra con frecuencia en muchas caras de las divinidades mejicanas. Entre otras, así está representado en la piedra de Tuxpán el dios Tzontemoc, el que cayó de lo alto. Las extrañas facciones de esta misma divinidad, para no citar otras, están deformadas en el mismo sentido que las de muchas de las estatuas de San Agustín, sobre todo en las representadas en los números 12, 22 y 23, en las cuales, como en el dios mejicano, de la nariz cruciforme se desprenden en forma de bezotes largos apéndices laterales. Las auréolas que adornan estas mismas figuras, y principalmente la del número 24, son iguales a las que se ven en algunos ídolos quiches y en varias obras de cerámica de nachan. Y en la corona o mitra de algunas diosas mayas se reproduce con frecuencia la figura simbólica que se ve en algunas estatuas de San Agustín.

El dios mejicano Mictlanteuhtli—Señor del lugar de los muertos--se representa con frecuencia devorando un niño, circunstancia que recuerda algunas de las estatuas de San

Agustín, principalmente las de las figuras 12 y 21. Ya antes habíamos llamado la atención hacia la notable semejanza que existe entre las estatuas representadas en las figuras 13 y 14 y las más antiguas esculturas mejicanas, sobre todo con el hacha gigantesca de Veracruz y con la gran cabeza diorítica de Huayepan. Esta última presenta sobre la nariz una incisión cuneiforme muy semejante al adorno que se observa sobre la cabeza del águila de San Agustín y sobre la nariz de la horrible cara de la figura 12, el cual recuerda un signo sagrado del antiguo Oriente.

El gorro o tocado, de estilo egipcio, ceñido a la frente y con un apéndice que cae por detrás cubriendo las orejas, tan comunes en las esculturas de San Agustín, se encuentra con frecuencia en las estatuas mejicanas y principalmente en las antiguas figuras mexicas; estas últimas se ven igualmente vestidas con pantalones y chaquetas con mangas, adornadas con bocamangas, como las del pueblo escultor cuyas obras venimos estudiando.

Pero más que en estos detalles es en los rasgos generales que forman el estilo en donde se ve la afinidad que existe entre las esculturas de San Agustín y muchas de las producciones del antiguo arte mejicano, con sus caras anchas y aplanadas y con sus mascarones de facciones horriblemente deformadas,

según se ven en las decoraciones de las antiguas ruinas, conocidas con los nombres de *Las Monjas* y de *Casa del Gobernador*.

Tantas analogías y tantas semejanzas no se pueden admitir como simple obra de la casualidad; pero como, por otro lado, existen también grandes diferencias entre el uno y el otro, preciso es remontar a una época muy antigua, anterior al completo desarrollo de la civilización mejicana, para encontrar el punto de contacto que debió existir entre los escultores de San Agustín y algunos de los pueblos que primero se fijaron en el territorio de Méjico en época anterior a la brillante civilización desarrollada por los toltecas, quienes, como es sabido, hace cerca de treinta siglos que se establecieron en las mesas de Anahuac.

Como las afinidades entre las esculturas mejicanas y estas de San Agustín sólo existen en las figuras de carácter religioso, y las referentes al tocado y a otros detalles presentan a su vez grandes semejanzas con los antiguos pueblos de origen cushita, no sería aventurado suponer que ellas derivaran de los remotos tiempos anteriores a aquellos en que pueblos de esta raza emprendedora y aventurera dieran principio a las grandes migraciones que, más tarde, hicieron decir al viejo Homero que los etíopes o cushitas ocupaban la

tierra de extremo a extremo, desde donde se levanta el sol hasta donde se oculta.

Bien conocidas son las tradiciones de la América Central, de Yucatán y de Méjico, que hacían venir de los mares del Levante a sus primeros civilizadores, los *colhuas*, hombres blancos y barbados, fundadores de las grandes ciudades, cuyas ruinas se ven en Palenque, en Mitla, en Quirigua y en Copán.

Muchos siglos han debido pasar, innúmeras generaciones han debido sucederse para que las grandes diferencias que, por otro lado, separan el arte de San Agustín del arte mejicano, se hayan podido producir, conservando en común solamente, si es que han tenido un mismo remoto origen, ciertas insignias y ciertos símbolos religiosos que, por la misma estabilidad natural propia de su carácter, han persistido al través de los tiempos y por encima de las innovaciones y de los cambios que, acumulándose lentamente en el transcurso de los siglos, dan por resultado civilizaciones especiales que originan el desarrollo o la decadencia de los pueblos.

## XV

### LA ATLÁNTIDA

La sana crítica en el estudio comparativo de los mitos y de las tradiciones comunes a los pueblos del antiguo Continente y de la América Central, casi disipan toda duda acerca de la existencia de antiguas relaciones entre los unos y los otros, bien directamente, o, lo que es más posible, por la mediación de los atlantes legendarios, quienes probablemente pertenecían a la gran familia hamita.

Dignas a este respecto de llamar la atención son las tradiciones confiadas a Solón por los sacerdotes de Sais, de Heliópolis y de Psenophis, como pertenecientes a los albores de la historia griega, cuyo recuerdo, conservado por Platón, es como sigue:

"Entre los grandes hechos de Athenas (Minerva) cuyo recuerdo se conserva en nuestros libros—decían los sacerdotes egipcios—, hay uno que debe ser estimado como supe

rior a los demás. Nuestros libros dicen que los atenienses destruyeron un ejército que vino cruzando el Atlántico y que atrevidamente invadió la Europa y el Asia, pues este mar era entonces navegable, y más allá del estrecho donde ustedes los griegos colocan las columnas de Hércules, había una isla mucho mayor que Asia (menor) y Libia reunidas. De esta isla se podía pasar fácilmente a otras islas, y de éstas, al Continente, situado alrededor del mar interior. El mar, de este lado del estrecho (el Mediterráneo) del cual hablamos, parece un puerto con una entrada angosta; pero es un verdadero mar, y la tierra que lo rodea un verdadero continente. En la isla de Atlantes reinaban tres reyes con grande y maravilloso poder. Tenían bajo su dominio todo Atlantes, varias otras islas y alguna parte del Continente. En un tiempo su poder se extendió por Lybia y por Europa hasta Tyrrenia, y uniendo todas sus fuerzas intentaron destruir de un golpe nuestros países; pero su derrota contuvo la invasión y dió la independencia a los países situados de este lado de las Columnas de Hércules. Después en un día y en una noche fatal se sucedieron poderosos terremotos y grandes inundaciones, que sumergieron aquel belicoso pueblo; Atlantes depareció bajo el mar, y desde entonces ese mar se hizo inaccesible y su nave-

gación se acabó a causa de la gran cantidad de lodo que las islas sumergidas dejaron en su lugar" (1). En conmemoración de la victoria sobre los Atlantes, Erichtonius instituyó en 1500, antes de nuestra era, las suntuosas fiestas de Panathena.

Cuando los sacerdotes egipcios comunicaron a Solón estos recuerdos conservados en sus viejos libros, le aseguraron que los griegos no tenían el menor conocimiento de la antigüedad y que ni aun siquiera sabían lo que en tiempos remotos había sucedido en su propia patria.

Que en el occidente de Europa y de Africa se había desarrollado en época muy anterior a los tiempos históricos una civilización muy adelantada, lo prueba, entre muchos testimonios, el hecho de que cuando los tirios pasaron por primera vez las Columnas de Hércules y fundaron la ciudad de Cádiz mil cien años antes de nuestra era, encontraron en toda la costa de España poblaciones ricas y florecientes, y ya en esa época la opulenta ciudad de Tartessus, el Tarshish de la Biblia, estaba en plena decadencia y próxima a la ruina.

En los antiguos Códices de Centroaméri-

(1) Traducción de Cousin, citada por el abate Brasseur de Bourbourg.—J. D. Baldwing: *Ancient America*, página 177.

ca, según el abate Brasseur de Bourbourg, se conserva también el recuerdo de la inmensa catástrofe que destruyó por medio de terribles convulsiones el continente que existía sobre el Atlántico y cuyos vestigios serían las Antillas y los bajos fondos que se extienden entre la América y el Africa. Según estas tradiciones, tres fueron los principales cataclismos que tuvieron lugar, aunque a veces se mencionan uno o dos más, en los cuales, "la tierra, violentamente sacudida por horribles terremotos, quedaba sumergida por la acción combinada de las olas del mar y del fuego de los volcanes". Cada convulsión destruía nuevas porciones de tierra hasta, que el todo desapareció, quedando la costa tal como se encuentra hoy. Muchos de los habitantes fueron destruídos; pero otros huyeron en embarcaciones o se refugiaron en las más altas montañas o en las porciones de tierra que por el momento habían escapado de la destrucción (1). Es probable que algunos de los que se escaparon del inmenso desastre se refugiaran en Centroamérica o en Yucatán, en donde el recuerdo de la catástrofe se conmemoraba en las grandes fiestas que celebraban en el mes *Izcalli*, en las cuales los príncipes y el pueblo humildemente imploraban de la divi-

(1) J. D. BALDWIN: *Ancient America.*

nidad el que no se repitieran tan terribles calamidades.

Gomara, quien parece haber sido el iniciador de la teoría de la civilización atlántida en América, la que con extraordinaria erudición desarrolló en su *Historia General,* es el primero en observar que las palabras *atlas*, *atlantes*, *atlántico*, *atlántida*, referentes todas a las tierras fabulosas sumergidas en el Océano por los grandes cataclismos, cuya etimología es extraña a todos los idiomas conocidos del antiguo mundo, tienen su raíz en el Nauhatl de Méjico; en efecto, en este idioma *atl* significa agua, guerra y también el ápice de la cabeza. De aquí se forman muchas palabras, entre ellas *atlan*, que quiere decir en la orilla o en medio del agua, de donde, naturalmente, viene atlántida para expresar la isla, y atlántico, nuestro adjetivo, para designar el océano que la encerraba; *atlaza* es combatir o surgir de entre el agua, y su pretérito hace *atlaz*. La antigua ciudad de *Acla*, sobre el golfo de Urabá, en donde Pedrarias hizo dar muerte a Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Mar del Sur, era primitivamente conocida con el nombre de *Atlan*.

Si en realidad la Atlántida y los atlantes existieron, lícito es suponer que por su mediación llegaron a Méjico y a la América Central las manifestaciones propias de la civiliza-

ción cushita que en las ruinas y en las tradiciones de esta región se conservan, tanto más cuanto ese legendario pueblo, según el recuerdo de los libros egipcios, dominó por mucho tiempo sobre las costas de España y de Africa occidental, en donde, como ya hemos visto, en tiempos anteriores a los históricos vivían pueblos cushitas en plena prosperidad. Así como las huellas que de esta misma remota civilización se encuentran en el Perú, en el Ecuador y en San Agustín, si no se han producido espontáneamente en estos lugares, lo que no es de creerse, deben reputarse como importadas por los antiguos pueblos polinesios. Natural es que en el largo transcurso de los siglos necesarios para efectuarse tan vastas migraciones se produjeran notables diferencias entre los dos rumbos, conservándose, sin embargo, en ambos, inequívocos vestigios de la cultura y de las creencias primitivas, sobre todo en lo que se refiere a asuntos y a símbolos de carácter religioso, menos expuestos a cambios y a mudanzas. Y esto es lo que sucede en Méjico, en el Perú y en San Agustín, en donde la mayor parte de los caracteres que ponen en contacto estas misteriosas civilizaciones pertenecen también a primitivos pueblos cushitas del antiguo Oriente.

Además, no sería improbable que, tanto los pueblos del Norte como los del Sur, en el cur-

so de sus migraciones hubieran tenido fusiones parciales de modo que los unos se hubieran asimilado parte de la cultura de los inmigrantes; y, según los vestigios que en toda la América se encuentran, estas migraciones han sido tan numerosas y han producido superposiciones tan complicadas como las que se registran en la vieja Europa.

## XVI

### LOS NEGROIDES EN AMÉRICA

En la correspondiente descripción, ya hemos hecho notar que en las estatuas de las figuras 13 y 14, de apariencia antiquísima y representadas con singulares atributos, están fielmente reproducidas las facciones características del tipo negroide; hecho significativo que no es único en América y que se repite en las más antiguas esculturas mejicanas, tales como en la gran cabeza diorítica de Huayepan y en el hacha gigantesca de Veracruz, con la cual sobre todo presenta grandes analogías una de las estatuas mencionadas.

¿Acaso estos dos hechos concordantes significan que en remotos tiempos la América estuvo ocupada por gentes de raza negra?

Corrobora esta hipótesis el que los conquistadores encontraron dispersas en toda la extensión del Nuevo Mundo pequeñas tribus que fueron desde el primer momento consideradas como negras. A este respecto no estará por de más recordar que Vasco Núñez de Balboa, en su expedición para el descubrimiento del Mar del Sur, encontró, con gran sorpresa, al decir de Gomara, que los cuarecas de Panamá poseían esclavos negros, los que obtenían, según dijeron, de tierras lejanas (1).

Además, los negros figuran con frecuencia en las más remotas tradiciones de algunos pueblos americanos. Algunas tribus del Darién dicen que cuando por primera vez llegaron sus antepasados a esa región, estaba ocupada por hombres pequeños y negros que luego se retiraron a los bosques; y los payas y tapalisas, de los Cuna-cunas, hacen remontar su origen a un hombre y a dos mujeres, una india y otra negra, que vivían a orillas del Tatarcuna (2).

A esta raza, sin duda, deben referirse los antiguos esqueletos de estructura muy distinta de los de la raza roja americana que en va-

---

(1) GOMARA: *Historia General de Indias*, parte primera.

(2) ERNESTO RESTREPO: *Un viaje al Darién.*

rios puntos del continente se han encontrado desde Bolivia hasta Méjico. Dignos de atención a este respecto son los dos cráneos, de exagerado prognatismo, de frente rebajada, de apófisis desarrolladas y de fuertes arcos supercilares, encontrados en las montañas de Sumapaz por el ilustrado profesor señor doctor Juan de Dios Carrasquilla, los que en un todo recuerdan el cráneo del viejo de Cromagnon.

Posible es, pues, lo repetimos, que en época antiquísima la *joven* América fuera también continente negro y que los otomíes de Méjico, los caracoles de Haití, los arguahos de Cutara, los aravos del Orinoco, los porcijís y los matayas del Brasil, los manabís de Quito, los chuanas del Darién y los albinos de Panamá, sean los restos de la raza negroide autóctona, sobre la cual se formó posteriormente la llamada roja o americana.

En este caso, las dos estatuas de que venimos hablando, así como sus semejantes las mejicanas, no serían sino reminiscencias que de los primitivos naturales conservaron los invasores que en seguida se adueñaron del continente.

Quizás algún día, al disiparse las densas sombras que ocultan el remoto pasado de la prehistoria americana, se descubran para la ciencia horizontes brillantes y desconocidos,

velados hoy por tinieblas tan profundas como misteriosas (1).

---

(1) **Nuestros monumentos arqueológicos.**

LA PREHISTÓRICA CIUDAD DESAPARECIDA HACE SIGLOS

Hace algún tiempo dimos cuenta del casual hallazgo de una prehistórica ciudad desaparecida hace siglos, señales de una civilización adelantada. La ciudad arqueológica fué descubierta por un indio vecino de la región, situada a inmediaciones de La Plata. Sobre este interesante asunto el señor gobernador del departamento del Huila ha enviado al Ministerio de Gobierno el siguiente informe oficial, rendido al alcalde de La Plata por la Comisión nombrada para hacer una minuciosa exploración.

He aquí los datos de la Comisión:

«Señor Alcalde municipal.

Presente.

En cumplimiento de la exigencia que nos hizo para rendir un informe detallado sobre el tesoro arqueológico hallado en Agua-Bonita, gustosos accedemos a sus deseos.

Al occidente de la ciudad de La Plata, y a 40 kilómetros de ella, se halla situado un vallecito irregularmente plano, regado por la quebrada de Moscopán, la que se presenta en su parte superior oprimida por dos colinas que en seguida se abren para rodear el valle y cerrarlo más abajo, volviendo a estrechar la corriente caudalosa de la misma quebrada, que de ahí en adelante se precipita formando abismos de una profundidad que aterra al explorador.

Por lo que se observa, este valle fué asiento de una ciudad muy antigua, de la que no tuvieron conocimiento

los cambis, tribu que moraba en el valle del Plata en tiempos del descubrimiento. A nuestro modo de ver, perteneció a una tribu de la raza maya, que fué la que primero pobló estas regiones, como también las de San Agustín, y tuvieron que ser tribus contemporáneas, ya por su eliminación simultánea, como por la semejanza en sus monumentos. También demuestra la antigüedad de la ciudad extinguida la corpulencia de los árboles con que fué cubierto hasta hace poco el valle aludido. Una circunstancia confirma esta creencia: por el Nordeste atraviesa a dicho valle un camino banqueado, sumamente antiguo a juzgar por los enormes árboles que hoy lo obstruyen. Dicho camino, dicen los cazadores, corre en dirección Sur por las montañas de Oporapa y Saladoblanco, hasta ponerse frente a San Agustín; luego atraviesa el Magdalena, y hay vestigios de él hasta dicho pueblo. Una prueba más: ricas son las minas de sal gema que se han encontrado y aun explotado en algún tiempo en el valle del Plata y sus cercanías. Tal parece que este camino fué la vía comercial que sostuvieron por muchos años las tribus a que nos referimos. Don Carlos Cuervo Márquez sostiene que los escultores de San Agustín pertenecían a una época muy remota y a una nación extinguida hace siglos, y hace notar la afinidad, muy marcada, entre las estatuas de San Agustín y las esculturas mejicanas. Nosotros llamamos la atención sobre la afinidad entre las esculturas halladas en Agua-Bonita por el indio llamado Cotacio y las de San Agustín, y nos atrevemos a asegurar que es mucho más perfecto el arte y la historia muda en el presente hallazgo.

Con el único y exclusivo objeto de practicar una visita en el lugar que hemos descrito, lo excursionamos en los días 26 y 27 de Septiembre último. De lo que pudimos ver y observar damos el siguiente informe:

En el valle de Agua-Bonita, fracción de Moscopán, hay un tesoro arqueológico que da a conocer la antiquí-

sima existencia de una gran ciudad que los siglos o un horrendo terremoto destruyó, y que hoy, por medio de unas excavaciones insignificantes, nos vienen a hacer conocer su existencia y los rasgos salientes de una civilización extinguida. Tres estatuas vimos y medimos, talladas en piedra granítica: una representa un guerrero en actitud de centinela; mide, sin su pedestal (que es un trozo de cono muy perfecto de 58 centímetros), 150 centímetros de alto, y de hombro a hombro 77 centímetros; tiene cabeza y región frontal muy abultada; ésta y la cara es la de un mono adulto; el resto del cuerpo sí es perfectamente el de un hombre con un manto que le baja hasta los pies. Los lagrimales y los ojos le bajan oblicuamente casi hasta el labio superior. Tiene asida de las manos, y bien pegada al pecho, una asta, cuya lanza sube hasta ponerse debajo y tocar la barba del guerrero. Se asemeja mucho a los mitológicos cíclopes. Fué sacado este monolito de debajo de una enorme raíz de camuz, árbol cuya grosura mide 154 centímetros. Al golpear esta piedra se observa un sonido sordo metálico.

La segunda no tiene cabeza: ha sido partida por el cuello. Revela ser el jefe de los sacerdotes o pontífice. En la mano derecha empuña un cetro y en la izquierda un copón o copa; estos objetos los lleva bien asidos al pecho en forma vertical. Sobre el pecho le cae un trozo de collar, que llevaría alrededor del cuello. Parece estar desnuda; únicamente en contorno de la cintura aparece ceñida con un cordón o cíngulo, que da cuatro vueltas, y así forma una faja ancha; las puntas de ésta caen, una hacia adelante y la otra hacia atrás. Vista por la espalda, se ven bien formados los muslos y las pantorrillas. Las dimensiones son las mismas de la anterior. Fué sacada de debajo de la raíz de un caucho, que tiene dos metros de circunferencia en la parte más baja del tronco. La cabeza (que probablemente se hallará) hará conocer a qué sexo pertenece, porque es difícil distinguirlo

ahora; nos inclinamos a creer que representa una figura femenina. El pedestal, como el de todas las estatuas, constituye una misma pieza.

Por último, a unos 40 metros de las ya mencionadas, sacamos otra estatua que estaba enterrada; sólo la cara y la mayor parte del pecho se le veían. Está partida por la cintura; sin duda es la más importante. También es, con el pedestal, un monolito cuya altura total alcanza a 185 centímetros. Mide de una a otra sien 33 centímetros. La cara es ancha y aplanada; ojos, boca y narices apenas perceptiles; orejas grandes. Cubre la cabeza una toca cuyas puntas le caen hasta los hombros, dejándole descubiertas las orejas. La túnica, que le cubre hasta los pies, tiene mucho de simbólico; saca únicamente los antebrazos; en las muñecas ostenta anchas pulseras; con las manos tiene asido al pecho un cayado que le baja oblicuamente desde el hombro derecho hasta la base. La túnica, de las rodillas para abajo, tiene figuras bien trazadas. Por detrás está cubierta con el mismo manto, sobre el cual va una especie de casulla que cubre hasta un poco abajo de la cintura; sobre éste viene otro manto más angosto que cubre hasta la región dorsal; ambos bajan desde la frente. Visto desde alguna distancia este tronco—el cual logramos poner en actitud vertical entre cinco hombres—se adivina una reina imponente por su semblanza y los atavíos imperiales, que le imprimen cierta majestad.

Estas estatuas, aunque grandes, no son desproporcionadas y se puede admirar en ellas el esmerado esfuerzo que pusieron los escultores de aquella época.

Un poco más arriba está una mesa de piedra de 180 centímetros de longitud por 90 centímetros de latitud.

Seguro es que a poca profundidad puedan descubrirse en ese lugar nuevos y más preciosos monumentos, que constituirían un bello punto de partida para entrar en investigaciones prehistóricas.

Que se estimule a la juventud por quienes tengan medios de hacerlo, y que en esta materia se le den alas para que, cual nuevos exploradores, vayan a los campos desconocidos a desenterrar valiosos tesoros de tradición para enriquecer nuestros anales patrios.

De usted atentos servidores, *Victor Trujillo*, *Bernardino Montealegre*."

# INDICE

Páginas.

ADVERTENCIA..... 5

TIERRA ADENTRO

I.—De Caloto a Toribío..... 9
II.—Ruinas de Caloto Viejo..... 16
III.—De Toribío a Jambaló..... 21
IV.—El puente de piedra..... 25
V.—Pitayó..... 31
VI.—El páramo de Moras..... 35
VII.—Destrucción de San Sebastián de La Plata 38
VIII.—Vitoncó y Huila..... 42
IX.—El valle de Huila..... 46
X.—Ruinas de San Vicente de Páez..... 49
XI.—La Laguna..... 52
XII.—Las montañas de la Símbola..... 57
XIII.—Vallenuevo..... 61
XIV.—En la montaña..... 64
XV.—Cacería de la danta..... 72
XVI.—El Nevado..... 75
XVII.—El camino de Belalcázar..... 82
XVIII.—Nuestros quinales..... 84
XIX.—Pueblo prehistórico..... 87

Páginas.

XX.—Destrozos de una avenida..... 91
XXI.—Floras diferentes..... 95

EL LLANO

I.—De Bogotá a Villavicencio..... 101
II.—En la selva..... 110
III.—El Eunectes..... 115
IV.—San Martín..... 119
V.—La salida del sol..... 121
VI.—La flora del llano..... 125
VII.—En el llano..... 129
VIII.—La serranía..... 133
IX.—El Ariari..... 136

FLORA COLOMBIANA

Su régimen altimétrico..... 147
De 0 a 1.000 metros sobre el nivel del mar.. 149
De 1.000 a 1.800 metros..... 153
De 1.800 a 2.400 metros..... 156
De 2.400 a 3.000 metros..... 158
De 3.000 a 4.000 metros..... 163

SAN AGUSTÍN

I.—El pueblo y la meseta..... 167
II.—El grupo de Uyumbe..... 172
III.—El pueblo..... 183
IV.—Los adoratorios..... 191
V.—El cementerio de los sacerdotes..... 212
VI.—El cerro de La Pelota..... 219
VII.—Otras esculturas..... 221
VIII.—Origen de los bloques de piedra..... 225
IX.—¿Adoratorio de los andaquíes?..... 228

Páginas

X.—El pueblo escultor..... 232
XI.—Procedencia y rumbo..... 238
XII.—¿Los aztecas?..... 251
XIII.—Origen peruano..... 253
XIV.—Afinidades con el arte mejicano. ..... 258
XV.—La Atlántida..... 263
XVI.—Los negroides en América..... 270

## Publicaciones de la EDITORIAL-AMERICA

### BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—**(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)**

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.

VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)

Precio: 4,50 pesetas.

VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires.*

Precio: 3 pesetas.

IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas.*

Precio 2,50 pesetas.

X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron.*

Precio: 3 pesetas.

XI.—R. Cansinos-Assens: *Poetas y prosistas del novecientos.* (España y América.)

Precio: 4 pesetas.

XII.—R. Blanco-Fombona: *Pequeña Opera lírica.—Trovadores y Trovas.*

Precio: 3,50 pesetas.

XIII.—Rafael Lasso de la Vega: *El corazón iluminado y Otros poemas.*

Precio: 3,50 pesetas.

XIV.—José Sánchez Rojas: *Paisajes y cosas de Castilla.*

Precio: 3,50 pesetas.

XV.—Emilio Castelar: *Recuerdos de Italia.*

Precio: 4 pesetas.

XVI.—Pedro de Répide: *La lámpara de la fama.*

Precio: 3,50 pesetas.

XVII.—R. Cansinos-Assens: *Salomé en la literatura.*

Precio: 4 pesetas.

XVIII.—José Camino Nessi: *Hogueras en la noche.*

---

## BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMERICA

Maestre Juan de Ocampo: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. Salcedo y Ordóñez: *Los chiapas* (Ríos de la Plata Paraguay).

Diego Albéniz de la Cerrada: *Los desiertos de Achaguas* (Llanos de Venezuela).

Maestre Juan de Ocampo: *Los caciques heroicos Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*

Fray Nemesio de la Concepción Zapata: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

Maestre Juan de Ocampo: *Nueva Umbria: Conquista y Colonización de este reino en 1518.*

Mateo Montalvo de Jarama: *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas (1656).*

3,50 cada vol.

# BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

**Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).**

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia* y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—José Enrique Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El hombre de Oro.* (Novela.)
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI.—Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras* (Novela.)—4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La conjura* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los atormentados.* (Novela.)
XXV.—C. Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 ptas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII.—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—M. Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo y Cuentos frágiles*
XXXIV.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas. (Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)

XXXVII.—F. García Godoy: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón R. Blanco-Fombona.)

XXXVIII.—Alvaro Armando Vasseur: *El Vino de la Sombra.*—2,75 ps

XXXIX.—Juan Montalvo: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades)* y *Un vejestorio ridículo ó Los Académicos de Tirteafuera.*

XL-XLI.—José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero.*

XLII.—R. Blanco-Fombona: *Cancionero del amor infeliz.*—2, 50 pesetas

XLIII.—Rafael María Baralt: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX).—3 pesetas.

XLIV.—Eduardo Prado: *La ilusión yanqui.* (Traducción, prólogo y notas de Carlos Pereyra.)

XLV.—José Rafael Pocaterra: *El doctor Bebé.* (Novela.)

XLVI.—Miguel Antonio Caro: *Páginas de crítica.*

XLVII.—M. Antonio Barrenechea: *Ensayo sobre Federico Nietzsche.*

XLVIII.—Carlos Pereyra: *El pensamiento político de Alberdi.*

XLIX.—Cecilio Acosta: *Cartas venezolanas.* (Apreciación de Cecilio Acosta, por José Martí.)

L.—Aurelio Mitjans: *Historia de la literatura cubana.*—5 pesetas.

LI.—Jesús Castellanos: *Los optimistas.*

LII.—R. Jaimes Freyre: *Castalia bárbara. Los sueños son vida.*—3 ptas.

LIII.—Manuel Sanguily: *Literatura universal. Páginas de crítica.*—4 p.

LIV.—Javier de Viana: *Campo. Escenas de la vida de los campos de América.*

LV.—María Enriqueta: *Jirón de mundo.* (Novela.)

LVI.—Manuel Díaz Rodríguez: *Idolos rotos.* (Novela).—4 pesetas.

LVII.—Alvaro Armando Vasseur: *Gloria.—Aventuras peregrinas.*

LVIII.—Rafael Barrett: *Moralidades actuales.*—4 pesetas.

LIX.—Rafael Barrett: *Cuentos breves.*

LX.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.* (Segunda edición.)

LXI.—Guillermo Valencia: *Sus mejores poemas.*

LXII.—Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó.*—3 pesetas.

LXIII.—Julio Herrera y Reissig: *Las pascuas del tiempo.*

# BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

**Tomos publicados últimamente:**

VII.—EDGARDO A. POE: *Cuentos de lo arabesco y lo grotesco*
Traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

VIII.—GIOVANNI PAPINI: *El crepúsculo de los filósofos.*
Traducción y prólogo de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

IX.—SAINTE-BEUVE: *La mujer y el amor en la literatura francesa del siglo XVII.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

X.—EÇA DE QUEIROZ: *Cartas de Inglaterra.*
Versión castellana de Aurelio Viñas (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

XI.—FEDERICO OLIVERO: *Estudios de literaturas inglesa é italiana.*
Estudios traducidos del italiano por Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—4

XII.—SAINTE-BEUVE: *El teatro clásico francés.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

XIII.—EÇA DE QUEIROZ: *Antero de Quental, Víctor Hugo y otros ensayos.*
Traducción, prólogo y notas de Andrés González-Blanco (obra inédita en castellano).—3,50 ptas.

XIV-XV.—STENDHAL: *Paseos por Roma.*
Traducción de la única edición completa, aumentada con prefacios y fragmentos totalmente inéditos, por Andrés González-Blanco.—Los dos tomos 8 pesetas.

XVI.—*Las bellezas del Talmud.*
Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos-Assens (obra inédita en castellano).—3,50

XVII.—OSCAR WILDE: *De profundis.*
Traducción de A. A. Vasseur (obra inédita en castellano).—3,50

XVIII.—Balzac: *Tratado de la vida elegante.*
Traducción y notas de A. González-Blanco (obra inédita en castellano).—3,50

XIX.—Juan Papini: *Historias inverosímiles.*
Traducción de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—3,50

XX.—Sainte-Beuve: *Los cantores de la Naturaleza.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

XXI.—Eça de Queiroz: *París.*
Traducción del portugués y prólogo por Andrés González-Blanco. (Obra inédita en castellano.) 4 pesetas.

XXII.—Eugenio de Castro: *Belkiss.*
Traducción del portugués por Luis Berisso. Precedida de una noticia crítica por el mismo y de un discurso preliminar por Leopoldo Lugones. 3,50 pesetas.

XXIII.—Eça de Queiroz: *Notas Contemporáneas.*
Traducción directa y notas de A. González-Blanco. (Obra inédita en castellano).—2,50 ptas

XXIV.—Mauricio Maeterlinck: *El pájaro azul.*
Con una apreciación del autor por Georgette Leblanc. Versión castellana de Roberto Brenes Mesén.—3,50 pesetas.

XXV.—Francisco de Sanctis: *En torno á la Divina Comedia. Ensayos críticos.*
Versión de Alvaro A. Vasseur. (Obra inédita en castellano).—4 pesetas.

XXVI.—Enrique Federico Amiel: *Diario íntimo.*
Traducción del texto definitivo por María Enriqueta.—4 pesetas.

XXVII.—*Cuentos Turcos.*
(Narraciones populares de Oriente). Traducidos por L. Astrana Marín. (Obra inédita en castellano).—2 pesetas.

XXVIII.—Oscar Wilde: *El renacimiento del arte inglés y otros ensayos.*
Traducción de León Felipe. (Obra inédita en castellano.)

XXIX.—Knut Hamsun: *Hambre.*
(Novela). Versión del alemán por Alberto de Flos. (Obra inédita en castellano.)

# BIBLIOTECA AYACUCHO

(CICLO BOLIVIANO)

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

**Tomos publicados últimamente:**

XXIV.—Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII.—Memorias del general Miller. Dos volúmenes á 8,50 pesetas cada uno.

XXVIII-XXIX-XXX.—Vida del Libertador Simón Bolívar, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.

XXXI-XXXII—Noticias Secretas de América (Siglo XVIII), por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.

XXXIII.—Historia de la independencia de México, por Mariano Torrente.—8,50 pesetas.

XXXIV.—Los Estados Unidos de América y las Repúblicas hispano-americanas de 1810 á 1830. (Páginas de Historia diplomática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.

XXXV.—Formación histórica de la nacionalidad brasileña, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.—6,50 pesetas.

XXXVI-XXXVII.—Cartas de Sucre al Libertador, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.

XXXVIII.--Vida y memorias de Agustín de Iturbide, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.

XXXIX.— Su correspondencia (1823-1850), por San Martín.—8 ptas.

XL.—La emancipación del Perú.—Según la correspondencia del general Héres con el Libertador. (1821-1830), por Daniel Florencio O'Leary.—8,50.

XLI-XLII.—Bolívar en el Perú, por Gonzalo Búlnes.—8,50 ptas. tomo.

XLIII-XLIV.—Historia del Perú independiente, por Mariano Felipe Paz Soldán.—8,50 pesetas tomo

XLV.—La evolución republicana durante la revolución argentina, por Adolfo Saldías.—8,50 pesetas.

XLVI.—Memorias de Gervasio Antonio Posadas. *(Director supremo de las provincias del Río de la Plata en 1814).*—Memorias de un abanderado, por José María Espinosa.--8,50 pesetas.

XLVII.—La evolución del principio de arbitraje en América.—La Sociedad de Naciones, por Francisco José Urrutia.—7 ptas.

XLVIII-XLIX.—Papeles de Bolívar, publicados por Vicente Lecuna.—7,50 pesetas tomo.